Jordi Gracia

A la intemperie

Exilio y cultura en España

ANAGRAMA
Colección Argumentos

Jordi Gracia

A la intemperie

Exilio y cultura en España

ANAGRAMA
Colección Argumentos

Índice

Portada

Prólogo para una insatisfacción

I. La ilusión de una tregua

II. Vivir de veras

III. La cortina de hojalata

IV. Democracia caníbal

Final con bibliografía

Créditos

Notas

Para Isabel,

y para Manel y Marta,

y para Cristóbal y Eva,

porque a veces los libros se piensan en familia.

La idiota desmesura que a mi m'ha exiliat, els ofega a Vs. aquí baix cruelment.

Carta de CARLES RIBA a JOAN VINYOLI,

de 30 de abril de 1940

Nosotros estamos mucho mejor, mil veces mejor. Haremos o no haremos, pero tenemos lo esencial, libertad de hacer. Por gracia verbal nosotros, los desterrados, los echados de tierra, como decía el Cid, nos hemos traído la libertad de espíritu; a ellos sólo les queda la tierra, son los in-terrados.

Carta de PEDRO SALINAS a GUILLERMO

DE TORRE, 8 de enero de 1941

El problema de volver –o no– a España, a treinta años vista, no es Franco sino el tiempo: uno mismo. El exiliado murió: lo que ha cambiado es España. Otra. ¿Ir, a mi edad, a ver un país nuevo, que tanto me ha de doler, cuando no conozco ni Argentina ni Chile?

MAX AUB, Diarios, 26 de abril de 1968

PRÓLOGO PARA UNA INSATISFACCIÓN

Las imágenes primeras son devastadoras. Cuando las detenemos hoy con el mando del DVD, o las volvemos a ver una vez más, adelante y atrás, los fotogramas hacen interminable el momento inicial. Parece hecho de una multitud de instantes iniciales que no termina y que nunca entrega la versión completa. Entonces el desánimo y la ira se mezclan agitadamente y el efecto es explosivo: se desvanece en el ánimo cualquier intento de ecuanimidad y estalla todo en forma de venganza instintiva o de rencor incurable. Es justo que sea así pero es también vejatorio, como vejatoria es toda respuesta sólo emocional. ¿Qué hace un poeta y editor tan delicado como Emilio Prados subido a un tren cargado de dinamita, detenido en el túnel de Portbou en enero de 1939 para evitar las bombas de la aviación franquista? Un inspector de enseñanza y un escritor jovencísimo abandonan sus armas en la frontera y siguen andando para ser amontonados en un campo de concentración. Son Herminio Almendros y Josep M. Ferrater Mora, que tiene poco más de veinte años, como el cartelista Carles Fontserè, que sale también por esa ruta. Es el mismo trayecto que siguen desde Barcelona Antonio Machado y Pompeu Fabra, Carles Riba y María Zambrano, Corpus Barga y Benjamín Jarnés. Coinciden en las paradas del camino, se protegen de la nieve (pero no de la intemperie) y sobre todo huyen, como huyen las hileras desordenadas de decenas de miles de exiliados por la frontera catalana con Francia: en los primeros días de la derrota por ahí salieron en torno a unos 250.000 exiliados. En Francia sospechaban lo que iba a pasar desde un poco antes de ese instante: desde la primavera de 1938 la legislación sobre extranjeros se endurece bajo el gobierno de Daladier y el primer centro de internamiento en previsión de una segura derrota republicana es del 21 de enero de 1939, aunque se ha formalizado ya un poco antes, con un decreto de noviembre de 1938, según datos de la historiadora Geneviève Dreyfus-Armand.

El origen de este libro no está en una reacción emocional sino en una insatisfacción. Es concreta pero es más difusa de lo que me gustaría reconocer. Intenta vencer la ferocidad que transmite esa ruta de la derrota, e intenta explicarse desde ese punto la evolución

de la derrota en el exilio sin separarla de su única alternativa: la derrota vivida en el interior. Están saliendo de España en la pura desdicha porque un ejército más poderoso, mejor auxiliado y más eficiente ha producido una desbandada general y explicable en las tropas leales a la República. La actividad militar republicana ha sido agónica durante muchos meses y ha sido impotente frente al avance franquista. La resistencia que ha encontrado en Cataluña ha sido testimonial, porque apenas queda rastro de combates ni en la toma de Tarragona ni en la toma de Barcelona tras los respectivos bombardeos preventivos de última hora, y casi en realidad innecesarios. Están saliendo tan angustiosamente porque no han podido oponer la fuerza de la razón a la fuerza militar del vencedor. Tienen razón ellos, como la tuvieron quienes salieron antes de que terminase la guerra, como Juan Ramón Jiménez o Américo Castro, Pedro Salinas o Luis Buñuel, Adolfo Salazar o Josep Lluís Sert, pero desde cualquier punto de vista eso es lo de menos en ese momento, o sólo sirve para agudizar el sentimiento de la desdicha un poco más todavía. Pero la desdicha es también el sentimiento que prevalece entre quienes padecen la derrota aquí, sin salir de España, en tantas zonas ocupadas militar y despiadadamente por los franquistas desde el verano de 1936, o en las zonas recién conquistadas hasta marzo de 1939.

El formato de este libro es el ensayo, y un ensayo sobre un asunto complejo puede ser de cualquier manera pero conviene que contenga al menos algunas ideas claras, aunque no siempre circulen por él de manera explícita o demasiado enfática (y me gustaría que éste fuese el caso). No es una historia ni una crónica sintética del exilio ni es tampoco una hipótesis general sobre él. No reconstruye ninguna totalidad ideal ni abarca todos los exilios, ni siquiera todos los circuitos culturales del exilio. Es más bien la propuesta de unas pocas claves de interpretación complementarias sobre la percepción del exilio y que puede contribuir a caracterizar su larga peripecia. No rebajan el drama humano pero prestan una óptica más amplia, más heterogénea y menos politizada para comprenderlo. La percepción del exilio como enfermedad crónica e incurable, por ejemplo, tiende a silenciar las formas de reparación, consuelo o alivio que supieron fabricar numerosos exiliados después de ese primer instante de huida y vértigo. Su evolución ética y emotiva los alejó de los orígenes más perturbadoramente dramáticos hasta

encontrar no se sabe bien dónde el combustible para rehacer sus vidas, en la edad adulta y madura, o desde la primera juventud de muchos de ellos. No hubo flaqueza en recrear fuera de España una vida de veras tras la derrota ni fue una deslealtad con las razones políticas de la huida, ni fue tampoco una rareza heroica de exiliados superdotados. Formó parte de la vida real de una parte significativa del exilio de la misma manera que formó parte de la vida de los vencidos del interior, también capaces de reintegrarse o reincorporarse a sí mismos dentro de la adversidad. Porque quienes perdieron sin exiliarse hubieron de afrontar un semejante replanteamiento forzoso de sus biografías profesionales, familiares o sentimentales, pero bajo el franquismo.

La reanudación de los vínculos entre creadores e intelectuales del exilio y el interior se inició muy temprano. La intensificación de los contactos, la circulación privada de noticias, libros y revistas fue casi inmediata, y no hizo más que crecer en los años siguientes. Las visitas de exiliados a España empiezan sólo con el final de la Segunda Guerra Mundial y a veces pueden durar semanas o meses (pero en casi todos los casos desactivan la mera tentación de volver y prefieren, muy lógicamente, seguir en el exilio). Las relaciones entre el exterior y el interior van haciéndose desde los años cincuenta bastante más fluidas de lo que creemos habitualmente, y hasta alguno de ellos llamó a esa frontera entre dentro y fuera, en lugar de telón de acero, cortina de hojalata, a la vista de la frecuencia de las relaciones o incluso la porosidad y valentía que las personas supieron ganar, muy por encima de la simpleza y rigidez de las consignas políticas y de las pretensiones del propio régimen de Franco.

De esta constatación todavía se deriva otro posible enfoque para el mismo drama: los más activos exiliados en las letras o la arquitectura, en el cine o la universidad empiezan a comprender netamente desde los años cincuenta que el objetivo realista no es ya el derrocamiento improbabilísimo de Franco, ni quizá la restitución de un sueño interrumpido, la República vencida, sino la construcción de un futuro común para la sociedad española cuando Franco muera (que es la única forma imaginable desde finales de los años cincuenta para que pueda cambiar algo sustancial en España). Esa toma de conciencia general fue precoz en algunos exiliados

particularmente independientes de consignas y partidos, y fue mayoritariamente lenta y amarga. Pero es también la que explica un cambio crucial por parte del exilio: pese a que casi todos juraron abandonar a su suerte a quienes se quedaron humillantemente bajo el poder de Franco, casi todos entendieron antes o después que ese pacto de lealtad con el pasado frustraba el futuro de la sociedad española y, peor aún, empequeñecía o desarmaba los esfuerzos civilizadores que desde dentro emprendían sectores (siempre minoritarios) de la cultura española. En la segunda mitad de los años cincuenta empezó a neutralizarse en el que regresaba tanto el sentimiento de culpa colaboracionista con el régimen como el sentimiento de traición al resto del exilio. Fueron aceptando casi todos los exiliados la cooperación y alianza con españoles del interior porque ésa era la vía para un futuro plausible y además era una vía justa. Los que tuvieron posibilidad de hacerlo, que fueron la inmensa mayoría, decidieron participar en la quiebra del nacional-catolicismo franquista y alimentaron las semillas de recuperación de la tradición liberal que el franquismo tuvo que aprender a soportar (y a menudo rentabilizar políticamente).

En el fondo, esta perspectiva quiere también rebajar la colonización de la imagen del exilio por parte del Partido Comunista, como si la persecución específica que padecieron tanto el exilio como el interior comunista valiese como patrón interpretativo de la derrota general, cuando es todo lo contrario. La mayoría del exilio no fue comunista y tampoco lo fueron la mayoría de los vencidos del interior y, sin embargo, a menudo se asocia el maltrato del franquismo sobre la derrota al maltrato sobre los comunistas, del exilio o del interior, que fue mucho más agudo y más cruel. La pulsión histérica del franquismo contra los comunistas fue despiadada, y fue también utilizada por el propio régimen como modo de neutralizar cualquier otra oposición. La ficción de que la única resistencia estaba en los comunistas era un argumento de la propaganda franquista útil pero falaz, porque la derrota estuvo hecha de una gran variedad de matices políticos e intelectuales. La resistencia comunista no fue la única resistencia pero fue la que actuó más coordinada y eficazmente, fue la más movilizada y la más atrevida, mientras los demás tuvieron menos convicción batalladora y prefirieron la espera agazapada o se resignaron a su impotencia.

La participación del exilio en la construcción de la democracia posfranquista tampoco es asunto fácil de resolver. Sus posibilidades reales de intervención se agotaron por razones políticas pero también de pura consunción biológica y de anacronía o desfase histórico. La capacidad de erosión o deslegitimación del exilio sobre las bases intelectuales, religiosas o culturales del franquismo fue baja y no llegó a hacer mella en la sociedad española, entre otras cosas porque los contactos frecuentes del exilio con el interior apenas trascendieron a la luz pública, lo hicieron en lugares marginales o especializados y apenas pudieron calar en la sociedad española. Pero sirvieron para que sectores minoritarios de los años sesenta supiesen que el exilio no estaba muerto, seguía activo y estaba atento. Empezaron a comprenderlo cuando los exiliados publicaban libros nuevos, reeditaban títulos editados fuera o antes de la guerra, o firmaban artículos en revistas españolas a lo largo de los años sesenta, y en algunos casos desde los cincuenta. Pero sólo ahora, muchos años después, empezamos por nuestra parte a entender que individuo a individuo, y libro a libro, se tejió una red de redes que mantuvo el contacto y la conciencia misma de una resistencia antifranquista. Aunque fuese sólo por medio de cartas y paquetes postales, o gracias a encuentros e informes muy intermitentes, los amigos y familiares no se pierden de vista pese a la distancia, y saben que el futuro está en el reencuentro del exilio con el interior. En el tardofranquismo, tanto Ramón J. Sender como Xavier Benguerel ganan el Premio Planeta (en 1969 y 1974), se editan libros de María Zambrano o Francisco Ayala, de Max Aub o de Rosa Chacel, de Carles Riba o de José Bergamín, de Pere Quart o Jorge Guillén, de Luis Cernuda o de Ferrater Mora, de Emilio Prados, Pere Calders o de Josep Lluís Sert, aunque casi ninguno de ellos obtuviese entonces ni el protagonismo ni la resonancia que les fue regateada, y hoy tienen unánimemente reconocida.

El valor de cambio político que entonces trajo el exilio no pudo ser eficaz y se acabó aproximadamente al inicio de los años sesenta, que es precisamente cuando en apariencia todo empieza, gracias a la vocación unitaria y democrática entre el exilio y el interior que encarna el Congreso de Múnich de 1962. Pero la historia vino a saltarse un turno generacional, o incluso varios. Y el regreso de la cultura exiliada a España y su presencia poco destacada, sin entrevistas o con pocas entrevistas, sin reseñas o con pocas reseñas,

sólo pudo encarnar la repatriación de un magisterio mal conocido, respetado y hasta venerado, pero evidentemente envejecido para las nuevas generaciones maduradas a lo largo del franquismo. El resultado fue, sin que haya posibilidad de culpar a nadie por ello (fuera de haber perdido la guerra y obviamente al propio sistema franquista), que el mundo referencial y las ficciones, poemas o ensayos de la mayoría del exilio no encontraron tierra en la que asentarse. Pese a los esfuerzos de muchos, no sintonizaron ni con la sensibilidad ni el gusto ni los intereses mayoritarios de una sociedad que estaba muy lejos de la recreación moral y sentimental del mundo de los exiliados. Su rehabilitación incluso comercial y no sólo simbólica, en los años setenta, funcionó como una de las muchas patas del animal que más protección necesitaba: la tradición liberal en su sentido más genérico. Luego el exilio tuvo que defenderse solo, un poco a la intemperie, en medio de una sociedad desatenta, o demasiado atenta y seducida por otras cosas más prometedoras o más nuevas. Se convirtieron a lo largo de la democracia en lo que son hoy: nombres canónicos de la cultura contemporánea, rótulos para plazas públicas o museos, lecturas obligatorias en la universidad, clásicos naturales del siglo XX con dificultades de vigencia en la memoria colectiva semejantes a las de tantos otros creadores de la España del interior, derrotados o no derrotados en 1939.

Estas perspectivas cruzadas impregnan los siguientes capítulos, con énfasis a veces en unas ideas y a veces en otras. Pero en ningún caso aspiro a una exposición metódica de los casos y sus argumentos porque la materia prima es formidablemente extensa, dispersa, rica y absorbente. Ese enfoque más sistemático sepultaría al autor bajo un proyecto que seguiría sin duda inconcluso cuando renquease lamentablemente sobre su propia edad. Por eso me resigno sin remedio a escribir un ensayo de historia intelectual atento a la dialéctica entre el interior y el exilio sin pretensión de agotar nada sino más bien lo contrario: multiplicar las perspectivas para un asunto profundamente refractario a la visión estática, monolítica o unívoca. El libro invita también a comprender la cultura española desde 1939 en un solo cauce, una red de redes con múltiples nódulos entre los que figura también España. Asume la pluralidad de la experiencia de la derrota, tanto en el exilio como en el interior, porque el exilio como fenómeno cultural y biográfico

colectivo bascula entre un polo de ensimismamiento en la tragedia histórica y otro polo opuesto de reintegración estable de cada sujeto a su nueva vida, aunque no haya caso alguno que reproduzca ejemplarmente las condiciones de lo que es sólo un modelo teórico de interpretación. Ponerlo a prueba, como hace este ensayo, facilita también la renuncia a las unanimidades sentimentales o preconcebidas en un sentido o en otro.

La intemperie benigna de una democracia es el espacio óptimo también para que el sentimiento de deuda con el exilio no obstruya o impida la lectura de sus obras juntamente con las creadas en el interior. Ese espacio de análisis más abierto o menos cohibido puede favorecer que no sean lo mismo los ensayos de Pedro Salinas que los poemas de Juan José Domenchina, que el elogio del último Juan Ramón Jiménez exiliado no se confunda con la evolución poética de Jorge Guillén, que el Luis Cernuda de la desolación de la quimera no sirva de blindaje para la debilidad de obras menos valiosas de Ramón J. Sender, de Manuel Andújar o de Rosa Chacel, o para que el Max Aub más cuajado no se desdibuje entre el Max Aub más urgente. Sería demasiado cruel, incluso para una democracia caníbal, que a la represión franquista le siguiese la compasiva indulgencia democrática. Los exiliados no la tuvieron ni consigo mismos ni entre ellos, pero la percepción conflictiva de sus peripecias ha ido desvaneciéndose, como si la foto inmóvil con que empezaba este prólogo haya seguido hipotecando abusivamente la percepción del cambio y la mutación, de la complejidad y la contradicción. Las discontinuidades y asimetrías tienden invenciblemente a desmontar los esquemas o las tipologías estáticas y hasta los prejuicios enquistados en el relato del exilio. El espectro de sus experiencias de vida incluye a quienes hicieron de la derrota algo parecido a una victoria, y lo hicieron necesariamente en el exilio, aunque no siempre ni en todos los casos esa restitución biográfica sea tan rotunda como pudo serlo para Luis Buñuel o para Pedro Salinas, Jorge Guillén o Carles Riba, para Josep Lluís Sert o para Francisco Ayala y Ferrater Mora.

Este libro trata a menudo de biografías reintegradas a sí mismas a pesar de todo; y si lo hace en medios intelectuales y culturales es porque su autor ni sabe ni se atreve a tratar con los colectivos inmensos de seres humanos que rehicieron sus vidas expulsados de

España, los miles que regresaron a España de inmediato, las decenas de miles que fueron regresando lentamente años después o aquellos que no llegaron a regresar nunca y naturalizaron de corazón su estado civil y legal fuera de España. No están excluidos de este relato por indolencia o desatención, sino porque son los protagonistas de una historia que yo no sabría ni empezar. Ésta se ha escrito desde el sentimiento de que la democracia ha cumplido ampliamente su justo afán de reivindicación de la obra y el drama del exilio, y ha restituido ambas cosas a la cultura viva del presente.

Septiembre de 2009

I. LA ILUSIÓN DE UNA TREGUA

Los derrotados que se quedaron en 1939, o que regresaron enseguida, lo hicieron con el consuelo de vivir una tregua, al menos en casa. La sospecha de que la Segunda Guerra Mundial despertaría en cualquier momento era unánime, pero mientras tanto el último parte de guerra dictado en Burgos parecía prometer un tiempo de quietud, quizá no de paz, pero sí al menos de fin del terror. Con la ansiedad de terminar la guerra, difícilmente había de imaginar la derrota del interior que la aparente paz encubría una represión furiosa y despiadada, muy poco filtrada o escogida, y que la violencia sería ya no militar sino ideológica y política, y obraría de manera más furtiva e inesperada desde el 1 de abril. Pudieron vivir durante un tiempo muy breve la ilusión de una tregua y creer que la paz sería paz y no lo que hubo: la impunidad de un estado de terror dispuesto por todos los medios a rematar la faena y satisfacer el instinto de revancha que originó la misma sublevación de 1936.

Eso es lo que va a suceder, y no sólo durante los primeros meses de posguerra sino a lo largo al menos de los cinco años siguientes, cuando ha estallado ya la Segunda Guerra Mundial. Si alguna forma de tregua pudo vivirse desde el final de la guerra española hubo de ser en el exilio y fuera de Europa, entre quienes soportaron los campos de refugiados en Francia y quienes huyeron de ellos a tiempo para afrontar algo parecido a una reanudación de la vida. La guerra sucia del Estado contra los vencidos fue la continuación política de la guerra porque no sabía cuánto podía durar su victoria y hasta qué punto la Segunda Guerra Mundial podía comprometer su resultado (con el apoyo de combatientes vencidos en España). Por eso también el nuevo régimen obstaculizó por todas las vías posibles la estabilidad de los exiliados, cuyas casas fueron saqueadas o amenazadas, sus correspondencias abiertas o interceptadas, sus familias perseguidas y chantajeadas. El acoso en el interior fue implacable, lo fueron los procesos de depuración, las violaciones sistemáticas de derechos humanos y los vastos y brutales campos de concentración rebosaron de presos y otros moribundos, a veces ilustres o conocidos como Julián Besteiro o Miguel Hernández, y la mayor parte de las veces anónimos.

Además, los derrotados llevaban encima, en los meses de primavera y verano de 1939, un doble duelo: el de la derrota misma y el de la decisión final de capitular en el Madrid que había vivido bajo el lema universalizado del No pasarán. El asedio franquista de Madrid había dramatizado en unas pocas semanas de 1939 la dificultad ética y política de aquella encrucijada, más allá de las convicciones ideológicas o incluso al margen del acierto en los cálculos políticos y militares: ¿valía la pena resistir en Madrid a la espera del estallido de la Segunda Guerra Mundial, como preferían Negrín y los comunistas, o era mejor limitar en lo posible los sufrimientos de la población –sin la menor expectativa de invertir el curso de la guerra– cuando Cataluña había caído y el gobierno de la República en pleno estaba ya fuera de España, como intentaron Julián Besteiro y Segismundo Casado? En ambos casos se jugaba con el intento de salir lo mejor parados de la única cosa segura: la agonía de la República y de su ejército. La rendición podía abrir alguna forma de tregua, aunque luego supimos que fue sólo una ilusión, pero entonces era difícil prejuzgar si lo sería o no. Franco debió de hacer cálculos parecidos a los de Negrín, y también sospechaba que la prolongación de la guerra española para enlazar con la mundial podía poner en peligro lo que en abril de 1939 era una victoria total: el riesgo era innecesario e impuso con su lógica militar implacable la rendición innegociable. Todos sabían –desde los diarios de Manuel Azaña hasta las cartas más inocentes de la tropa– que su guerra llevaba mucho tiempo perdida, sin gobierno, sin dinero, sin armas ni apoyos internacionales suficientes. La única protección posible para el vencido del interior fue la disolución o la pura desaparición física: la renuncia a seguir siendo la misma persona y desde luego la renuncia a cualquier reivindicación laboral, religiosa, civil. Hubo que cambiar de nombre o de pueblo, o de ciudad y de hábitos, camuflar como adoptada la hija nacida sin papeles en la guerra o de un matrimonio anterior a la guerra, o cambiarle los apellidos, tapar una unión antigua con un matrimonio por la Iglesia, morir en vida o dedicarse a esperar sin más a que despejase el tiempo. Y todas ésas fueron rutinas de los vencidos. Desaparecieron del mapa público porque ésa era parte importante del delirio franquista: el exterminio del rojo liberal separatista como gangrena social. Y a eso se aplicó la derrota, a hacerse desaparecer, a callarse, a morirse de silencio y de miedo. El único comportamiento posible, más temerario o heroico, fue la muy

minoritaria resistencia armada en la montaña, el sabotaje, la huida a Francia para combatir con los aliados desde septiembre de 1939 o bien exponerse con todas las de perder a la delación, a la cárcel o al fusilamiento.

El desarrollo de la Segunda Guerra Mundial no fue esperanzador ni animó al menor optimismo en sus dos primeros años. En el exilio la indeterminación es evidente y hasta que las cosas no se definiesen en Europa para bien o para mal era absurdo proyectar planes de vida ni nada vinculado ni con España ni con Europa. Hasta 1942 el sentimiento de impotencia fue abrumador para la derrota del interior y del exilio. Las fuerzas fascistas arrasaban en toda Europa y el triunfalismo de Franco, por decirlo así, estaba justificado desde todos los puntos de vista. Los suyos iban a ganar la guerra también en Europa, y casi nadie discute hasta ese año que la potencia militar del nazismo es superior a Francia y Gran Bretaña, juntas y por separado. Ésa es la impresión general de la inmensa mayoría hasta 1942, o hasta principios de 1943, cuando ya ha regresado a España la División Azul de voluntarios y falsos voluntarios falangistas que España manda a combatir contra los rusos (calurosamente bendecida por la Iglesia). Cuando la guerra mundial cambie de signo y Stalingrado permanezca en manos soviéticas, cuando la secuencia de derrotas nazis empiece a ser significativa –y eso sucederá sólo a partir de febrero de 1943–, podrá empezar a concebirse la esperanza real de que Franco desaparezca del mapa gracias a una futura victoria aliada que lo fuerce a ello. Hasta que los aliados no cuenten con la intervención militar norteamericana, hasta que los estadounidenses no materialicen el desembarco de Normandía (pero eso no sucede hasta junio de 1944), nada parece que vaya a ser tan claro como lo es visto desde hoy. Mientras eso no suceda, y es evidente que no iba a suceder de un día para otro, la vida se hace semana a semana y mes a mes, sin alivio alguno desde luego para los exiliados, pero con la tregua de vivir sin Franco.

Apenas había razones por tanto para mantener ninguna expectativa demasiado optimista sobre ningún cambio en la España de la primera posguerra. La derrota de la República no tenía marcha atrás razonablemente imaginable, y los reproches cruzados (y no precisamente cordiales) entre los distintos sectores políticos del exilio no favorecieron la percepción de una fuerza real conjunta o

unitaria. La esperanza estaba puesta en la resolución de otros, en la Resistencia francesa o en los partisanos italianos, en la Unión Soviética de Stalin o en la Gran Bretaña de Churchill, pero en todo caso en Europa. En el interior, la prensa fue rotundamente aduladora de las fuerzas del Eje mientras que la información disponible por parte de los exiliados era mucho más fiable (dentro de los límites de la censura de guerra) sobre la evolución de los combates en el Norte de África, en Europa o en Rusia: la expectativa de un cambio derivado de la victoria aliada creció sin duda más en el exilio que entre los vencidos del interior, deficiente y engañosamente informados de lo que sucedía y sin datos fiables sobre la incertidumbre con que el franquismo asistía al desarrollo de la guerra. De hecho, a la mayoría de los lectores españoles casi les pilla por sorpresa la derrota final de los nazis, a la vista del control propagandístico de la información hasta el momento en que no hubo ya más remedio que explicar la verdad, o algo parecido a la verdad, como sucedió con el fin de Mussolini en 1943 y como sucede con el suicidio de Hitler y la rendición incondicional de Alemania (mayo de 1945). Hubo más razones para creer en el derrocamiento de Franco, mejor información y más fiable, en la tregua que dio el exilio de lo que pudo haber en el interior, fuera de círculos políticos e intelectuales muy reducidos.[1]

Por otra parte, la misma victoria aliada tampoco había de ser garantía de muchas cosas, al menos para quienes no hubiesen olvidado la actitud internacional a partir de agosto de 1936. Inglaterra y Francia podían haber asumido el error de entonces al firmar el acuerdo de No Intervención (que redoblaba la eficacia de su incumplimiento por parte de Alemania e Italia), pero eso ya no tenía enmienda, ni nadie había de jugarse nada para reparar aquel error histórico de 1936 diez años después y tras la devastación europea de la Segunda Guerra Mundial. Los gestos políticos habían de bastar a los aliados para demostrar su solidaridad ética con los derrotados en España, porque el compromiso bélico y el riesgo político que comportaría intervenir contra España y Portugal no parecía reportar a simple vista beneficios políticos de ningún tipo. Incluso pronto sería al revés.

Quienes mantuvieron por tanto un escepticismo entrenado en la agitadísima política internacional de los últimos años, leyeron

mejor el futuro y se beneficiaron de esa lucidez, padecieron un desgaste menor de fuerzas y emociones, y asumieron más temprano, o con menos sacrificio, que la vida de antes (de antes de la guerra) había terminado del todo, y no sólo por una temporada. El control totalitario del estado franquista y la legitimación ideológica que prestaba la Iglesia fueron armas que hicieron invencible al sistema, al menos visto desde el interior o, mejor dicho, vivido desde el interior, en la asfixia de la delación y la denuncia –con testigos y con pruebas o sin ellas–, las depuraciones y los procesos de responsabilidades políticas dictados en los dos años primeros de la posguerra (y que afectan al interior y al exilio). Todo tenía pinta de continuar igual y la confianza en que algo cambiase, o el deseo mismo de que cambiase, no llegaron a engendrar una masa crítica que movilizase visiblemente a una resistencia interior conectada con una futura victoria aliada. Los minúsculos y asediados núcleos de resistencia armada estuvieron más cerca de la inmolación suicida o desesperada que de la construcción de un proyecto de futuro.

Un vencedor atípico, el escritor, hombre culto y falangista Agustín de Foxá, lo dijo muy jovialmente en su papel de diplomático cínico (con la carrera en vía muerta): al régimen franquista lo salvó definitivamente la guerra de Corea de 1950. El efecto que produjo aquella guerra fue poner definitivamente en marcha la lógica fría de las relaciones internacionales que hicieron de Franco un aliado anticomunista irreductible. Y ahí se acabó todo y, simultáneamente, allí empezó también una forma distinta de encarar el futuro: por mucho tiempo el futuro iba a ser el que dictasen los intereses norteamericanos y europeos al tolerar (y aprovechar) en España y Portugal los restos ya inofensivos del fascismo totalitario de los años treinta. Y tuvo razón Julio Álvarez del Vayo cuando se indignó en 1952, un año antes de la firma de los acuerdos militares de España con Estados Unidos (con cesión de soberanía incluida), ante la posible integración de la España de Franco en la UNESCO, como en efecto sucedería. Esa decisión resolvía a favor de Franco la pregunta implícita sobre «la verdadera representación de la cultura española, la del interior de España o la del exilio».[2] Significaba una nueva traición a la España vencida por parte de las fuerzas democráticas en Europa. Nada sucedió como se había soñado sino todo lo contrario: los vencidos del exilio y del interior tendrían que arrancarle a la catástrofe algo parecido a una vida reintegrada a sí

misma.

ESCAPAR A TODO ESO

Muchos de los exiliados en Francia entre enero y febrero de 1939 (en torno a unos 400.000) volvieron muy pronto. Quienes no podían documentar familiares allí, ni amigos que los avalasen, ingresaban a la fuerza en los campos de refugiados franceses. Pero después seguían empeorando las cosas porque estuvieron obligados a escoger entre el alistamiento militar en la Legión Extranjera o la repatriación forzosa a España. A la altura del verano de 1939 la política francesa de repatriación incentivada (y de acuerdo con los intereses del gobierno franquista) ya ha convencido del regreso a unos 250.000 refugiados. Hacia diciembre, Dreyfus-Armand cuenta unos 140.000 refugiados sobre el medio millón global, lo que significa que un tercio aproximadamente del exilio ha regresado a España, o a otra planta distinta del infierno después de vivir en los campos franceses.

Un poco después nada mejora sustancialmente ni para los que aceptan ser repatriados ni para quienes permanecen en el exilio. Grosso modo, los cálculos cuantitativos hacen evidentísimo que la derrota en su inmensa mayoría permaneció en España o regresó a ella, porque a la Unión Soviética se fueron unos 1.000, a Chile unos 2.300, a la República Dominicana unos 3.000, entre Argentina, Colombia y Cuba unos 2.000, además de algunos miles más por otros países de Europa, y a México como mínimo otros 5.000 que acabaron siendo bastantes más. Lo peor, sin embargo, vino después de la inmediata posguerra, aunque no tengamos las imágenes insoportables de la huida de enero de 1939. Fue peor cuando las expectativas de cualquier forma de derrocamiento del franquismo se fueron disipando sin remedio y definitivamente hacia 1950-1951, cuando ya el maquis había sufrido su inoperancia trágica, había sido desarbolado casi por completo y cuando no quedaba esperanza alguna de remedio a corto plazo para terminar con el franquismo en España. En diciembre de 1946 la ONU había condenado el régimen de Franco, con retirada de embajadores y cierre de la frontera con

Francia, aunque es justo el momento en que se inicia una nueva emigración de quienes deciden exiliarse, a la vista de la imperturbabilidad franquista. La frontera se abre oficialmente un año y pico después, en febrero de 1948 (cuando ha regresado a Madrid uno de los libreros fundamentales de antes de la guerra, León Sánchez Cuesta, y se ha abierto la Librería Española de París, en la rue de Seine) y la anulación de la orden de la ONU que condenaba el régimen de Franco llega en noviembre de 1950. Con ella llega también la libertad de cada país para restablecer o no relaciones diplomáticas con España (México no lo hará nunca de forma oficial, pero la inmensa mayoría de los países sí: Francia las reanuda formalmente en enero de 1951 e inicia entonces una etapa de relaciones cordiales con España). Dreyfus-Armand hace un nuevo recuento y le salen hacia 1954 unos 100.000 refugiados en Francia, muchos de ellos antiguos combatientes de la Segunda Guerra Mundial aclimatados a su victoria, la de los aliados, en Europa.[3]

No hubo un solo modo de afrontar la derrota en el interior, pero tampoco hubo un solo modo de ser exiliado ni una sola tipología moral y vital de exiliado. La capacidad de resistir o soportar el desgaste dependió de las mutaciones de la angustia y de las estrategias para suplirla o regularla. La carrera de obstáculos que hallaron los vencidos generó en el interior y en el exilio una suerte de dinámica casi biológica: los más resistentes ética y emocionalmente, los más solventes y los mejor dotados, los más lúcidos o más estoicos o simplemente más afortunados, hallaron o inventaron los modos de sobreponerse a la adversidad de la derrota, de oponerle capacidad proyectiva y alguna forma, por sesgada o pálida que fuese, de gratificación, consuelo o compensación. Se hace tan extraña esta frase tratando de la derrota exiliada o interior que conviene prestar la voz a alguno de los exiliados, y escuchar una confidencia del poeta y ensayista Pedro Salinas que fue muy difícil de formular en voz alta desde el exilio, y entre exiliados, porque parecía insensible o desleal, pero fue también cierta: «nunca me cansaré de bendecir nuestra suerte, Jorge, al haber escapado a todo eso».[4] La carta es de 1940, pero nada hizo cambiar de criterio a Salinas en los diez años siguientes de exilio, hasta su muerte en 1951, justo cuando el destinatario de la confidencia, su íntimo amigo Jorge Guillén, estaba en España en uno de sus primeros viajes.

La derrota detuvo las biografías en un impasse o un paréntesis que dejó a los hombres expuestos a un futuro que han dejado de controlar y que no depende en nada ni de sus esfuerzos ni de su firmeza ideológica. El exilio se convirtió en una prueba de temple moral antes que ideológico y quienes vivieron menos dramáticamente la derrota política encontraron también más pronto las vías de reintegración vital. Se puso a prueba la capacidad de asumir el principio de realidad frente al espejismo iluso de la esperanza: la fe política o ideológica que permitía soportar y justificar la malaventura del exilio era también la que dificultaba la adaptación a vivir la derrota fuera de España. La confianza en la provisionalidad de esa situación inmovilizó durante demasiado tiempo los resortes de supervivencia hasta hacerse autodestructiva. Pero tampoco esta vez fue una vivencia unánime, o no lo fue para algunos, más distantes y en el fondo más resignados al destino de la derrota. La mirada fría y tantas veces socarrona de Pedro Salinas, por ejemplo, no cree que el exilio haya reducido o neutralizado las tensiones de la guerra. Le desanima sin contemplaciones la perpetuación de los conflictos y la imposibilidad de hallar una fórmula unitaria o aglutinante más allá del improbable vuelco favorable tras el resultado de la Segunda Guerra Mundial. Salinas cierra un balance de su primer contacto con exiliados en México en el mismo 1939 con una frase inaudita: «Todo sigue igual...»

Igual quiere decir igual que en España. Cuando Hitler ha invadido ya Polonia y cuando Francia y Gran Bretaña han declarado la guerra a Alemania dos días después, el 3 de septiembre de 1939, Salinas escribe a Guillén el 26. Con su desparpajo habitual, le narra sin prisa su viaje a México y no perdona el diagnóstico que mantuvo durante la guerra en torno al contradictorio guirigay republicano. Se ha ido a hacer turismo, porque es verano, y dará algunas conferencias que servirán para reanudar el contacto con tantos viejos amigos que han salido también de España o que estaban ya fuera desde el principio de la guerra. Pero en México capital se «acabó el turismo y no vi más ruinas que las numerosas de los españoles en el destierro. Emigrados por todas partes, y de toda condición, desde el científico de la Junta [de Ampliación de Estudios] al poeta moderno». Su actividad social ha sido intensa y agotadora, no ha parado un momento de compartir comidas y acudir a tés, de participar en tertulias y emitir y recibir chismes

cruzados entre partidarios de Juan Negrín y partidarios de Indalecio Prieto. Son los «dos grandes bandos políticos, que se tiran a matar», imagen no del todo prudente (o abiertamente sarcástica) recién perdida una guerra, que no basta para trazar el cuadro, porque «casi todos están peleados entre sí, y se despellejan mutuamente [(...) con] variadas y encantadoras subdivisiones», según le cuenta al director de los cursos de verano en el Middlebury College, Juan Centeno.[5]

Pero a su vez, y quizá más hondamente, su relato despliega una variedad de nuevas divisiones y transmite como pocas cosas la desesperanza del primer exilio. Todos son refugiados pero a unos «privilegiados» los ha acogido la Casa de España, que Salinas llama así porque todavía no se ha convertido en El Colegio de México, y a otros no los ha acogido nadie porque han llegado los últimos y «ya no tienen cabida allí por estar completo el cupo». Todo sigue igual... y Bergamín ha emprendido la edición de una nueva revista, España Peregrina, y «ya tiene editorial. Pero en vez de Cruz y Raya, se llama Séneca. Y hasta la sede se parece al piso de Madrid», aunque Salinas hace bien en no disimular ante su amigo que la principal fuente de inquietud de su viaje tiene carácter más directamente personal: quiere negociar la edición de su obra literaria, amenazada por la sospecha de que Juan José Domenchina, otro viejísimo conocido de España, quiere excluir al propio Salinas y a Luis Cernuda de una antología de poetas que se hará famosa, Laurel.

Exactamente en las mismas fechas, entre septiembre y octubre de 1939, un muchacho de veinte años que es cartelista y se llama Carles Fontserè está metido junto a muchos miles de refugiados en un campo de Francia, pero ha decidido huir de él a costa de lo que sea. Lo hará para ser fiel a una consigna que atribuye a «nuestro instintivo racionalismo de hombres libres», es decir: «la lucha contra los dictados de nuestro destino». Mientras relata en sus memorias su huida, con poca misericordia para los responsables políticos de los refugiados republicanos, medita por un momento y consigna lo que entiende que significaba seguir en el campo a la espera de novedades: «con la decisión de evadirme del campo, me rebelaba contra el destino que nuestros políticos nos tenían reservado a los refugiados de tercera: “voluntario” en la Legión Extranjera, pico y pala en una compañía militarizada de trabajo, y

posterior ingreso en un campo regentado por nazis alemanes». Contra eso se rebelará Fontserè, a pesar de que «la izquierda con carné» (a día de hoy) piensa que «con la huida desertaba de la masa de escogidos para figurar en el martirologio honorífico del antifascismo y me exiliaba en el no man's land de los sin fe». Fontserè se convertía en un vulgar traidor.[6]

La impotencia de la derrota fue tierra abonada para el reproche y el resentimiento, las culpas y las reservas de unos sobre otros: «Todos a la greña», escribe Pedro Salinas en 1941. «De la Patagonia a Río Grande, se despellejan unos a otros. Lo de México va de mal en peor. (...) Campañas de improperios. De modo que si por arte de magia cayera Franco mañana los españoles emigrados, en vez de haberse capacitado en la emigración para recoger la herencia, no ofrecerían confianza a nadie.»[7] Con los años no cambió demasiado ese clima, o incluso pudo empeorar. Max Aub llegó a fabular un relato de los años cincuenta sobre esto, titulado «La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco»: un camarero mexicano organizaba y ejecutaba un atentado mortal contra Franco para que pudiesen volver por fin a España y él perdiese de vista la murga ruidosa y monotemática de los refugiados españoles en su restaurante... Las perturbaciones de la guerra y el torbellino de afectos rotos o traicionados, en guerra o al final de la guerra, desde la caída de Madrid, o antes y después de la caída de Madrid, no se quedaron dentro de las fronteras geográficas y políticas de España ni se acabaron en 1939. Se fue ese torbellino con el exilio y allí siguió latiendo la crispación que corroe al vencido y los reproches por las culpas y las responsabilidades de la derrota.

Casi un año después, el análisis de Pedro Salinas no mejora ni parece que vaya a ser menos cruel con vencedores y vencidos. A Juan Centeno le escribe a propósito de la dispersión de revistas que el exilio está propiciando, y lamenta la incapacidad para crear una sola de alto nivel y solvencia, «al modo de la antigua Revista de Occidente». La reclama Salinas cuando todavía no ha nacido en España la falangista Escorial (noviembre de 1940), pero por lo visto a los entusiastas vencedores les asaltó la misma nostalgia de una revista de alto vuelo que diera el empaque que merecía la victoria (o la derrota). Sin embargo, ni siquiera esa dispersión de esfuerzos y grupúsculos es lo peor, porque lo peor es la continuidad

involuntaria del peor pasado, «lo que en verdad me hiere es ver reflejada en esa variedad la división de los españoles antifranquistas, la perduración de la taifa». Lo peor en realidad es la irreversibilidad de las secuelas de la guerra en todos los ámbitos del exilio y del interior, porque lo que ha engendrado son «formas de la desintegración lo mismo entre los vencedores que entre los vencidos».[8] Y no habla por hablar, porque Salinas sigue regularmente la prensa de Madrid y su vida cultural desde las páginas de ABC, entre escandalizado y descompuesto, cuando ve aparecer viejos nombres amigos, curvados o disminuidos a sus nuevos papeles de servilismo o supervivencia. A los vencidos más enteros, evidentemente, no los ve por ningún sitio porque viven ocultos o inactivos.

Y es que la rivalidad entre dos organismos fundamentales de protección del exilio –SERE y JARE– sólo podía agudizarse con el tiempo. Las iniciativas de Bergamín en México promovieron dinámicas opuestas de adhesión y de rechazo, que hay que sumar a los problemas de ubicación de tantos exiliados. La Junta de Cultura Española se había fundado en París en marzo de 1939, en el entorno de la Embajada de España, y estaba inspirada por gentes como José Bergamín, el escritor Juan Larrea o el poeta diplomático Josep Carner. Como es habitual en él, la perspectiva del muchacho refugiado que era Fontserè pierde moderación y es taxativo: ante la oportunidad de ir a Santo Domingo con unos billetes del SERE, ni el propio Fontserè, ni Mercè Rodoreda y el pintor Armand Obiols se decidieron a embarcar (sí lo hizo en cambio Vicente Llorens y tantos otros), «pero desde el principio la huida estuvo reservada a unos pocos miles de privilegiados, principalmente comunistas y compañeros de viaje que habían ocupado cargos políticos»,[9] de la misma manera que a las puertas del final de la guerra, en los muelles de Alicante, no hubo manera de embarcar hacia el exilio más allá de un diez por ciento de quienes deseaban huir.

España Peregrina ya no existe cuando aparece, sin vínculos con la izquierda comunista y dirigida por José Ramón Arana y Manuel Andújar, Las Españas, pero entre unos y otros no se pueden ver: su primer número de octubre de 1946 dice que no está «obligada con ninguno de los sectores que comprometen la inmigración política española. Es una revista absolutamente independiente, que aspira a ser

un instrumento más en la reconquista y reconstrucción de España». Sin embargo, el efecto de las actividades de Las Españas no fue ése en Bergamín, ni sintió que habían trabajado por la misma labor. O al menos eso es lo que expresa Bergamín cuando recapitula las actividades de la editorial Séneca en enero de 1942, porque se sienten todos «calumniados por el resto de españoles peregrinantes que no acaban de desenredarse de sus propios líos egotistas y politiqueros». Bergamín se excluye o se sitúa al margen de ellos, y excluye también a Juan Ramón Jiménez, y sin embargo es el propio Juan Ramón quien se emplea a fondo contra Bergamín: entiende en abril de 1944 que sigue siendo un «deficiente» que hace de las suyas «pero ya todos le desprecian, menos un pequeño grupo de anormales y paniaguados».[10]

El perfil de la editorial de Bergamín, analizado desde la perspectiva de América, tiene pocas posibilidades de subsistencia o de funcionamiento siquiera. Se ha concebido de espaldas al mundo que la acoge, sin apenas interés por el lugar en el que deben difundirse sus libros, y es en esencia una cuña española en tierras mexicanas más que un proyecto editorial a largo plazo. Su catálogo es de prestigio español intachable pero muy poco comercial, «pensado para la resistencia» y atrapado en la «coyuntura de lo inmediato», y además destila el punto de menosprecio por América de un nacionalista español tan complejo e intenso como Bergamín, que se resiente de la escasa amistad que muestra América hacia los españoles, «podrida de selvas invisibles».[11] Pero no sólo por ese lado le llegaron los problemas a Bergamín. En su propio equipo los encontró, cuando sus más íntimos colaboradores en España Peregrina se sintieron engañados y estafados. El escritor Juan Larrea creyó –y es posible que con fundamento– que Bergamín había hecho un uso indebido de los fondos de la Junta de Cultura Española y tanto Larrea como León Felipe y Josep Carner rompieron drásticamente con Bergamín, a quien veían excesivamente próximo a Pablo Neruda y su deriva ya manifiesta hacia el comunismo. Pero el caso quizá más dramático era el de Eugenio Ímaz, el más humanamente vulnerable del grupo, víctima de hondas crisis cíclicas, que había estado cerca de Bergamín desde los tiempos de Cruz y Raya, y ahora era el secretario de redacción de España Peregrina. Ímaz había visto fracturado violentamente su mundo por culpa de la guerra, por culpa de la politización forzosa que la guerra impuso a ambos bandos, y en el interior de ambos

bandos. Ímaz no llegó a digerir nunca que su amigo más hondo, Xavier Zubiri, se hubiese aliado con el bando franquista durante la guerra. La decepción era humana y personal, anterior a la derrota, porque la causaba la equivocación de Zubiri al elegir bando: mientras Ímaz fungía de secretario de la Junta de Cultura Española en París, Xavier Zubiri gestionaba con sus también amigos Luis Rosales o Luis Felipe Vivanco, y con la mediación del jefe de propaganda de Falange, Dionisio Ridruejo, su regreso a zona nacional en 1937, como así fue. La desesperación de Ímaz aumentó en los años siguientes hasta que se suicidó en 1951, sin llegar a recuperarse nunca ni de la conducta de su Iglesia católica en la guerra ni de la elección de bando de Xavier Zubiri (que además, y para complicar las cosas del todo, vivía en España casado con Carmen Castro, hija de uno de los exiliados más categóricos). De la misma manera que Gregorio Marañón declinó participar en la fundación de la Casa de España que tramaba Alfonso Reyes para proteger a los refugiados desde marzo de 1937,[12] Zubiri, como el propio Marañón, como Menéndez Pidal o como Ortega, optaron por escoger la órbita franquista aunque esa elección acarrease un dolor cierto e inesquivable como víctimas de la desintegración que había inducido la guerra.

Desde el desapasionamiento de las cifras y el estudio meticuloso, Dreyfus-Armand concluye que «el exilio de la guerra estuvo, pues, no sólo disperso geográficamente, sino también en cierta forma escindido socialmente»,[13] porque quienes permanecieron exiliados en Francia fueron a menudo combatientes (y vencedores) de la Segunda Guerra Mundial, mientras en México u otros países americanos el exilio estuvo encarnado por quienes habían sido intelectuales, universitarios o profesionales liberales que habían emigrado sin regresar a España ni a la Europa en guerra. La crudeza autobiográfica de Fontserè vuelve a poner los pelos de punta con sus latigazos: «a pesar de haber sido creado como un organismo rival del SERE de Negrín, la JARE practicó igualmente una política elitista de ayuda a unos cuantos, olvidando a la gran masa de refugiados». Entre los beneficiados de esas ayudas estuvieron escritores catalanes que en diciembre embarcan hacia Chile con sus familias, como Joan Oliver y Francesc Trabal, Domènec Guansé y Xavier Benguerel o Cèsar August Jordana, o como Carles Riba y Ferran Soldevila que residen al sur de Francia. Y es Riba quien

explica el 2 de octubre de 1939 a su amigo Pierre Rouquette que la Fundación Ramon Llull para la protección de los exiliados «pràcticament ja funciona, amb més dificultats, no cal dir, d'ordre moral (aquell complex de l'emigrat!) que material», como si las labores de protección chocasen más con los ánimos y las personas que con las posibilidades materiales de apaciguar las necesidades de subsistencia. Y a un íntimo amigo que sigue en el interior, Josep Obiols, le relata en francés, y ya en noviembre de 1939 que «on pourrait dire qu'on vit dans la normalité, au moins du point de vue matériel; moralement, l'absence de ceux qui sont sous les armes et la gravité de l'enjeu, ne permettraient pas de vivre d'un cœur léger».[14] Pero ni Carles Riba ni Carles Fontserè, tan lejos el uno del otro en todo, se sumarían a la ventisca venenosa del rencor. Tras escapar del destino de combatiente que le esperaba en el campo de refugiados, Fontserè saldría feliz a pasear sin culpa por un París a punto de dejar de ser París, «sin dinero para coger el metro, sin dinero para comer, sin dinero para ir a dormir y sans rancune. Con todo París ante mí»[15] y en la plena juventud que comparte con muchos otros exiliados que no se someten a Franco pero tampoco empiezan una nueva vida sino propiamente su vida.

LA LIBERTAD DEL EXILIO

Pero no fue sólo la juventud de los exiliados la que explicó una primera neutralización del drama: la conciencia de derrota irreversible, o para un largo plazo, puso a algunos de ellos en una actitud capaz de comprender el drama paralelo de quienes seguían en España sin ninguna convicción. Incluso reconocieron muchos de ellos la fortuna de haber encontrado alguna forma de rearraigo temprano, tanto si iba a ser duradero como si era provisional. No sólo buscaron información sobre los vencidos del interior, sino que restablecieron el contacto con ellos y los animaron a salir de aquella España como única vía de dignidad posible, pero comprendieron también la resistencia a hacerlo. A menudo los exiliados fueron quienes antes y más tempranamente se apiadaron de esos vencidos del interior, de su muy oscuro destino, hasta el extremo de desautorizar el supuesto de que ellos, desde el exilio, encarnaban en

solitario el genuino antifranquismo o la derrota más amarga. Contra esa percepción se expresa Pedro Salinas justo entonces, en esos mismos años de 1939 y 1940. La desautoriza casi hasta volverla del revés, porque la mide en términos de sufrimiento humano y no en términos de supuesta utilidad o lealtad política. Él está fuera desde hace tiempo, desde antes de que se perdiera la guerra, y en una posición profesional y personal confortable. No ha corrido riesgos su vida ni la de su familia, aunque sí han estado en riesgo las vidas de muchos de sus mejores amigos que han seguido en España, o que tardaron más en refugiarse en el exilio. Cuando piensa en su muy querido Dámaso Alonso –que es el mismo que resucitó a Góngora en los años veinte y el mismo que escribirá un libro resonante en la posguerra, Hijos de la ira, en 1944– sabe que «Dámaso jamás podrá ahormarse al tono de vida española de hoy, en su intimidad», y no tiene dudas de que en 1940 se ha puesto «en estado de transitorio pacto con las cosas».[16]

Eso es lo que sin duda han hecho cantidades ingentes de vencidos sin capacidad, decisión, voluntad o posibilidades de salir de España ni por sus medios ni por los medios del exilio. Pero hoy sabemos también que nombre a nombre y trozo a trozo, la permanencia de testigos o actores de la cultura de la Edad de Plata no fue tan insignificante o irrisoria, y que a pesar de su integración o aclimatación al sistema pudieron valer de tímidos protectores o débiles cabezas de puente hacia un futuro que restableciese algo de tanta cordura perdida. El mero recuento de quienes siguen viviendo en España, pese a hacerlo claudicando o adaptándose al nuevo régimen, se presta a matizar la definición del exilio como ámbito exclusivo de continuidad cultural: de Eugenio d'Ors a Ramón Menéndez Pidal, de Ortega y Gasset a Baroja y Azorín, de jóvenes como Rafael Lapesa o José Manuel Blecua a poetas de la magnitud y trascendencia de Dámaso Alonso o Vicente Aleixandre, el entorno de Ínsula y de Juan Guerrero Ruiz y su editorial Hispánica con la colección Adonais, o las ediciones de Revista de Occidente, Carles Riba y Josep Maria de Sagarra, José Janés y la resistencia catalanista activa desde el primer momento.[17]

Dámaso Alonso no obtuvo la autorización de salir de España por parte de las autoridades republicanas, aunque es probable que tampoco lo hubiese hecho, como tampoco lo hizo un enfermo

Vicente Aleixandre o un joven Rafael Lapesa. Aleixandre es un poeta que vive fuera de las redes del sistema y protege su aislamiento con su propia red de amigos fieles, tanto los exiliados como los no exiliados. Físicamente se ve a menudo con Dámaso Alonso y se escribe y trata con Gerardo Diego, que está con los vencedores, y también con otro estrechísimo amigo como el poeta José Antonio Muñoz Rojas, además de otros jóvenes como Carlos Bousoño o el fidelísimo José Luis Cano. A Cano lo conoce desde 1929, y recién terminada la guerra reanuda su estrecha relación con Aleixandre porque «la diáspora bélica y el consiguiente exilio me habían dejado sin otro amigo que Vicente». El trato con los amigos del exilio es menos inmediato, pero las noticias a Aleixandre le llegan al menos desde 1943 y 1944 gracias a lo que Pedro Salinas le cuenta a Dámaso Alonso, o lo que Jorge Guillén le cuenta a él mismo y después el propio Pedro Salinas en una copiosa correspondencia con Aleixandre. Emilio Prados le anuncia libros con otras tantas y extensas cartas y antes de 1948 serán también cartas cruzadas con Luis Cernuda. Esos documentos y esos intercambios están en el sustrato de una redignificación cultural que regresará a España primero por esas vías privadas y progresivamente de forma más visible, y por eso son hoy testigos privados de una continuidad cultural ininterrumpida.[18]

El caso de Rafael Lapesa es más desvalido y más conmovedor, aunque tiene ya treinta años en 1939. Conocemos tanto su proceso de depuración como las meticulosas explicaciones que daba en plena guerra a Ramón Menéndez Pidal mientras se encargaba de proteger en los sótanos los archivos del Centro de Estudios Históricos, en Medinaceli, 4, y hasta intentó mantener vivas algunas de sus actividades. La declaración jurada preceptiva para iniciar su proceso de depuración (era catedrático de instituto desde 1931 y discípulo de Américo Castro) está fechada el 14 de abril de 1939. Allí explica que quedó primero encargado de la custodia del Centro y, después, a partir de enero de 1937 (y hasta octubre de 1938), se describe a sí mismo como secretario del Centro. La dirección del Centro recaía entonces en otro de sus miembros históricos, Tomás Navarro Tomás, que se exiliaría al final de la guerra acompañando con Corpus Barga a Antonio Machado para cruzar la frontera y encontrarle un refugio al poeta en Collioure. Menéndez Pidal había salido de España con Ortega y Gasset mucho antes, en diciembre de

1936, al mismo tiempo que salía también Gregorio Marañón, y en los tres casos para vivir desde París su adhesión a la sublevación franquista.

La comisión depuradora de enero de 1940 apreció graves objeciones en la trayectoria de Lapesa. Lo hacía simpatizante del Partido Socialista, demasiado cercano a Américo Castro («destacado elemento revolucionario»), pero le achacaba sobre todo su dedicación «durante el período rojo en Madrid por mantener la actividad cultural del Centro de Estudios Históricos, facilitando al extranjero un buen argumento de la falsa apariencia de orden y buena marcha del régimen marxista». No lo negaba Lapesa en su pliego de descargo, sino al contrario, y precisamente por haber hecho eso pudo entregar originales, ficheros y códices valiosos a los profesores Joaquín de Entrambasaguas y Miguel Herrero García cuando «se posesionaron del Centro en nombre del Instituto de España», creado por el franquismo en 1938 para agrupar todas las Academias. No lo dijo entonces Lapesa, sino mucho después, pero en esos momentos sintió que «el Centro y su espíritu no sobrevivirían».[19] Los decretos de Franco entre febrero y agosto de 1939 irían expulsando de la Universidad de Madrid a su nómina más solvente.

Sin embargo, en 1942 Lapesa publicaba la obra en la que llevaba muchos años trabajando, su fundamental Historia de la Lengua Española, y en 1948 aparecía La trayectoria poética de Garcilaso. Para entonces había ganado ya, desde el año anterior, la cátedra vacante de Américo Castro en la Universidad Central de Madrid, animado incluso por el propio Américo Castro, con quien mantenía relación epistolar al menos desde 1943. Evidentemente, el exilio académico animó a Lapesa a hacer el viaje sin retorno que él no quiso aceptar, pese a las ofertas de la Universidad de Harvard en 1947. Lapesa prefirió permanecer en España y asumir las dificultades vividas un poco antes, en 1945, «cuando todas las puertas se me cerraban aquí». Ahora, sin embargo, a finales de 1947, ha desechado «la idea de marchar para siempre» porque tiene en la Universidad de Madrid «un puesto que no quiero perder». Desde ese anclaje se sentirá seguro para aceptar invitaciones en el extranjero e incluso sueña con pasar largas temporadas con los muchos amigos exiliados. Pero sobre todo «me seduce la idea de

contribuir aquí a la continuidad de la gran Escuela, a que no se ahogue el espíritu de nuestro Centro de Estudios Históricos». Cree que Dámaso Alonso «necesita quien le ayude en la tarea de orientar a los filólogos en ciernes», y le descompone pensar en el abandono de esos muchachos, que con «Dámaso y conmigo han respondido con verdadero afán» (y algo de eso comprobaremos después). Y al igual que harán el propio Dámaso Alonso y algunos otros, también Lapesa aceptará estancias prolongadas como profesor visitante en 1948 y 1949 en Harvard, Yale o Princeton, para volver a Harvard una vez más en el curso 1952-1953, aunque en su horizonte de vida no haya habido nunca una salida indefinida, y Américo Castro lo sabe.[20]

La experiencia del exilio se va a subdividir entre protegidos y desprotegidos, como contaba Salinas, pero también en adaptados resignados y en rebeldes con amargura o una desazón insuperable. A la tranquilidad de algunos en vía de rehacerse o reconquistarse se opone la incapacidad de otros con menos reservas biológicas, éticas o sentimentales para recrear futuro alguno en la diáspora, o encontrar fórmulas suficientes de adaptación a la derrota. Las actitudes fueron a menudo antitéticas porque lo eran las personas, porque lo fueron sus planes de vida, porque lo fueron las circunstancias específicas; y sin embargo siguieron siendo republicanos refugiados aunque lograsen adaptarse mejor a una vida que estuvo en vilo e hicieron cuanto pudieron para transformar en una vida de veras. No ha de resultar extraño por tanto que un hombre ya entrado en la cuarentena como Adolfo Salazar, crítico y ensayista clave para la música y los músicos de la Edad de Plata, acepte con convicción la más modesta de las ofertas que recibe todavía en plena guerra, hacia julio de 1938, conociendo la imposibilidad de «un acomodo brillante en México en las circunstancias actuales: me doy cuenta de ellas; pero dadas las de mi país y las de mi situación de expatriado no aspiro a semejante brillantez sino que toda solución, por grande que fuera su modestia, me sería aceptable, y yo la aceptaría con reconocimiento».[21]

Las peticiones y la búsqueda de socorro se multiplican como en tantos casos porque al «período agresivo» de la guerra le habrá de seguir (y escribe en julio de 1938) «otro en el que nada tenemos que esperar las personas de trabajo y de honesta buena fe». Se lo

explica al secretario de Estado de México, con quien es más explícito aún, porque «cuando se sale de un país en guerra civil todas las situaciones, por modestas que sean, parecen brillantes». Mientras Salazar sigue trabajando en 1938 con el embajador de España en Washington, el socialista Fernando de los Ríos, debe decidir si se suma al proyecto de El Colegio de España en México, al que dirá que sí. Su madre entiende desde España que «llevarás ya unos días de tranquilidad y que estarás contento con tu nueva vida». Ella no puede decir lo mismo por la incertidumbre en que se encuentra, porque en julio de 1939 todavía no se sabe cuándo va a cambiar algo «y estoy aquí metida, como en un pozo sin salida».[22] Salazar decide irse a México, entre otras cosas porque el presidente del Patronato de la Casa de España, Daniel Cossío Villegas, le cuenta en noviembre de 1938 que «se encuentran ya en México José Moreno Villa, León Felipe, Luis Recasens Siches, José Gaos, Enrique Díez-Canedo, Juan de la Encina, Gonzalo Lafora y Jesús Bal y Gay». El historiador y jurista José María Ots Capdequí ha estado allí también y el científico Pío del Río Hortega llegará pronto. Cuando se acerca el final de la guerra de España, ha encontrado ya vías de subsistencia que considera ventajosas y casi óptimas tal día como un 19 de julio de 1939, «tres años después»: «nunca he trabajado tan feliz y tan bien» (en el mismo momento, un vencedor refugiado en París siente exactamente lo mismo, Gregorio Marañón) y en apenas un año Salazar vive el tránsito desde el desamparo o el voluntarismo inicial a la instalación firme en el presente. La madurez de Salazar no va a verse interrumpida ni por la derrota ni por el exilio, y desde 1938 está seguro de que «hay que despedirse de nuestra vieja España por una temporada que puede durar dos o tres años ¡o un siglo! Pero dentro de cien años, todos calvos». Por eso el mismo día 1 de abril de 1939, apenas sabidas las noticias del final de la guerra, les comunica a sus íntimos amigos Ernesto Halffter y Alicia su voluntad de poner en marcha el plan de «volver a vivir»: «vamos, pues, a reanudar nuestra vida, con las modificaciones exteriores que impongan las circunstancias; pero lo que era “nuestra” vida». Es la vida de los afectos y los amigos, los proyectos musicales y las opiniones sobre el nuevo poder en España y sus nuevos mandamases. Y en esto último, desde luego, las noticias son todas malas, porque casi todos los amigos están fusilados unos meses después de esa carta –«creo que no me queda en Madrid ninguna persona conocida salvo algún marqués»–, y está

cumplido del todo el relevo de la música del nuevo poder, según él: «para eso han hecho la guerra y han muerto dos millones de españoles: para que los inútiles, los mediocres y los bribones pasen a primer plano: si contigo han hecho lo que me dices, y eres "amigo", ¿qué no harían conmigo?».[23]

¿Cuántas veces las comillas van saturadas de significados elípticos? El tú al que se dirige es el compositor Ernesto Halffter, que reside en Lisboa desde años atrás, pero se siente más cerca de los vencedores. No ha aceptado encargos del nuevo Estado ni está dispuesto a volver a España, aunque es profesor en el Instituto de España en Lisboa que dirige el falangista y hombre del nuevo Estado Eugenio Montes. Éste no pierde la oportunidad de invitar a Salazar a través de Halffter, porque «tú siempre tenías en ellos amigos de verdad y una patria que te esperaba».[24] Su hermano mayor, Rodolfo, está en México exiliado con Salazar, ha sido miembro del Consejo de Colaboración de Hora de España y es profesor del Conservatorio Nacional de Música allí. Uno y otro parecen bien informados de las tropelías del nuevo régimen (saben que el compositor y profesor Conrado del Campo está en la cárcel, por ejemplo) porque Salazar se las cuenta a Ernesto por carta. Salazar sin embargo no elude la contundencia para expresar lo que debe hacer con su vida Ernesto Halffter: «No te dejes engañar, porque si te atrapan, luego no te dejan salir. Ten mucho ojo.»

Para Salazar todo sigue igual también, o nada ha cambiado para peor en su vida personal y profesional. Quizá también por eso tiene el máximo interés en que Ernesto Halffter piense en la posibilidad de ganarse la vida en el exilio, en Nueva York, que es donde Salazar hubiese querido quedarse a principios de 1939, o en México, que es donde está y donde no tendría dificultades. Que nada ha cambiado para peor significa que vive las condiciones adversas de un recién llegado con notorio prestigio, y como tantos otros españoles (o mexicanos) debe trasegar con las rivalidades y los circuitos gremiales y profesionales del país (y del exilio), pero mucho menos dramáticamente que en la España de Franco y entre quienes quisieron seguir trabajando desde la derrota. Lo que dejará de veras sin rumbo, a la intemperie ética y sentimental, a Adolfo Salazar no va a ser el exilio ni la distancia; va a ser la muerte súbita de su madre a principios de 1940, cuando todavía su hijo gestiona una y

otra vez su posible expatriación. Le denegaron el pasaporte a la madre para forzar el regreso del propio Adolfo Salazar. En el mismo momento, sin embargo, Salazar mantiene también correspondencia con otro exiliado, el militar y músico Gustavo Durán, que le trae noticias tonificantes: es «feliz. Con un poco de paciencia se puede serlo en esta tierra, máxime si se tiene al lado una persona a quien querer», porque Durán acaba de casarse y las cosas le van bien. Salazar mismo se pone a la altura y a pesar del recrudecimiento de su misantropía, le cuenta también que su apartamento es luminoso y lo ha llenado de cachivaches. No le cabe el piano que desearía tener, y sólo trata a tres o cuatros amigos españoles y tres o cuatro mexicanos –que habrán de ser Daniel Cossío Villegas, Alfonso Reyes, Antonio Alatorre o el argentino Raimundo Lida, todos ellos activos corresponsables de El Colegio de México y de Fondo de Cultura Económica–, y tampoco oculta que disponer de todas las horas del día para trabajar lo deja «tan contento, dentro de lo posible».[25]

Cuatro años después, a finales de 1945, Salazar insiste en que Halffter debe salir de España e insiste simétricamente en que no piensa volver a esa España nueva. Su capacidad de readopción a otro país se parece también a la que experimenta otro exiliado, el arquitecto Rafael Bergamín, hermano de José, y tío de Luis Felipe Vivanco, que reside en España como inequívoco vencedor: Vivanco es el encargado de terminar la colonia de El Viso tras el exilio de Rafael Bergamín en Caracas desde 1938 y su integración en aquella sociedad como arquitecto de plena actividad. Lo fue allí también Eduardo Robles Piquer, hermano del futuro ministro de Franco, Carlos Robles Piquer, caricaturista célebre de El Sol de Madrid y después de El Nacional de México durante veinte años y presidente antes de la guerra de la Federación Universitaria Escolar... Los tres se reconocen presumiblemente en la frase de uno de ellos, Rafael Bergamín, en 1945: «Nuestros tiempos ya no pueden volver y si volvemos a nuestra tierra seremos allí extraños o extranjeros», y ése sería ya un dolor insoportable: «nos hemos creído verdaderos revolucionarios y nuestros huesos son demasiado duros ya para conformarnos con perder aquellos lazos, que eran como verdaderas raíces que nos ataban al suelo, al santo suelo español».[26] Quizá por esas razones ninguno de ellos desistió de mantener el contacto con el interior, y quizá por eso, sin ánimo de volver, Salazar reclama

más asiduidad epistolar a otro gran amigo como el guitarrista Regino Sainz de la Maza, que no contesta a sus cartas. Descarta una nueva invitación de regreso también, pero es asunto que, como casi todo el exilio, medita una y otra vez en más vueltas y revueltas, aunque «para qué volver. Lo que más me interesaría encontrar no existe ya». Son ellos, Ernesto Halffter y Sainz de la Maza, quienes deben entender «la necesidad de que salgáis de ahí y vengáis a América. Regino con su guitarra. Tú con tu batuta. Ya creo urgente que recuperes», le escribe a Ernesto, «un poco el tiempo perdido y que salgas por tus fueros, que se han quedado un poco atrás por tu pasividad», lo que desde luego no es el caso de Salazar. En esos cinco años de exilio ha publicado nueve libros, aunque casi no lleguen a España (todavía) y aunque él no pierda tampoco las ganas de comer cocido madrileño y acostarse en su bendita cama... Dos años después, sin apenas rastro de comunicación intermedia, insiste en la misma posición: «Debías decidirte a venir a este país, ¡inmenso en sus posibilidades!, pero que hay que conquistar.»[27]

La vuelta al trabajo, el regreso a sí mismo, el intento de ser de nuevo un hombre libre fuera de un país natal medievalizado, se fragua en muchos más escritores y profesionales de los que tendemos a pensar, y sin que esa evidencia rebaje la ejemplaridad ética e ideológica de los exiliados (incluso diría que al revés) ni desde luego eclipse la angustiosa dificultad de muchos para hacerse cargo de sus nuevas vidas. Pero es verdad que suele haber un ingrediente crucial en el modo de reanudar la vida tras la derrota: la comezón política en el exiliado fue un factor de desgaste y amargura tan hondo que arruinó parte de la voluntad y la capacidad de salir a flote tras el hundimiento moral y material de la derrota. Sin embargo, no parece fuera de lugar evocar otras reacciones inmediatas a la derrota, netamente republicanas pero con perfiles políticamente menos beligerantes o menos cautivos de consignas o agrupaciones. Para la vitalidad exaltada de un hombre veinte años más joven que Salazar como Carles Fontserè, el exilio es de inmediato una suerte de aventura vivida como fortuna y no como adversidad. En su caso, el acento de la voz política es más agrio, quizá porque su travesía del exilio la narró muy tarde ya, en los años noventa, y cuando pudo vivir las formas de subsistencia en democracia de una izquierda atrapada en el pasado sentimental mechado de lealtad política. Contra ella habla Fontserè poniendo

por delante la experiencia de las personas antes que su disciplina ideológica o su fidelidad a causas difusas (y perdidas). Su retrato del exilio no encaja con la resistencia heroica fundada en la solidaridad política o la utopía revolucionaria e introduce de vez en cuando la reflexión sobre las dificultades que la tradición comunista ha tenido para digerir la decencia y la dignidad de quienes fueron liberales o socialistas, republicanos radicales, nacionalistas liberales catalanes o vascos, socialdemócratas o democratacristianos en el exilio y fuera del exilio sin la menor tentación de apoyo político o intelectual al franquismo de la victoria. La desesperación de un liberal tranquilo, con apariencia incluso de demasiado tranquilo, como Benjamín Jarnés, también pone a prueba estas reacciones emotivas, porque su desamparo fue grande, como el de tantos, y en su caso más agudo porque careció de respaldo político o de partido. Y, pese a ello, fue de los últimos escritores republicanos en salir por la frontera de Portbou, colaborador en alguna ocasión de Hora de España y durante la guerra en La Vanguardia. Desde Limoges, busca ayuda en viejos amigos, como Gregorio Marañón, y en amigos más jóvenes, como Guillermo de Torre, vencedores y vencidos, si se quiere. Siente activado el cepo político porque es –le escribe a Marañón en marzo de 1939– «un español republicano, sin partido, sin documentos, sin dinero, sin trabajo –apenas, salvo La Nación [de Buenos Aires]– y, lo que es más gracioso, sin ningún antecedente político del cual pueda sacar partido favorable y sí todos los desfavorables». Por eso se define a esas alturas como un «español leal a una fe republicana... y mártir –totalitario– de esa fe».[28] Y aunque no ha podido publicar durante la guerra ninguno de los libros escritos, estará embarcado en el Sinaia... Pudo haber sido un Marañón más, un liberal tentado de aceptar el franquismo como mal menor, y en cambio fue un republicano que optó por la virtud mayor de la democracia, aunque estuviese tan averiada y descompuesta como lo estuvo durante la guerra.

Carles Riba también había salido por Portbou al final de la guerra y era una autoridad intelectual con poca disposición a la parálisis desolada. Por eso siente el estímulo no sólo de ayudar en el exilio a los exiliados, sino también de ayudar a los derrotados del interior. A otro viejo amigo vencido en España, Santiago Pey, le describe en febrero de 1940 y desde su exilio de Francia, el propósito que debe regir la relación entre dentro y fuera, o arriba y abajo, como tiende

a decir Riba en sus cartas a los derrotados del interior: «necessitem això els uns dels altres: sentir-nos amb una sang i un esperit comuns, com membres d'un mateix cos. Prop, àdhuc físicament». Esa cercanía física es una de las razones de peso por la que no ha querido aceptar la invitación a ir a la Casa de España en México (al igual que le sucederá con las universidades norteamericanas a un hombre más joven, como Rafael Lapesa, y por razones semejantes): «em mantindré aquí tant com podré: ens devem també a vostès que s'han quedat a sofrir. No desdirem». El plan de acción no pasa por armar grandes conspiraciones o «fer follies» porque es mucho más raso: «que la simple irradiació de la nostra dignitat destrueixi –aquí i ací!– l'única cosa que té força contra nosaltres: les calúmnies que els nostres enemics han teixit al nostre entorn». También añade que el editorial del nuevo número de la Revista de Catalunya, que ha redactado él sin firmarlo «és l'expressió de l'esperit d'uns quants d'ací, que voldríem que fos també el de molts d'aquí». La carta es de febrero de 1940 y como si fuese verdad la indistinción que usa entre aquí y ací (porque todo es derrota y naufragio catalán) ese papel corrió de mano en mano entre Rosa Leveroni o Joan Vinyoli, futuro gran poeta, y entonces modestísimo empleado editorial, o el escritor López-Picó. Aporta una perspectiva semejante a la de Salinas: aunque ninguno de ellos era rojo marxista, me temo que todos eran, por ser miembros de la vida intelectual del pasado, y bibliotecarios o profesores represaliados, rojos separatistas.

En abril de 1940 Carles Riba ha recibido ya un puñado de cartas enviadas clandestinamente desde Barcelona y se lo cuenta a otro antiguo amigo, Joan Gili, que vive en Inglaterra y es destinatario de una de las Elegies: «estudiants, llicenciats joves, etc. És commovedor com sofreixen: alguns exclosos de biblioteques i universitats, i tots sentint-se dins un ambient d'invasió (no es tracta d'extremistes!), de fàstig, d'horror (mots literals!); però també com es defensen amb armes espirituals i com esperen d'ells mateixos i de nosaltres. Una paraula nostra d'encoratjament que els arribi, en prosa o en vers, circula per tot de petits "grups de fe" i té una ressonància immensa». Y a Eduard Valentí, prestigioso latinista y cuñado de otro latinista, Joan Petit (profesor depurado y futuro director literario de la editorial Seix Barral), le cuenta que sobre todo se dedica «a contribuir al manteniment i endegament de la unitat dins aquesta pàtria dispersa que és l'emigració (...) Espero

que l'experiència de l'exili no em serà estèril; si no ho esperés, acceptaria qualsevol oferiment d'Amèrica», le escribe el 29 de abril de 1940, cuando sin duda Valentí y Rosa Leveroni, Joan Vinyoli y Josep Palau i Fabre, Josep Janés (el fundador de Editorial Janés que encarga ya desde entonces algunas traducciones a Riba) y algunos más han leído y releído las Elegies de Bierville. Riba ha ido haciendo llegar sus poemas de exilio a Barcelona, mezclados con cartas escritas en francés, y los habrán visto también en el primer número de la Revista de Catalunya, de diciembre de 1939. Serán esos derrotados del interior quienes decidan imprimir las Elegies clandestinamente en una primera edición en Barcelona y en 1942, aunque el pie de imprenta diga Buenos Aires y aunque no estén todavía en ese breve volumen todas las elegías que escribió Riba desde abril de 1939 cerca de Boissy, en Bierville.[29]

La distancia entre la esfera privada y la práctica pública sigue siendo un instrumento indispensable para comprender los comportamientos bajo una dictadura basada en el terror militar y policial. Sin esa herramienta analítica es imposible hacerse cargo de lo que sucede en la derrota del exilio y en la derrota del interior. Ese laberinto de concesiones y de lealtades ha de hacer conciliable la lucidez compasiva de Salinas con Dámaso Alonso (o de Riba con sus jóvenes amigos del interior) con esta otra crudelísima observación sobre la decrepitud intelectual de la España de posguerra, porque tiene razón otra vez el Salinas de 1940. Realmente «sería estupendo que la mejor Historia de la Literatura Española se la hiciera a España un emigrado [que es Américo Castro], mientras aquella ralea se entrega a la retórica menendezpelayesca de segunda mano, revolcándose en el neoacademicismo de D'Ors».[30] La ralea no incluye a Lapesa ni a Dámaso Alonso ni a Menéndez Pidal, pero sin duda sí al catedrático Joaquín de Entrambasaguas, a las debilidades del escritor Azorín o las claudicaciones del crítico e historiador Melchor Fernández Almagro.

En el exilio no faltó piedad por los vencidos del interior, por los que se han quedado en España sin ser ni querer ser franquistas. Y tampoco los exiliados contaron indefinidamente en clave heroica o con una sola voz sus biografías de expatriados y perseguidos en relación con los vencidos del interior. O cuando lo hicieron,

hubieron de soportar a su vez la irritación o la censura (casi siempre privada) de otros tan exiliados como ellos mismos, pero también menos propensos a los sentimientos autocompasivos y más enteros en la comprensión del significado de perder la guerra. Un poco más adelante, buena parte del exilio aceptará la pervivencia muda, atada y vejada de los vencidos en el interior y ese dato presta un acercamiento complementario al relato antiheroico de la reconstrucción de una cultura en libertad y para un futuro sin Franco. Ése fue, incluso antes de 1945, el objetivo de cada vez más exiliados: regresar a una España libre y no a una casa que hacía muchos años que había dejado de ser su casa pero que fue haciéndose más habitable precisamente con algunos de los exiliados regresados y algunos de los vencidos. Zenobia Camprubí no deja de repetir eso una y otra vez desde el primer momento del exilio y en las infinitas cartas que manda y recibe desde el mismo 1939 del gran amigo, de ella y de Juan Ramón Jiménez, Juan Guerrero Ruiz. Y hasta parece que la revista más valiosa e interesante que recibe de España (además de los libros de la colección Adonais y revistas que van desde la Revista Nacional de Falange Vértice hasta Destino o la literaria Santo y Seña) es precisamente Reconstrucción, la revista que sigue los proyectos de la Dirección General de Regiones Devastadas y Reparaciones, entonces bajo la dirección de José Antonio Coderch.[31] Sin embargo, y evidentemente, el exilio se hizo fuerte detrás de sarcasmos justos muy parecidos al que Adolfo Salazar formuló desde México. Identificaba dos monstruosidades inminentes de las que hay que huir igualmente y por las que insta a sus escasos amigos a huir de España o de Portugal en octubre de 1939 (como secreta o explícitamente pensaba Salinas para Dámaso Alonso, o Emilio Prados para Vicente Aleixandre, o Américo Castro para Rafael Lapesa): «pronto llegará por ahí la felicidad europea nazicomunistafrancofascista, y ya veréis qué gusto da un bombardeo cada media hora, hambre, paseos y demás ventajas de la novísima civilización cristianorrusogermanoitalianoespañolacriminal. No os durmáis, que todavía es tiempo».[32]

La fe política y la frustración, la nostalgia de lo que debió haber sido y no fue, se comieron las energías que muchos necesitaban para rehacer sus vidas. La guerra fue el disolvente desintegrador que puso a prueba en los vencidos exiliados la capacidad de

reintegración a una vida nueva: desintegró la inminencia de una vocación que hubo de aplazarse o la madurez de una trayectoria que debió reconstruirse con sacrificio de una parte mayor o menor de pasado. La sociedad moderna, conflictiva y europea que España llevaba camino de ser hasta 1936 se aplazaba sin remedio, pero ese fracaso no podía atar la biografía de cada uno de ellos, ni excluir enteramente a los que se quedaron. Incluso podía vivirse con la conciencia de que el primer paso para la restauración del futuro en libertad era hacerlo por cuenta propia y cada uno desde su propia fortaleza. Era la garantía de futuro, y no mermaba ni la solidaridad política ni la lealtad ideológica a los valores democráticos y liberales de la República vencida. Algunas de las situaciones tempranas que revisa este capítulo invitan a comprender una aclimatación flexible y pragmática a la realidad histórica de la derrota, sin que esa aclimatación rime con traición ni comporte debilidad ideológica o flaqueza egoísta. El profesor y pensador José Gaos apenas padeció esos males, o los combatió muy pronto. Había sido discípulo de Ortega y rector de la Universidad de Madrid durante la guerra, fue miembro también del Consejo de Colaboración de Hora de España y, en noviembre de 1939, un año después de haber llegado a México, le pidió a Alfonso Reyes algo de tiempo para decidir la renovación de su contrato anual como profesor en El Colegio de México. Esa encrucijada comprometía el futuro en términos materiales, pero mucho más en términos éticos, de recolocación en el mundo y en su propia vida. Su adopción de la palabra transterrado como identidad frente a la común entre los demás de desterrado o refugiado o exiliado, procede de una percepción íntima expresiva: «La aceptación de la invitación actual representa para mí la resolución de radicarme en este país por un tiempo literalmente indefinido. La importancia de esta decisión se le alcanza a usted», y acto seguido formula extensamente su plan docente para el año 1940 con meticulosidad industriosa y agradecida, la misma que ha empleado para describir sus actividades docentes e intelectuales del año que ha pasado ya en Casa de España en México.[33]

En el otro momento de inflexión clave del exilio, 1947, y en sus Confesiones de un transterrado, José Gaos no va a variar la sustancia de lo dicho. Había llegado al exilio casi con cuarenta años, y «la estancia en México, no tanto por cuanto iba a durar,

según las previsiones, sino sobre todo por la decisión de emprenderla en plan definitivo, iba a representar una segunda vida». Y más aún, con lucidez que no todo el exilio pudo asumir tan tempranamente: «La vuelta a España nunca sería la vuelta a la primera vida» porque la España del regreso no iba a «ser la España dejada». Gaos reflexionaba como lo hacía entonces Salinas o como lo hacían Juan Ramón Jiménez, Adolfo Salazar o Rafael Bergamín, u otros más jóvenes como Francisco Ayala, Ferrater Mora, María Zambrano o Tomás Segovia. Sentía que vivir fuera de España era un trastorno más leve que el traslado «a cualquiera de las ciudades» españolas: «¿No sería más razonable aceptar el destino mexicano efectivamente como un destino?» En 1947 no hay ya duda posible sobre la imperturbable continuidad del vencedor y todo sigue igual que en 1939: «Franco y su régimen continuarían hasta un día, natural o catastrófico, de muerte natural del usurpador, o de nueva revolución o guerra, en todo caso absolutamente imprevisible entonces con cualquier precisión cronológica.» Es Gaos quien habla en ese texto de 1947, pero volvió a ello en 1953, en un curso titulado Confesiones profesionales y publicado cinco años después. Recordó de nuevo la determinación de seguir en México porque era un destino tempranamente asumido y que «desde luego, aceptaba hasta con entusiasmo».[34] No sentirse desterrado sino transterrado no comportaba abandono de la sociedad española a su suerte, ni desidia patriótica ni deslealtad con la República, sino más bien todo lo contrario, dada la profunda verdad del racionalismo de Gaos en torno al lugar del regreso.

Que Gaos se adapte a su nueva vida lo pone en el extremo emocional de una basculación cuyo otro polo es la pérdida insoportable o quizá ya el quebranto inasumible. Para Juan Ramón Jiménez fue asumible, como lo fue para Américo Castro o para Pedro Salinas, y los tres desisten de regresar. Pero no lo fue para un viejo maestro liberal todavía dispuesto a actuar, Ortega y Gasset. Él sí volvió, y lo hizo en coherencia con su análisis político de la guerra, y de acuerdo con algunos otros amigos y fundamentales referentes de la España liberal. Azorín, Baroja o Ramón Menéndez Pidal hubieron de estudiar desde 1939 con mucho cuidado las condiciones de su regreso porque el nuevo régimen no transmite la menor confianza y sus primeras iniciativas son realmente disuasorias, desde la censura y la represión impunes hasta la

hegemonía tiránica de la peor Iglesia católica. Por eso tardarán un poco más algunos como Gregorio Marañón, que a mediados de 1942 llega a Madrid, o el escritor Carles Riba, que llega a Barcelona en esas fechas pero como derrotado. Y, por razones diversas y no fáciles de establecer fuera de cada circunstancia personal, algunos otros todavía tardan más, o la construcción misma del franquismo les desanima a regresar, pese a haberse alineado en guerra con los vencedores, como Ramón Pérez de Ayala o Ramón Gómez de la Serna.

Pero sin duda el regreso más traumático habrá de ser el de Ortega, porque es simbólicamente el más fuerte: el exilio supo que Ortega estuvo en Buenos Aires entre 1939 y 1942, aunque su actitud no fue ni combativa ni explícita sobre el franquismo. Pero todo saltará por los aires cuando Ortega decida viajar a Lisboa, a principios de 1942, mientras nada hacía prever una modificación sustancial del régimen franquista en España ni todavía empezaba siquiera el declive nazi en la Segunda Guerra Mundial. Guillermo de Torre había sido un ensayista importante en la España anterior de la guerra, casado con la argentina Norah Borges, pero inequívocamente ligado al exilio, y fue quien se hizo entonces portavoz del sentimiento de la inmensa mayoría de los exiliados. Publicó primero en España Republicana y después en los recién creados Cuadernos Americanos de Juan Larrea un artículo muy duro en torno a la deserción de Ortega. Cuando Guillermo de Torre le mandó el artículo al fundador de El Colegio de México, su amigo Alfonso Reyes, éste se sumó al duelo sin fisuras porque era el suyo también: «su deserción es un golpe en el corazón para nosotros, tiene usted razón», le escribe el 27 de abril de 1942.

De hecho, tanto Reyes como Guillermo de Torre desde Buenos Aires, o José Gaos desde México de nuevo, viven ese regreso como el desvelamiento final de un falso enigma. Todos ellos intuyeron en ese gesto de Ortega un mensaje político que ratificaba sus viejas intuiciones, «a pesar del afán de alargarle el crédito moral hasta el último instante a ese hombre que tanto hemos admirado», escribe Reyes en abril de 1942 a Guillermo de Torre. Reyes mantuvo por la figura intelectual de Ortega su respeto intacto hasta el final de su vida, a pesar de algún otro percance posterior. De momento, la vivencia del regreso de Ortega a Lisboa era simbólicamente dura, y la frase final del artículo de Guillermo de Torre hablaba por todos:

«mientras tantos escritores españoles –se dirá en el futuro inapelablemente– huyeron de sus patrias cerradas y se sumaron con su esfuerzo a las abiertas patrias de América, hubo una excepción dolorosa, un hombre que desertó».[35]

El hecho pesó algunos años en el exilio todavía, y a Gaos debió de pesarle también porque había sido discípulo y amigo del maestro, y maestro en el sentido fuerte de la palabra. Pero en 1945, mientras le dedica a Alfonso Reyes una hermosa antología del pensamiento español contemporáneo (cuyos últimos nombres, y más jóvenes, son precisamente Ortega y Reyes), le escribe con una rotundidad que promedia la gratitud y el realismo. Si Ortega fue en España «uno de los órganos regulativos de mi vida» intelectual, «en América ha venido siéndolo usted».[36] Gaos tuvo razones para volver a sentirse defraudado por la conducta o la actitud de Ortega, que empieza a frecuentar España en temporadas largas desde 1946, y se lo hizo saber a Alfonso Reyes en una carta que tiene aire de ser pública porque la manda con disculpas «por el retardo con que va a publicarse». Ortega ha declarado a un periodista de México que no tiene nada contra Alfonso Reyes pero que «ha hecho tal porción de tonterías» que no lo considera ya amigo propio en América, y tras preguntarle por alguna de esas tonterías, se limita a decir que han sido «gestecillos de aldea».[37]

No es una carta agradable de recordar ahora ni de citar, pero disipa cualquier forma de irresponsabilidad política o de abandono de lealtades republicanas y democráticas por parte de Gaos –hecho a su exilio–. Gaos pudo llegar a entender que Ortega regresase a Europa e incluso a España, aunque le resulta mucho más difícil de digerir el desdén por la labor de protección y acogida de los españoles impulsada desde México por Reyes y lo que todo ello significa: «¿es, entonces, que Ortega condena esa actitud y actividad de usted, intérprete e instrumento no sólo de la oficial de México, sino incluso de la de los mexicanos que habiendo recibido a los refugiados españoles con recelo, cuando menos, han acabado por rectificar en punto a la mayoría de ellos, ya que no a la absoluta totalidad? ¿Es que Ortega comparte la saña, y donde no alcanza ésta, el resentimiento del franquismo?». La sintaxis retorcida de Gaos exige un esfuerzo suplementario, pero seguramente por una vez la sintaxis es también una metáfora del dolor de escribir la

decepción por el maestro: tantas veces ha habido que justificar el silencio de Ortega durante la guerra y después de la guerra que, para una vez que habla en público, podría haber dicho algo distinto, o al menos algo que no comprometiese no sólo a Reyes sino al resto de los exiliados protegidos por él. Cada vez quedan menos razones para que subsista la especie de quienes «nos esforzábamos por no dejarnos contagiar. Qué fondo y sincero pesar encontrarnos empujados hacia la pérdida de un respeto que creíamos necesario». Pero ha sido Ortega quien ha dilapidado su crédito de silencio, y de ahí derivará Gaos un diagnóstico más amargo todavía porque desde ahora «en la España antifranquista, con seguridad en la de fuera del territorio nacional y con probabilidad que parece muy alta en la prisionera en su propio territorio, o entre los dos tercios de españoles, según mi leal convicción, pero en todo caso entre un número de compatriotas lo bastante elevado para que no pueda despreciarlos el sensato, en esta España ha perdido Ortega su autoridad intelectual y sobre todo moral casi íntegramente».[38]

Sobre las posiciones íntimas de Ortega y de algún otro viejo liberal durante la guerra se han disipado muchas dudas en los últimos años. Lo que eran conjeturas e interpretaciones a partir de indicios, es ya nada más que la certeza de que el mal menor, durante la guerra, Ortega lo encontró en el bando sublevado, y privadamente se colocó entre los que celebraron la derrota de la República y la victoria de Franco. Por eso matizó el 17 de agosto de 1937 en carta a Marañón que «las notas de Franco son cada vez más acertadas y en su punto»,[39] cosa que es improbabilísimo que compartiese con la inmensa mayoría de exiliados y no exiliados. Y desde la experiencia de posguerra, y desde su regreso a Europa a partir de 1942, los exiliados releyeron algunos párrafos de su epílogo para ingleses adjunto a la edición de La rebelión de las masas hecha en Buenos Aires en 1938. En todo caso, sigue siendo verdad que hay un salto considerable entre el telegrama de «alborozo y felicitación» que Ortega envía a Gregorio Marañón para celebrar la entrada de las tropas franquistas en Madrid el 28 de marzo de 1939 y la carta de dos años y pico después, de 1 de enero de 1943 y ya desde Lisboa, cuando Ortega cree que «los dos últimos años, contra lo que pudiera haberse esperado, han sido para nosotros igualmente los más enojosos». Han sido sus dos años y pico de exilio en Buenos Aires, que es donde residió Ortega entre agosto de 1939 y marzo de

1942.[40] Juan Ramón Jiménez lo tuvo más claro desde el principio, que es lo mismo que le sucedió a Américo Castro. Juan Ramón contestó en 1948 a Antonio Salgado, de España Republicana, que no volvía a España «porque me gusta vivir en libertad», a pesar de los requerimientos que se le han hecho para regresar (incluso desde la Academia), y Américo Castro contestó a idéntico ofrecimiento de Ramón Menéndez Pidal (presidente entonces de la Academia de la Lengua Española) que comprendía las razones para vivir en la España de Franco, pero que no eran las suyas: «no se trata de gobiernos sino de poder vivir libremente y no como un apestado o un amordazado».[41]

Pero ni Gaos ni Juan Ramón Jiménez simplificaban la lectura del caso Ortega. Tras su fallecimiento en Madrid, en 1955, Gaos afina su análisis, más allá de la decepción y seguramente más completamente informado. Subraya entonces el fracaso del magisterio de Ortega tras la guerra sobre dos certezas: «la doble imposibilidad de alistarse entre los defensores de la República y entre los sostenedores del régimen actual de España, ha debido de ser un patético drama entrañado en lo más radical y sensible de la intimidad de Ortega, que ha debido de hacer singularmente penosa su vida de los últimos lustros en el fondo incluso de su éxito internacional de los últimos años». Ortega ha visto fracasar el sueño de ser «maestro de su patria, sentir haberlo sido en la madurez de la vida, y acabar, ya senecto, entre destierros voluntarios y estancias en la patria inoperantes, contra su voluntad, sobre ésta».[42] Cuando José Gaos escribe así paradójicamente Ortega es lectura crucial para muchos jóvenes de la resistencia intelectual del interior. Y al mismo tiempo Américo Castro todavía no se ha resuelto a cambiar de actitud con respecto a escribir en España y rechaza la mínima colaboración con el interior. Ya ha cambiado sin embargo la actitud de Juan Ramón Jiménez, que escribe alguno de sus artículos en revistas del interior y oficiales, como Cuadernos Hispanoamericanos o Clavileño, y manda y recibe frecuentes cartas, como han cambiado de actitud Salinas y Guillén (como hizo Carles Riba tan temprano). Pero bastará un año y la presión persuasiva de Camilo José Cela para que Américo Castro, y con él María Zambrano o Emilio Prados, Guillermo de Torre o Rafael Alberti, Max Aub o León Felipe, empiecen a escribir en la nueva revista de 1956 Papeles de Son Armadans y asuman las consecuencias de esa colaboración sin

vergüenza ni presunta candidez: adivinan el uso político y propagandístico que el régimen puede hacer de esa colaboración, pero no seguirán inhibiéndose ya más de la resistencia del interior con su silencio.

Frente al retraso con el que otros exiliados reconocieron la posibilidad de una vida «libre y digna», en palabras cruciales de Pedro Salinas (o del exiliado e historiador Vicente Llorens), Gaos identificó desde el primer momento esa posibilidad, aunque el precio de hacerlo fuera el rechazo a la actitud política y humana de Ortega en relación con el exilio y en relación con el franquismo. Había asumido una derrota que hacía inimaginable a corto plazo un cambio de situación tan radical como para favorecer el regreso de los exiliados o restituir nada de la vida anterior (sus hermanos Vicente, Alejandro y Lola Gaos se quedaron en España). La ausencia de dogmatismo ideológico o una militancia política poco radicalizada hizo circular mejor el aire fresco y animó una vitalidad alimentada de expectativa y no de nostalgia; facilitó la protección contra los cortocircuitos neurotizantes de los refugiados más aprensivos y permitió una lectura fértil pero no egoísta del significado del exilio. Había que detener la turbina política que la guerra había puesto en marcha sin control, y había que detenerla sin perder ni identidad ideológica ni perfil político. Esa reintegración de cada uno a su ser civil y a su proyecto de vida buscó cancelar la fiereza de la guerra pero no los convertía en meros oportunistas; ni esa actitud comporta desatención o juicio derogatorio a los equipos que actuaron de otro modo, más comprometidos con la actividad de la República en el exilio o el antifranquismo desde el exilio. Se expresaron posiciones dispares de forma simultánea, y entre ellas estuvo la readaptación a la vida civil fuera del campo de batalla, en una suerte de tregua que significó volver a vivir pero en las nuevas condiciones que había impuesto la derrota. Algunos exiliados relevantes que mantuvieron su lealtad a la República hasta el final, desactivaron también en el exilio la urgencia de lo político. Pusieron sus vidas en un disparadero que no era ya el intento de ganar una guerra perdida, sino el de no perder algo más que la guerra: el futuro propio como personas, como familias o como profesionales.

Los casos que este capítulo ha evocado muestran experiencias de

exilio que han vivido la derrota sin que la frustración política e ideológica anulase o bloquease la propia vida. En cada uno la biomorfología ética, profesional, emotiva y familiar intervino de modo distinto, y eso incluye a quienes fueron menos propensos a buscar la compañía de otros exiliados, a compartir recuerdos o intercambiar memorias en infinitas horas muertas de duelo y de melancolía. Fueron y han seguido siendo incómodas las experiencias de esos exiliados quizá más altivos, más independientes o menos emocionalmente quebradizos. Prefirieron evitar los círculos de exiliados para evitar también el desgaste de una espera indefinida, para paliar la amargura contagiosa de la nostalgia del pasado o de un futuro iluso, mientras las noticias de la Segunda Guerra Mundial alimentan alguna expectativa feliz que será fugaz y mientras simultáneamente se comprueba la imposibilidad de regresar a una España que no existe porque la que existe vive bajo el terror, la vulgaridad y el integrismo católico. Es la única patria a la que cabe regresar desde Buenos Aires o México, Puerto Rico o Santiago de Chile, desde París, Londres o Nueva York. Cuando Salinas recibe el primer poemario de Rafael Alberti en el exilio, Entre la espada y el clavel, lo examina desde el peso que la nostalgia y la amargura tienen en los poemas. Salinas reconoce el intento de salir de esa horma y recobrar la elevación de la lírica; pero no, a Rafael Alberti «no le es posible escaparse», aunque lo intente: «veo a Alberti peleando por evadirse de la historia, por alzarse sobre la altura de las nubes de la historia». Pero no llega a estar por encima de ellas, no llega a ver el sol que brilla por encima de ellas, como si Salinas estuviese manejando premonitoriamente la imagen que Claudio Guillén utilizará para explicar dos modelos potenciales de vivencia del exilio: «me pregunto si habrá seres que por cualquier razón de milagro (no por inconsciencia, o ignorancia o estupidez, no al modo americano, no) sepan vivir a estas horas por encima de las nubes, de lo histórico en ese sol que se nos niega».[43] Quienes no sintieron así no despolitizan sus actitudes, sino que atenúan la urgencia que ha puesto en marcha la guerra y asumen una derrota contra la que luchan reemprendiendo sus vidas y salvándolas para un futuro regreso, incierto e imprevisible. La integración en otro lugar y la vida en otro país modula de otro modo su compromiso político o su militancia porque tienden a percibir esa actividad como esterilizante, desgastante y poco útil, y sin embargo no se suman a ninguna deserción ideológica: readaptan

sus vidas a unas circunstancias que escapan a su control sin alterar sus convicciones democráticas y republicanas (aunque sean críticos con otros exiliados).

En los dos siguientes capítulos, ha de ser visible la consistencia ética y reflexiva con la que una parte valiosa del exilio entendió que su vida seguía vinculada a la cultura española, aunque estuviese sometida al franquismo. De la fortaleza de esa resistencia interior injertada en el sistema iba a depender no sólo su futuro, sino el del cauce cultural de la España contemporánea que encarnaban ellos en el exilio. Su mapa intelectual no responde sólo a una morfología moral atrapada en el maltrato y el hundimiento, o demasiado dañada en lo esencial para proyectar una forma de futuro. Porque no fue ésa la única horma de nuestro exilio, e incluso esa mutación del exiliado fue crucial para rehacer el cesto frágil de una tradición cultural republicana capaz de llegar hasta hoy. Uno de los precoces, por decirlo así, fue siempre tajante, y Salazar termina una carta de noviembre de 1938 a su colega Jesús Bal y Gay, cuando todavía no ha terminado la guerra, abogando por el futuro porque es lo que justifica la actividad en presente y la proyección de libros y cursos, de actividades y preguntas en su caso sobre música: «Quién sabe si podremos entre todos reconstruir en México una isla netamente española, que tan buena cosa sería para España y para México.» Un año después, sigue siendo la convicción del trabajo productivo la que guía al ensayista. A Alfonso Reyes le manda otro libro reciente, uno de los muchos que tiene en marcha, con una precisión casi turbadora: ha sido un «esfuerzo patriótico» que quiere «restituir a la vieja cultura española lo que es suyo y le quitaron los historiadores musicales de los demás países», aunque se publique en el exilio y aunque casi nadie vaya a verlo en España. Pero a la espera de que eso suceda, como sucederá, Higinio Anglés, o Luis García-Abrines, o incluso Manuel Sacristán, tan joven a principios de los años cincuenta que aún le quedan resabios falangistas, sí han de verlo y leerlo con admiración.[44]

Esa isla netamente española y eficaz para España y para México que fue El Colegio de México es la misma que creyó Rafael Lapesa irrecuperable en 1939, y es la misma que evocó José Gaos en 1969 como reincorporación del Centro de Estudios Históricos. Trabajaron entonces como si lo hiciesen en la España real, cuando ni en España

ni en el exilio existía esa patria. Pero vista desde hoy es tan real y operante como la que quedó abolida con la guerra, y hemos vivido de la herencia de ambas: del exilio rehecho en México y de los precarios esfuerzos de Menéndez Pidal por mantener en su casa de Chamartín alguna forma de continuidad del Centro de Estudios Históricos de antes de la guerra, con seminarios en su casa y la asistencia de profesores depurados como Dámaso Alonso y Rafael Lapesa (aunque allí no estén ya ni Américo Castro ni Tomás Navarro Tomás). Madrid desde luego no podía igualar ni las actividades ni la potencia creativa de El Colegio de México, pero sabían todos que trabajaban por encima de la guerra y de su resultado en un proyecto cultural de continuidad que se había dividido y repartido, que había cobrado mayor fuerza en el exilio que en el interior, pero que cuando todo acabase, aunarían los esfuerzos y cada uno habría ido fortaleciendo desde su lugar la tarea regeneradora que el nacionalismo liberal había puesto en marcha y levantado durante la Edad de Plata: «sentir-nos amb una sang i un esperit comuns, com membres d'un mateix cos», como explicó desde 1940 Carles Riba.[45] Esa continuidad fragmentada que fue la patria dispersa del exilio se puso en práctica con plena conciencia, de la misma manera que se entendió desde el exilio que los refugiados del interior la necesitaban mientras organizan en los años cuarenta unos Cuadernos de Adán que inspira Julián Marías, se reanudan las ediciones de Revista de Occidente, se funda una colección de poesía como Adonais y una revista catalana que se llama Poesia y otra que se llama Ariel. En todo ello venía a encarnar el pasado cultural y literario, pero no en el exilio sino dentro de España. Era el objetivo también de Ínsula desde 1946, y por eso fueron publicando todos ahí, porque El Colegio de México era un instrumento concebido de forma coyuntural como refugio de exiliados, pero su sentido último era, no se sabía bien cuándo, que dejasen de vivir en vilo y empezasen a vivir de veras.

II. VIVIR DE VERAS

Sin embargo, y al margen de los casos más precoces, la encrucijada decisiva del exilio tiene lugar entre 1946 y 1948, cuando las decisiones sobre el regreso o la permanencia en el exilio empiezan a ser elecciones de modelos de vida y cuando la mayoría de exiliados restablece formas de contacto con la España del interior, y ya no sólo con la España vencida o los viejos amigos de antes de la guerra. He revisado intermitentemente algunos casos, pero existe también un sector del exilio que fue más allá de la resignación a la derrota y procuró razonar la naturaleza benigna de su exilio no tanto por la capacidad de adaptación de cada sujeto a la adversidad sino como dinámica vital con efectos ventajosos y fecundos más allá de las razones políticas del destierro. Es un meandro biográfico que algunos exiliados experimentaron, generalmente desde esos años, y cuya complejidad es matizadamente distinta de la que recorre el capítulo anterior. Salinas, Salazar, Gaos o Juan Ramón piensan con el dolor de la expatriación, pero con una suerte de resorte de racionalidad que explica su resignación a su nueva vida sin rencor, o capaces de reasumir sus proyectos en el único lugar posible. España para ellos no existe como espacio vital, y en muchos de los casos ese regreso implica el riesgo seguro de la detención, la persecución policial y, en todos los casos, una sumisión indeseable. En cambio, la vivencia del exilio de Gaos y Ferrater Mora, de Ayala y de María Zambrano, de Ramón Gaya, de Luis Buñuel, de Josep Lluís Sert o incluso de Luis Cernuda tiende a reconocer que el dolor del exilio engendró la virtualidad inesperada de una vida más cerca de la plenitud y en libertad.

La desilusión de que no sucediese nada políticamente decisivo para derribar a Franco en 1946 y 1947 fue otro proceso de aprendizaje, pero fue también una forma de retomar el rumbo de la propia vida por primera vez desde mucho tiempo con algo seguro, aunque esa seguridad fuese la de la indefinida continuidad del franquismo. En este capítulo trataré de señalar que tampoco después de la primera hora hay manera justa de reducir la conducta del exilio a un patrón ejemplar. Empezó entonces la revisión de decisiones, la autopsia sentimental y de resistencia ante el futuro, la tentación de regresar

sin ninguna fe o la aspiración a cambiar de lugar de exilio en busca de mejores lugares. Pero no hubo actuación compacta o unitaria ni las circunstancias propias y ajenas aconsejaron lo mismo a los exiliados: algunos no esperaron a la certidumbre definitiva de la victoria franquista en 1946 para hacerse y sentirse dueños de su futuro, como hemos visto, pero al mismo tiempo antifranquistas firmes asumen el regreso y asumen también las consecuencias del regreso con la misma entereza (frágil) con la que otros transforman la permanencia en el exilio en una encrucijada favorable.

La percepción que el exilio tuvo de sí mismo cambió también, como cambió la sociedad franquista, cambió la sociedad europea y cambió la vida en vilo (o el sentimiento de vida en vilo) del exilio. La autopercepción exclusivamente negativa de su destierro fue cada vez menos la única percepción posible, y varió también la noción general sobre la devastación irreversible de la guerra en la medida en que reconocen nuevos espacios de acción útil, reconstructiva, de cara a un futuro sin Franco. La fatalidad inicial de una vida rota se convirtió en muchos casos, a menudo incluso sin querer o sin proponérselo, en una nueva vida que había vencido a la derrota originaria, a veces permaneciendo en el exilio y a veces incluso regresando a España. La información sobre la miseria de la posguerra acentuó todavía más la sensación de que no habían salido mal parados en el reparto de suertes y destinos de la derrota al decidirse por el exilio. Diez o veinte años más tarde, en torno a 1960, el exilio es en la mayoría de los casos una elección de vida. La expectativa del regreso es más desesperanzadora que la vida del exiliado: el regreso llega a imaginarse ya, sobre todo, como una nueva ruptura o una nueva forma de desarraigo que no recompensa la vuelta a la patria. Ha cambiado el punto de vista sobre el futuro: se permanece en el exilio porque desde dentro la contribución a preparar el tiempo después de Franco sería más débil, menos eficaz y decidida. El compromiso de no regresar (el que suscribió el violonchelista Pau Casals o el que mantuvo Juan Ramón Jiménez) deja paso a otras razones distintas, menos vinculadas a la razón política. Los criterios naturales y pragmáticos de inmediatez biográfica enseñan que carece de sentido perder una vida de veras en el exilio para agazaparse en una vida en España todavía muy envilecida. Ese bucle es, en realidad, una victoria del exiliado sobre el mal del origen expulso y protege el deseo de no volver a perder

pie después de haberlo recuperado tan dificultosamente. Se trata ya de preservar la cuota de victoria que ha podido arrancar al desastre, y no perderla por una voluntad o una ilusión de regreso al desamparo.

Pero existe otro dato fundamental para fragmentar más todavía la descripción monolítica del exilio, y es la percepción de las mutaciones en España y la identificación difusa pero patente de una resistencia que necesita del exilio y lo reclama como testigo de la razón vencida. También hubo un movimiento de atracción del exilio hacia dentro de España, con el fin de contribuir o participar en la erosión o el combate contra el reaccionarismo intelectual y cultural franquista. Pero el cauce central del que se sienten miembros no es España, o no es la España de la posguerra, sino la cultura española, porque reconocen la inviabilidad de la escisión perpetua entre dentro y fuera, y los indicios que asoman en el interior invitan a revisar esa frontera, algunos más pronto y otros más tarde. La mejor herencia de la Edad de Plata estaba donde estuviesen ellos, y sólo de forma residual y maniatada permaneció algo de ella en la península. La razón sentimental del exilio (o el exilio como morfología moral) había pivotado casi exclusivamente sobre un patriotismo que pudo llegar a ser contraproducente. Al principio el mejor castigo era dejar a España sin ese patrimonio cultural, hasta que descubrieron la esterilidad de ese planteamiento y adquirieron la conciencia resignada de la duración del franquismo. Pero con ella también vino la lucidez sobre los cauces de un regreso que ya no iba a ser nunca real, pero sí podía contribuir y reactivar la resistencia bajo el franquismo. Y la lenta evidencia de esos progresos favoreció también una vivencia íntima de la expatriación menos traumática. La atadura sentimental y política al país perdido en 1939 fue así el importante obstáculo que en conciencia hallaron los propios exiliados, hasta que la misma transformación lenta de España facilitó la disolución del bloqueo originario a favor de una expectativa baja, resignada, incluso consentidora, pero más fértil porque contaba con jóvenes, contaba con nuevos equipos, contaba con cómplices imprevistos dentro de España. En el fondo, el desvalimiento fue mitigándose con la respuesta positiva desde España, no desde el régimen español ni desde la cultura oficial, sino desde la red de vínculos y enlaces que creció en el interior e hizo imaginable lo que había sido inimaginable: ya no el final de Franco,

pero sí la rehabilitación de una cultura abolida de cuajo en 1939. La vida rota en el exilio significaba la vida rota del impulso nacionalista de la cultura de la Edad de Plata. Pero el sentimiento de esterilidad sobre la vida propia se vio recompensado tibia y si se quiere residualmente con la percepción de una reanudación cultural, a pesar de que Franco siguiese en el poder. Había que vivir de veras, pero en esas condiciones.

Si lo de España no se arregla, ¿qué hay que hacer?, se pregunta Luis Buñuel en 1947.[46] Lo que él descarta sin duda es el regreso a España precisamente porque no se arregla, porque el arreglo es mejor fuera en casi cualquier condición imaginable. Si Franco sigue mandando, el exilio es la mejor opción vital y profesional, y lo irá siendo cada vez más en la medida en que el arraigo en nuevas tierras lo será también: es un arraigo resignado sin duda, pero es cada vez más sentido y escogido a medida que la España de Franco sigue sin fecha de caducidad. Los informes que recibe de España, y lo que sabe de ella por vía familiar, invita más bien a seguir fuera: a veces llegan españoles de viaje a América o a Estados Unidos, a veces los contactos son más neutros, filtrados o sólo literarios. Cuando Francisco Ayala recibe en Buenos Aires una novela que ha tenido un gran éxito como Nada, de Carmen Laforet, se siente profundamente abatido. La sociedad que retrata esa muchacha de veintidós años coincide sin querer, de manera muy espontánea y casi visceral, instintiva, con lo que escritores tan sofisticados como Jean-Paul Sartre empiezan a pensar sobre la Europa contemporánea. A Ayala no debió de ocurrírsele que la interlocutora imaginaria de aquella joven muchacha dispuesta a escribir su novela era Elena Fortún, la responsable del célebre personaje infantil de Celia, y por entonces exiliada como el mismo Ayala. Lee la novela como un testimonio de una fidelidad inverosímil porque transmite la «autenticidad vital» de alguien que escapa a tesis o dogmas de todo tipo y vierte «una mirada limpia, fresca y denodada» sobre «un medio turbio, febril, quebrado, viscoso». Paradójicamente, la percepción de esa muchacha sobre la realidad humana de la posguerra parece asimilable a los poemas de un autor maduro, Dámaso Alonso, en Hijos de la ira, al que Ayala y otros exiliados como Rafael Alberti oirán de viva voz en 1948, cuando el escritor y profesor los visite en Buenos Aires. Para Ayala los españoles retratados en ese libro «son gentes desquiciadas,

desvencijadas, rotas, caídas al borde de la demencia; son gentes cuyo vivir carece de rumbo y de sentido (... [son]) muertos que se sobreviven».[47]

Otro exiliado de neta estirpe liberal, el arquitecto Josep Lluís Sert, ha conseguido volver a Barcelona para asistir a los últimos días de su madre en 1946, regularizar su situación administrativa y gestionar la expedición de su diploma de licenciado (había sido depurado en 1942 con la «suspensión total en el ejercicio público y privado de la profesión», pero Franco firmaría su diploma un año después, el 5 de agosto de 1947), y aun aprovechó Sert para patearse Barcelona casi como un turista más. Necesitaba refrescar las imágenes y la memoria de la obra de Gaudí porque había proyectado ya redactar una monografía profesional sobre el arquitecto. De ese viaje arrancan los primeros apuntes de una monografía que termina en 1949 pero no se publica en Nueva York hasta 1960, con portada de Joan Miró y fotografías de Joan Prats y Joaquín Gomis. Pero para Sert ese trabajo tenía un significado particular y relevante. En sus cartas a Joaquín Gomis, explica que será su método para mantener su identidad de catalán y mediterráneo mezclándola con la experiencia nueva del exilio: la dialéctica entre la propia cultura y la realidad norteamericana.[48]

Sert había sido responsable con Luis Lacasa del pabellón español en la Exposición Universal de París en 1937, para el que Picasso ideó el Guernica o Alberto y Julio González sus esculturas, Joan Miró su mural o Calder la fuente de mercurio. Siguió después en París y en contacto con el exilio político, cuando menos para conseguir hacerse con la remuneración por el trabajo realizado y mientras trabaja en el despacho de Le Corbusier. En febrero de 1939 entiende que no existe otra salida que seguir en el exilio, y la ayuda de Walter Gropius es decisiva para entrar en contacto con Siegfried Giedion. Será su apoyo básico en Estados Unidos, adonde llega en septiembre de 1939 y donde empieza a fraguar por escrito el breve y capital libro sobre la arquitectura moderna y la ciudad funcional que publicará la Universidad de Harvard en 1942, Can Ours Cities Survive? El éxito del ensayo será parte de su importante dedicación profesional en América Latina, con ayuda y contactos de Juan Larrea, Pablo Neruda o el también arquitecto Germán Rodríguez Arias, en Chile, con quien no perdería nunca la amistad (y que

llegaría a ser el firmante de la casa que Sert se construiría en Ibiza hacia 1960, cuando Rodríguez Arias estaba ya en la isla balear, después de haber trabajado en varias ocasiones como arquitecto para Pablo Neruda, y cuando Rafael Bergamín ha vuelto también a España en 1958).

Sert logra proteger su vuelta a Barcelona en 1946 a través de gestiones diplomáticas, con varios visados, una docena de cartas, cables diplomáticos y prevenciones procedentes de Estados Unidos, el consulado y Naciones Unidas, a pesar de lo cual le fue retirado el pasaporte tres días después de llegar a Barcelona. Pero aquí su estancia es también concluyente sobre lo que ve y sobre lo que oye. Ya a salvo, en Nueva York, escribe el 5 de abril de 1947, a su viejo amigo Domingo Escorsa, exiliado en Béziers, amigo de Pau Casals y como él mismo colaborador años atrás de Le Corbusier en París, para narrarle sus impresiones sobre España y sobre la Barcelona del verano de 1946 en particular: «La situació és encara pitjor de lo que tots sabem. La misèria és espantosa i solsament els molt rics i els molt lladres poden viure-hi (...) Pots suposar com ens repugnava la idea de tornar a Espanya.» Gracias a haber tomado aquellas precauciones pudieron regresar a Estados Unidos «sense recórrer a tenir d'atravesar la frontera a peu...». Pero todo ello no induce en su ánimo sólo desolación, porque ése es el país real ahora, pero también es real que «la gent, els bons, continuen admirables. S'alegren molt de veure gent que porti noves del món exterior. Tenen gran fe en el canvi, però l'espera es fa molt llarga».[49]

A la sensibilidad de este fundador del Movimiento Moderno en la arquitectura española y europea le abochorna el estilo de El Escorial como plantilla imperial para la construcción del Ministerio del Aire: «vingan Ministeris i Locals per a la Falange», mientras los pobres y las gentes medias no tienen pisos. Es la ley habitual, y el desdén que expresa fue compartido incluso por arquitectos y catedráticos en activo durante la posguerra dentro de España. Cuando se sienten con valor para hacer balance no desmienten ese diagnóstico, como le sucede a otro arquitecto del interior ya al final de su carrera. En septiembre de 1955 Torres Balbás, a punto de jubilarse, escribe a su viejísimo amigo exiliado y arquitecto de gran prestigio en México, Félix Candela, para contarle que no conseguirá su objetivo ideal pero sí algún remedo posible. La vacante por la jubilación de

Modesto López Otero debería ser ocupada en justicia por Félix Candela, pero como eso no podrá ser, se conforma con que, «después de bastantes años, disgustos y luchas, conseguí que nombraran a Fernando Chueca [Goitia] auxiliar de mi clase, y tengo la esperanza de que me suceda en la cátedra, pero me temo que el día de mañana se encontrará muy aislado». La orden de julio de 1942 que depuraba a los arquitectos había inhabilitado a Chueca Goitia temporalmente para empleos públicos (y es desde los años cincuenta uno de los liberales discretamente activos en el entorno de Ridruejo y tío del escritor Juan Benet). Su caso sirve para explicar al prestigioso exiliado que «afortunadamente pasó aquí la moda de ciertos estilos históricos que se impuso al terminar la guerra civil y hoy los jóvenes se dedican a beber ávidamente lo más avanzado y revolucionario que ven en revistas y libros extranjeros», pero «carecen de estímulo, porque no triunfan los mejores». Se despide felicitándole y «lamentando no tenerlo como compañero en la Escuela de Madrid en donde tanta falta hace».[50] Félix Candela había sido uno de los viajeros embarcados en el Sinaia en 1939 hacia México, tras salir del campo de Saint-Cyprien. En 1936 había renunciado a la beca que le concedió la Academia de San Fernando para estudiar en Alemania, y quizá por ello no aparecerá en la orden con las inhabilitaciones de 1942. A cambio, se quedó como capitán de obras y fortificaciones en la batalla del Ebro y, ya instalado en México, pudo financiar el viaje desde Madrid de su madre y sus hermanos. Poco después, hacia principios de los años cincuenta, labra su celebridad en México con sus llamados cascarones, o paraboloides hiperbólicos.

La desesperación a veces no lleva a la miopía, y en el caso de estos exiliados sin duda tampoco. Sert defiende que cualquier cosa que se haga para «acabar con ese estado de cosas es poco», pero sabe demasiado bien que la división del exilio es letal para ese fin, mientras que su percepción es que «afortunadament, l'esperit a dintre d'Espanya és molt millor, i més generós».[51] Lo ha visto de primera mano, en los tres meses de su visita a Barcelona, y es lo mismo que experimenta Carles Riba a su regreso en 1943 y en el fondo confluye en la actitud valiente que expondrá en forma pública el crucial artículo de Francisco Ayala «Para quién escribimos nosotros», redactado en 1948. Ése fue un cambio de actitud básico: la conciencia de una cooperación para un fin

invisible e improbable (aumentar el capital cultural para una democracia futura) para el que sin embargo había que trabajar como si fuera posible y asequible. Julio Caro Baroja pensó igual cuando desde España emprendió sus múltiples trabajos etnográficos y antropológicos sin apoyo ni resonancia ni influencia (pero hoy son matriciales), y desde fuera adoptaron una actitud semejante otros exiliados dispuestos a no perder ni el tiempo presente ni la posibilidad del futuro.

Es una consigna del exilio que ha ido quedando sepultada o ignorada hasta casi desvanecerse. Sin embargo fue primordial para garantizar sus actividades, su equilibrio personal y cultural y el sentido mismo de lo que eran sus vidas exiliadas. Cuando en México se reúnen una vez más algunos intelectuales españoles, lo hacen para ayudarse mutuamente pero también para algo más. Están pensando en ese futuro impredecible y deciden crear otra organización de exiliados que esta vez nace sobre bases ligeramente distintas, lúcidas y bien informadas, sobre lo que queda de la España liberal. El 21 de julio de 1947 se constituyen en Unión de Intelectuales Españoles un buen puñado de exiliados porque reconocen la presencia en España de una «resistencia interior al franquismo» y entienden que su deber es respaldarla desde su libertad de exiliados, desde su misma capacidad de darles voz y de difundir (para los vencidos aquí y allí) que no está todo perdido, aunque en los ratos de desánimo y en medio de este o de aquel desengaño lo pueda parecer. Desde el exilio y muy temprano ven mejor de lo que vemos hoy nosotros: el fin básico de esa Unión de Intelectuales es «la defensa de la cultura española» por todos los medios «y en estrecha relación con el movimiento intelectual de resistencia interior y con todos los auténticos representantes y servidores de ella». Lo cual da carta de naturaleza desde el exilio a una resistencia que es interior y también muy vulnerable, y porque lo es sólo puede actuar de forma disimulada, silenciosa, asustada.

De la dialéctica entre exilio y resistencia van a depender muchas cosas del futuro en términos humanos y en términos de historia intelectual. En el acto fundacional de ese grupo se denuncia el envilecimiento de la cultura con y desde el franquismo, y la sañuda persecución que padecen «los hombres de la intelectualidad y de la libertad de ideas».[52] Por eso los 200 socios que se reunieron en el

Centro Republicano Español mandaron un mensaje «a los intelectuales antifranquistas de España»: no dudaban de que los hubiese, aunque no saliesen en los papeles, ni en las emisiones radiofónicas y aunque sólo asomasen como poetas o como articulistas o narradores en este o aquel rincón desprotegido. Un artículo, como siempre valiente, de Corpus Barga del año anterior, 1946, aparecido en Francia, había hablado sin tapujos sobre la necesidad de «superar la vergüenza fisiológica» que daba la lectura de la prensa española para ayudar a la resistencia de dentro, para protegerla como fuera del «terrorismo de Franco contra la inteligencia». Ésa era la única vía para empezar «desde ahora, la reconquista –para la civilización– de la inteligencia española».[53]

El interlocutor que escogen desde México es una fugaz y débil Unión de Intelectuales Libres, constituida en España, pero enseguida amplían el enfoque también «al valeroso movimiento intelectual de la resistencia interior contra el franquismo». Es un comunicado de solidaridad desde la conciencia de que los amordazados y maltratados, los acosados y envilecidos, son los españoles derrotados del interior. Y es emocionante la vibración con que definen lo que creen que queda en España: no renuncian a sentirse expulsados, por supuesto, pero también «hemos procurado en todo momento hacer honor» a la «sagrada causa de España, de su liberación y de su cultura». Para ello necesitan a los vencidos del interior, y por eso «jamás, ni individual ni colectivamente, nos ha abandonado durante estos años la idea de nuestra patria ni el pensamiento de sus leales hijos, los que dentro de ella sufren y luchan, el de todos en general y, en particular, el de nuestros hermanos de profesiones intelectuales». Se reúnen ese día de 1947 para fortalecer la resistencia, porque bien parece que el exilio entonces está realmente en vivir en España, y no libre de ella. Por eso se aplican al «mandato» de inyectar fe en «vuestra esforzada lucha y en la decisión de secundarla desde aquí, mientras aquí esté nuestro puesto, ayudando por todos los medios a una causa que es la de todos y la que tiene en vosotros, ahora, los más valerosos defensores».[54] Cuando a Pedro Salinas le pidieron ese mismo año un trabajo sobre Cervantes para conmemorar el cuarto centenario de su nacimiento en Las Españas, propuso una cosa mejor: la gran edición que fijase el texto del Quijote, con «una anotación abundante, clara y precisa», que sirviese para difundir el texto universalmente:

«Nuestro íntimo deseo –por lo menos el mío–», escribe en 1947, «es que, cuando volvamos a una España digna y libre, llevemos entre las manos ese Quijote, hecho aquí, en América, por hermanada colaboración de americanos y españoles, para ofrecérselo al pueblo español, de quien es, en sus raíces.»[55] La actitud de la revista Las Españas se hace incompatible con publicaciones del PCE como Nuestro Tiempo desde 1949, donde Manuel Aznar explica que «se contribuyó a intensificar esa estéril división entre los intelectuales republicanos exiliados».[56]

Y es que todavía el comunismo español no vive bajo la consigna de la reconciliación, ni Stalin se ha muerto por fin, ni Jorge Semprún ha dejado de escribir sus poemas políticos ni hay evolución alguna de carácter ideológico. Al contrario, el Partido Comunista trata de combatir con las armas contra Franco y vive en la euforia estalinista, como es natural, porque han ganado la Segunda Guerra Mundial y la guerra fría está alimentada por el éxito en la guerra europea de Estados Unidos y de la Unión Soviética. No parece que los puntos de vista de la Unión de exiliados coincidan con los del Partido Comunista, y además el organismo tiene entre sus vocales fundadores y miembros de honor a personajes que fueron casi todos miembros del Consejo de Hora de España: José Moreno Villa, Max Aub, Juan David García Bacca o Antonio M.ª Sbert, Adolfo Sánchez Vázquez, José Giral, Pere Bosch Gimpera o Alfonso Reyes, además de otros mexicanos más, y además de Wenceslao Roces y Juan Rejano, ambos efectivamente comunistas. Uno de los más jóvenes integrantes de aquella Unión de 1947, Federico Álvarez, ha contado lo que recuerda de aquel entonces. En su memoria está vívidamente grabada la complejidad de los pactos que necesitó esa Unión, que incluía comunistas, pero excluía a los socialistas de Indalecio Prieto y a los anarquistas de la CNT. La crudeza de la división política del exilio es lo que no se le quita de la cabeza hoy, y más allá de lo esperable. En una de las reuniones preparatorias «se puso de relieve, una vez más, de manera tempestuosa, la imposible convivencia en una sola organización de todas las fuerzas republicanas del exilio». Y es que ahora los impedimentos no eran sólo el enfrentamiento de los socialistas de Prieto con los comunistas, sino también con los socialistas de Negrín, «y la incompatibilidad no menos tensa de los afiliados de Izquierda Republicana con los prietistas».

Federico Álvarez remite a 1956 para identificar el segundo intento unificador de los distintos tonos políticos del exilio, esta vez con éxito, y bajo la presidencia aceptada por todos de León Felipe con un objetivo central, «establecer relaciones concretas con los intelectuales de España». Ese mismo había sido el propósito del mensaje fundacional de la primera Unión de julio de 1947, cuando las rivalidades del exilio desinflaron una ilusión que ahora retomaban con una viabilidad material y humana más evidente: la que transmitían los cambios de la sociedad española y algunos de sus intelectuales en España. Por eso el Boletín de Información que editaron entre 1956 y 1961 está literalmente infestado de información de España, sobre España y muy bien informado sobre lo mejor que da de sí la cultura española entonces, la cultura española que sienten y reconocen como propia. Y cuando Federico Álvarez recuerda aquellos años de alianzas con los antifranquistas del interior, medio sonríe y entre escéptico y sorprendido se da cuenta de que trata de encontrar en sus papeles de entonces «las condiciones de la ruptura cuando ya estaba cocinándose la transición».[57] Pero es que en el mismo año de 1958 el propio presidente de la Unión, León Felipe, expresaba en otro saludo a los intelectuales de España la conciencia de que «vosotros habéis contribuido a propiciar» la nueva etapa que se abre en estos años: «es la libertad de acción y creación lo que está ante nosotros, como ante los españoles todos se encuentra la posibilidad de una orientación política y social de signo democrático. Es el desarrollo lógico y libre de la cultura y de la ciencia lo que nos pide entendimiento y auxilio en esta hora abierta a muchos rumbos, pero todos ellos llenos de luz».[58]

La tentación de adelantar la transición a esas fechas la hemos tenido muchos, y hasta algunos la retrotraen hasta el mismísimo 1939, como si la resistencia equivaliese a iniciar la transición. Entre los más lúcidos y fríos, como Elías Díaz o Manuel Vázquez Montalbán, también ha prosperado una idea semejante, pero con mejor sentido limitan su arranque a finales de los años cincuenta. Ahí confluyen demasiados factores como para no advertir la germinación de una conciencia de futuro que llegará tarde y casi póstuma, pero que arranca en esos años en términos ideológicos y en términos intelectuales. La cocina intelectual de la transición política fue el desarrollo y multiplicación de una resistencia cada vez mejor

nutrida, y es difícil desechar los numerosísimos datos literarios, culturales y finalmente ideológicos que ponen las bases para que el cambio político sea alguna vez posible, y no simplemente quimérico, como lo fue durante tantísimos años de posguerra. El exilio desempeñó ahí, y hasta mediados de los años sesenta, un papel seguramente más trascendental que después, cuando la propia sociedad española identifica nuevos jóvenes en la resistencia antifranquista, se suman algunos de los pocos vencedores arrepentidos, y están los vencidos clásicos. Todos empiezan a asumir la conciencia de una fase distinta ante la expectativa de cambio, la agitación universitaria, la movilización política y sindical, y los grupúsculos atomizados que transmiten la sensación de estar creando un segmento social y político sin expresión oficial pero creciente, y crecientemente convencido de la necesidad de empujar ese cambio.

Sin embargo, hasta llegar ahí, el mejor respaldo simbólico y moral de la resistencia sólo puede proceder del exilio, de la memoria del exilio, y no de las propias fuerzas del interior, que son exiguas y muy frágiles. Sin la resistencia del interior, sin embargo, la actividad testimonial del exilio sería a su vez una hélice que giraría en el vacío. En cambio los exiliados descubren y reconocen que no es así, que empiezan a sumergir desde los años cuarenta la hélice en el agua, y gira, y aunque gire con lentitud exasperante, se mueve, y se mueve de manera más gratificante que cuando no se movía nada. A lo largo de los años cincuenta empieza a desvanecerse el sentimiento de culpa por colaborar con los vencidos del interior, e irá dejando de ser operativa la traición como respuesta en la inmensa mayoría de los exiliados. Colaborar con los españoles que resisten dentro no es ya colaborar con el franquismo, o ha dejado de ser eso para convertirse en un instrumento insustituible, primordial, de construcción ética e intelectual del futuro. Ambos sectores, en el destierro o el in-tierro, que diría Salinas, saben que cuentan entre sí y cuentan para lo mismo, cuando llegue a suceder. Como dice León Felipe en el saludo a los escritores de España de 1958, después «de la mucha y buena obra que habéis realizado contra todos los vientos, salvando escollos, abriendo resquicios en los muros», ha llegado el momento de poner «en vosotros nuestra esperanza. Y nuestro esfuerzo».

Lo decisivo no será desde ahora volver o no volver, colaborar o no colaborar, porque los reproches que escucharon quienes colaboraban o el sentimiento de traición y culpa que padecieron quienes regresaron, cede paso a la necesidad de proteger el futuro democrático desde dentro y con los de dentro. Ya serán reparos asumibles, o trivializados por los resultados materiales de quienes cooperan y enlazan, urden y actúan, buscan y aceleran los contactos, reediciones, reimpresiones, actividades o proyectos. La culminación simbólica y la sensación de tener a mano algo nuevo no se encarna políticamente en ningún sitio mejor y más resonante, en plena dictadura franquista, que el Congreso del Movimiento Europeo en Múnich, en 1962. Allí había vencidos clásicos del exilio, nuevos vencidos que fueron vencedores, y la complicidad de quienes en el interior se han ido sintiendo saturados de inmovilismo histórico, extravagancia política y sordidez intelectual.

LOS REGRESOS INCIERTOS

Todavía lejos de esa cocina y de ese matizado optimismo, pero quizá más cerca de lo que entonces pareció, algunos decidieron volver sin esperanza ni expectativas, es decir, al margen de la eficacia mayor o menor de una resistencia antifranquista en España y a salvo también de la menor sospecha de entreguismo claudicante al poder franquista. Regresó muy temprano Carles Riba y lo hizo más tarde, en 1948, el poeta y editor Joan Oliver, Pere Quart. Hasta convertirse en icono gráfico del encierro en los Capuchinos de Sarrià de 1966, junto con Gabriel Ferrater o Josep Maria Castellet, Joan Oliver había de padecer los avatares de una reintegración dolorosa y muy incierta. Tras dos o tres visitas policiales a su domicilio, ha de ingresar detenido en la cárcel Modelo durante un par de meses largos, sin juicio alguno, y apenas sale de la cárcel fallece su mujer. Escribe poemas angustiados y hermosos, traduce a Molière y a Chéjov, prepara y se edita él mismo sus poemas en la editorial Aymá y también escribe en la revista clandestina (pero tolerada) Ariel; estrena en el Teatro Romea su versión del Misantrop en 1950 y asiste a las lecturas clandestinas de textos de otros, como las traducciones de clásicos de Carles Riba o de Josep Maria de

Sagarra, redacta algunos artículos para el semanario Destino (ahí hablará de Ferrater Mora en 1952) firmados con seudónimo. Gana también un par de premios literarios en catalán que le permiten estirar la escasez del sueldo de asesor, traductor o corrector editorial para Juventud (donde está Marià Manent), la editorial Selecta (donde está Cruzet) y lo intenta también en Ariel, con Alexandre Argullós al frente.

No es mucho, desde luego, pero ha vuelto a casarse y las apreturas económicas no impiden mantener contacto con los amigos que siguen fuera, aunque a veces reaparezcan por una temporada desde el exilio, como Ferrater Mora, o para quedarse, como el escritor Xavier Benguerel: ha tenido un notable éxito con su novela de 1953 La familia Rouquier –ha vendido en Sant Jordi los seiscientos ejemplares distribuidos, y es un autor que lleva trece años en el exilio– y decidirá regresar a España con los beneficios de su próspera empresa farmacéutica montada en Chile. En Estados Unidos, en Bryn Mawr, seguirá por voluntad propia un optimista tan sensato como Ferrater Mora, que sigue de cerca la pista vital de su amigo poeta, Pere Quart, y del hombre que oculta ese seudónimo, Joan Oliver. Son muchos los catalanes que siguen también la pista del propio Ferrater Mora, como Carles Riba o Marià Manent, pero también un joven crítico, Joan Triadú, o un activista vocacional como Albert Manent.

La reacción inmediata de los amigos de Joan Oliver a principios de 1948, cuando se embarca hacia Barcelona, fue en casi todos la misma. Sintieron que el cofundador de la editorial del exilio El Pi de les Tres Branques, y el colaborador de la revista Germanor, y el poeta de Les decapitacions, desertaba. No hallaron razón suficiente para justificarlo, o no era justo ese abandono, o era desleal con ellos y con los demás exiliados, o era una claudicación indigna ese regreso. Cuando hoy se le pregunta a la sobrina de Francesc Trabal, gran amigo de Oliver en la etapa de Chile, por la impresión que causó el regreso del poeta, la frase no puede ser más expresiva y rotunda: «pésima, pésima, pésima». Y se retrotrae a entonces, cuando «havien jurat no tornar fins que no hi hagués Franco, i trobava que era una traïció». Pero la conciencia regresa al presente enseguida y ella misma matiza: «Però almenys l'Oliver va poder fer alguna cosa des de dintre, mentre que l'altre, pobre [se refiere a su

tío, Francesc Trabal], des d'aquí, per molt que fes tot el que pogués, no tenia cap sentit.» Y hoy sabe, porque prefiere no ocultárselo, que al principio el regreso habría sido muy duro, «però haurien pogut fer coses».[59]

Fue duro durante años. En 1955, Joan Oliver y Joan Sales están a punto de poner en marcha una espléndida colección de narrativa en catalán, El Club dels Novel·listes. Pere Quart está terminando uno de sus mejores poemarios, Vacances pagades, y Sales una de las grandes novelas españolas sobre la guerra civil, Incerta glòria, pero la situación económica es angustiosa. Joan Oliver vuelve a padecer otra crisis de depresión y de desánimo, y el apoyo afectivo lo encontrará, paradójicamente, no en otros regresados del exilio o en los de casa, sino en Ferrater Mora, que es alguien que permanece en el exilio muy consciente de lo que es la España actual, mantiene colaboración habitual con el exilio, es corresponsal de Aranguren, Julián Marías o Laín Entralgo (y por supuesto de muchos exiliados, desde Ayala a Gaos o María Zambrano), además de mantener una fortaleza ética y emocional que Pere Quart agradece estremecidamente por carta: «Tu te n'anaves lluny i per molt de temps i em deixaves com a indefens i en perill i, si bé es mirava, sol. Crec que volies assegurar-te que prendria aquelles decisions, comunicar-me la lucidesa amb què veies el meu cas. I en aquells moments ho vas aconseguir.»[60]

¿No le pesó nunca el exilio a Ferrater Mora? Quizá nada le pesó depresivamente en su vida, ni siquiera los dolorosísimos ataques intestinales que padeció en Chile, antes de pasar por Princeton en 1948 (y residir en la casa que le prestó entonces Américo Castro) para acabar recalando en Bryan Mawr al año siguiente. Afrontó desde el primer momento el exilio como el origen de un crecimiento en hondura y en extensión que otra circunstancia vital hubiese deparado sólo de manera muy exigua, y mientras hacía eso estaba pensando en otras cosas, como la redacción del Diccionario de Filosofía (1941) y sus sucesivas ampliaciones integrales, o los ensayos tentativos que reunirá en Las formas de la vida catalana (1944) o los rudimentos de lo que será Cuestiones disputadas (publicado ya en Madrid, Revista de Occidente, en 1955).

Esas sensaciones de actividad y crecimiento las puso por escrito,

con mucha cautela, en lugares discretos o tardíos. Uno de ellos fue el prologuillo a un libro sin difusión, con trabajos aparecidos en revistas catalanas del exilio y con algunas páginas inéditas, titulado Una mica de tot, y publicado en Palma de Mallorca en 1960. Allí ni reniega del catalán ni lame tampoco ninguna herida como desterrado: el patrón exiliado que encarna Ferrater Mora se calienta por su cuenta y de otro modo, con el sol de los desterrados, en expresión de Plutarco retomada por Claudio Guillén. Apenas se sintió atacado por la elegía o la nostalgia en la tradición de Ovidio, aunque la tuvo muy cerca, en forma de dos amigos como Joan Oliver y Xavier Benguerel, más propensos a ella. Muy explicablemente, y en coherencia con esa actitud, también sus reflexiones sobre la cultura catalana asumieron el propósito de animarla a crecer hacia una vocación universal y permeable, abierta y franca, pero ni impersonal ni burocrática. La intensificación de los sentimientos nacionales exaspera la experiencia misma del exilio, y prefería también las palabras transtierro o destierro. Cuando Claudio Guillén explica el modo de tratar el exilio en la tradición de Plutarco, está perfilando el modo mismo con el que Ferrater Mora quiso descubrir «en las premisas rutinarias y no vistas de los demás, en los cimientos más simples de una comunidad extraña, un mundo nuevo, sorprendente y quizás estimulante, en su contextura detallada o como conjunto global».[61] Y por eso Ferrater Mora pudo definirse hacia 1960, en ese librito escrito en catalán, «com un dels "casos", ja no massa excepcionals a la nostra època, d'autors que han passat –que han hagut de passar– per diversos avatars lingüístics. Hi ha avui una certa mena d'escriptors i de pensadors que poden ser qualificats d'essencialment "desterrats"; jo en sóc un exemple. He d'afegir que no ho deploro. No tenir ja una llengua "pròpia" no vol dir necessàriament no tenir cap llengua; pot voler dir tenir-ne vàries. En un món cada dia més universal com el nostre no és pas mala solució».[62]

Y es que la desactivación de la emoción patriótica desempeñó un papel decisivo en la capacidad de adaptación a la nueva vida forzosa del exiliado para convertirla en vida de veras. El sentimiento nacional actuó demasiadas veces como lente que desenfocó la previsión del futuro, o lo enfocó más con el deseo y la emoción que con el análisis desapasionado. Cuanta más fe ideológica o política y cuanto más sentimiento de patria o nación,

más catastrófica iba a ser la experiencia de la derrota (en el interior y en el exilio). Los mejor vacunados contra el mal pudieron ayudar a cambiar la perspectiva o a paliar al menos los efectos más dañinos de ese dolor. Muchos años después, en 1988, Ferrater Mora regresó al mismo argumento preguntándose por qué cuando iba y volvía de Europa a América, viaje que había hecho muchas veces, «en cap cas es desencadenava el famós "xoc cultural", ans al contrari, es produïa una adaptació, o readaptació, pràcticament instantània». Y sabiendo que pisaba terreno plagado de suspicacias nacionalistas, quiso interrogarse: «¿Serà això simplement una qüestió de tarannà [talante] –d'un tarannà al que li costa de trobar-se desarrelat, a qui li plau de veure sempre coses noves que, en lloc de suscitar el desassossec o de despertar la nostàlgia, desvetllen la curiositat i l'afany d'aprendre?»[63]

La razón de fondo para este talante abierto, inteligente casi en sentido biozoológico, está mucho más cerca del patrón expansivo y fecundo del exilio que del modelo ensimismado, herido por la nostalgia o el desgarro. Ferrater Mora escogió desculpabilizadamente la primera manera, y la amargura del destierro no le impidió reconvertir esa desgracia biográfica en un avatar compensador. Aceptó la consolación que encarna Plutarco, según Guillén: un «proceso de universalización» personal e intelectual que puede ser «consecuencia virtual del exilio». El mismo Claudio Guillén explica esa forma del exilio como la conciencia de estar «en condiciones de descubrir o de comprender más profundamente todo cuanto [el exiliado] tiene en común con los demás hombres, uniéndose a ellos más allá de las fronteras de lo local y de lo particular».[64] La pérdida, como en todo avatar vivo, se compensa con un beneficio inestable e imprevisible. Ferrater lo explicó en el mismo lugar remontándose a un ideal filosófico amparado nada menos que por Marco Aurelio y Séneca. Lo define como «unidad y pluralidad» porque no comparten ninguno de los dos clásicos, ni él tampoco, «ni la universalidad abstracta ni el tribalismo enfermizo». Ése es además el que Ferrater Mora entiende como ideal «verdaderamente filosófico», propio hasta hace poco sólo de una exigua minoría, «los escogidos, si se me permite una frase grandilocuente, por la gracia de la razón». Y este comportamiento intelectual ha de ayudar a comprender «que sea posible ocasionalmente pasar, sin grandes trastornos, de una cultura

a otra y que se sienta curiosidad tanto por culturas ajenas, presentes o pasadas, como por algunos rasgos que todas las culturas tienen en común». Y todavía aspira a ratificar su posición e implícitamente a rectificar tendencias sectaristas de la Cataluña (y la España) contemporánea. Quizá por eso cedió a un registro inusual en él, vagamente aforístico, y que puede servir de excelente síntesis de una doctrina ética, que fue intelectual y derivó en filosófica: «Sólo la gente culturalmente débil, o insegura, será radicalmente incapaz de adaptarse, o al menos de abrirse, a otras culturas. Sólo la gente culturalmente insegura, o débil, olvidará su cultura propia.»[65]

La escasez de toxinas nacionalistas o patrióticas no ha sido frecuente, es verdad, y quizá es parte de la razón por la que el federalismo en España ha vivido largamente demonizado como puro desvarío. Sin embargo, y al menos desde los mismos años cuarenta, ésa fue la posición de Ferrater Mora invitado a escribir sobre el futuro democrático todavía en 1965, cuando al mismo tiempo y desde la Cataluña del interior se sostenían posiciones semejantes, o lo hacían incluso castellanos tan castellanos como Dionisio Ridruejo, que defendió la fórmula en Escrito en España, publicado en 1962. Ferrater Mora propugnó en un libro colectivo editado en el exilio, Esa gente de España, una fórmula que no desmienta la construcción de un país, España, ni desmienta tampoco la entidad autosuficiente de las diferentes partes que lo han constituido históricamente. La estructura federal es capaz de ordenar un «pluralismo razonable» y al mismo tiempo excluye soluciones unitaristas tanto como secesionistas. Las dos salidas son o bien los estatutos de autonomía (nuestro Estado autonómico actual) o bien la solución federal. La primera es un nido de problemas porque deja las cosas en un tapete de inestabilidad permanente «al no poder determinar con precisión razonable, en ningún momento, el "grado de autonomía" que correspondería a cada grupo nacional». Lo cual además habría de propiciar continuas reclamaciones y movimientos que no serían precisamente «lo más a propósito para calmar los nervios de los personajes del drama». La otra solución tiene muchas más ventajas que desventajas y cumple con el ideal de rebajar las exigencias emocionales y averiguar el «modo como las diversas naciones en España se integren entre sí con vistas a su integración con Europa». Una vez vencida esa resistencia primaria, ha de ser comprensible que «la federación de

naciones en un país (que por lo demás sería él mismo potencialmente “federable”) es simplemente un modo de acabar con lo que podría llamarse “las obsesiones inútiles”. Pues es realmente baldío vivir obseso por la posibilidad» de que las naciones minoritarias del país tengan parlamentos, sistemas tributarios, policías, diarios, escuelas... [66]

Regresar a 1947 de golpe no equivale a un salto mortal ni a una cabriola que rompa la linealidad cronológica. Es reconstruir el entorno intelectual y ético en que semejantes actitudes empezaron a cuajar y a crecer, cuando la vida del exiliado es más encrucijada que nunca porque debe decidir si seguir fuera ya, sin más, o regresar, y no decidirse del todo por lo uno o lo otro porque la realidad es dinámica, y analizar la propia existencia de acuerdo con las posibilidades reales y no en el ancho campo de las utopías o las moradas del deseo o la fantasía. La fundación de una revista tan valiosa como Realidad en 1947 y en Buenos Aires se explica, como ha contado Luis García Montero, por la munificencia interesada de una escritora con dinero, pero sobre todo por la voluntad de romper la esclavitud patriótica de un puñado de escritores que saben que su destino será América, hispana o anglosajona, durante muchos años y no renuncian a pensar como hubiesen pensado dentro de España si Franco estuviese fuera de ella. La página prologal se debe a Francisco Ayala y a Francisco Romero (español criado desde muy pequeño en Argentina), y es un proyectil dirigido contra los instintos patrióticos y también una cuña valiente de intervención del pensamiento en español en el mundo. Por eso sus colaboradores tienen el perfil de ensayistas y filósofos como José Gaos o Ferrater Mora, y por eso la revista rehúsa para sí misma el perfil de una plataforma de refugiados. Tiene poco que ver con la España Peregrina de Bergamín, que terminó en 1941, y poco que ver con Las Españas de Manuel Andújar o José Ramón Arana, que existe desde 1946, porque está abierta fundamentalmente a otras culturas y lenguajes reflexivos. Dialoga con el pensamiento internacional y la interpretación contemporánea del mundo porque escapa así al anclaje patriótico y las neurosis circulares.

Los dos años de la revista Realidad son una suerte de respaldo a la actitud valiente y desafiante con los moldes más aprensivos del exilio. Frente a las amenazas del mundo contemporáneo, la revista

promueve «elevar la voz de la razón» a favor de las posibilidades creativas del hombre y en torno a la realidad en «la que deseamos insertar cada vez más nuestra presencia patente y operante». Se escribe desde Buenos Aires, pero sus destinatarios son los lectores de habla hispana, incluida desde luego España, que no tiene la presencia intensa habitual en otras revistas dirigidas u organizadas por españoles, pero está, y está muy significativamente en las notas de Guillermo de Torre, Ferrater Mora, José Gaos, Lorenzo Luzuriaga, Adolfo Salazar o del propio Ayala, que encuentra con gracejo y brío el modo de desechar puntos de vista demasiado dolientes. Claudio Sánchez-Albornoz ha regateado méritos en particular patrióticos a una de las obras mayores del temprano exilio, Razón del mundo, del propio Ayala. Ha sentido herido o dañado el sentimiento nacionalista, «y esa ideología configura y alimenta sus emociones patrióticas», escribe Ayala, hasta convertirlo en casi ejemplo de la «faramalla patriotera» que invalida el análisis de las cosas. Los científicos exiliados no actuaron de otra forma cuando fundaron su propia revista, Ciencia, dedicada a la investigación química y biológica, y programáticamente la abrieron a todos. Nace en 1940 bajo la dirección de Ignacio Bolívar primero y Francisco Giral enseguida, y sirve para restablecer los contactos tras la dispersión. Pero no tiene vocación de revista de exiliados o la tiene de la mejor manera posible, porque «su cosmopolitismo no fue una simple estrategia editorial, sino una marca del exilio, un componente esencial que le permitió trascender su condición de peregrina».[67]

A Ferrater Mora, e incluso al propio Ayala, les esperaron a la vuelta de la esquina reproches de insensibilidad patriótica. Pero el dolor del expatriado aliado al sentimiento de patria tiende a inventar traidores de lesa patria o egoístas sin sentido del origen, descastados, donde lo único que hay es seres menos atados a la emotividad de la lengua, el terruño o el pasado comunitario y asfixiante. Al poco tiempo de recibir Adolfo Salazar una nota de agradecimiento de Menéndez Pidal por el envío de uno de sus libros en 1949, Salazar se encuentra cerca de la frontera de España. Es su primer viaje a Europa tras la guerra, y ha ido hasta Hendaya, «a la vista de España –mi paisaje de niño–, que he vuelto a ver hoy con gusto pero sin emoción. Mis afectos, mi casa y mi país están lejos de aquí».[68] Y cuando el periodista Eugeni Xammar se enteró de la

flojera patriótica de Ferrater Mora, se enfureció de malos modos. Xammar es un nombre central del periodismo catalán del siglo XX, pero fue también incapaz de comprender a los demás sin la tiranía íntima de la tierra sentimental. Por eso en un momento de sus divertidas memorias se acuerda de «un cierto eminente filósofo clandestino catalán como el señor Ferrater Mora que, exiliado en los Estados Unidos, escucha L'emigrant, según confesión propia, como quien oye llover. Aprovecho la ocasión para felicitar al señor Ferrater Mora. Debe ser el único catalán que fuera de Cataluña no ha sentido nunca, al oír L'emigrant, la necesidad de frotarse los ojos. Una proeza digna de mención, pero no ciertamente de admiración».[69]

O el exiliado llevaba consigo el sufrimiento y el quebranto o no era exiliado: escapar a la identidad de víctima lo convertía en exiliado verdaderamente de segunda o de tercera. Lo más admirable del exabrupto es el menosprecio implícito del pensador, y no advierte Xammar que si ese pensador le resulta clandestino es precisamente porque vive en el exilio, porque sus obras se han reseñado sólo alguna vez en Ínsula y alguna vez en Destino antes de 1960 y porque sólo desde 1967 será disponible con normalidad en el mercado español su obra filosófica y ensayística (aunque publicada en una editorial como Revista de Occidente). No le basta que sea íntimo amigo de Joan Oliver o de Xavier Benguerel, ni que tanto Carles Riba, Jaume Vicens Vives o Joan Fuster lo aprecien sin remilgos, ni basta tampoco que haya seguido usando en el exilio su catalán materno. Josep Pla se dejó informar mejor y retrató a Ferrater Mora en los años sesenta como alguien que muestra «no solamente una considerable capacidad de trabajo, sino, y sobre todo, un carácter y una disposición y un brío [tremp] para la vida del exilio que sólo es posible encontrar excepcionalmente». Un poco más adelante, Pla transcribe una puntualización más delicada todavía, cuando Ferrater explica sin herir a otros exiliados más nostálgicos o sentimentales, que «el exilio, para muchísimas personas, es deprimente y estéril, como puede serlo no moverse de casa». Pero no es la única manera de vivir el exilio y desde luego no lo es para quienes se lo encontraron en sus biografías con veintipocos años y con casi todo por delante, como el Fontserè que huyó del campo de concentración para tomar París a pie y sin un duro: «Cuando se tiene algo que hacer», cuenta Ferrater Mora en el

Homenot que le dedicó Josep Pla, «cuando se está dominado por la ilusión de llegar a hacer algo concreto y determinado, el exilio en un medio favorable a esta realización no es desfavorable. En mi caso, por ejemplo, el desplazamiento y la estancia en este país han sido muy positivos.»[70]

Resuena invenciblemente en la memoria la precisión tanto de José Gaos como de Francisco Ayala cuando señalaron que se hubiesen sentido más exiliados en el Madrid de posguerra que en cualquier otro sitio, y desde luego para muchos no fue una manera de hablar ni una comparación exagerada. En esas fechas la invención de un futuro, entre jóvenes profesionales, pasaba a la fuerza por pensar si seguían en España en busca de una vida de veras, o lo intentaban, si les dejaban, hacerlo fuera. José Manuel Blecua era en la posguerra uno de los jóvenes filólogos más prometedores, no era aún el gran filólogo que sería, pero podía haber optado por serlo en el exilio. Viajó allá en 1951, muy poco antes de la muerte de Pedro Salinas y con tiempo para visitar a Juan Ramón Jiménez. Pero la tentación fabuladora sobre esa vida fuera venía de atrás, cuando en 1947 consultó con el novelista Ramón J. Sender la posibilidad de trasladarse a los Estados Unidos. Sender no vaciló en una respuesta franca y desalentadora: «¿Habla usted de venir? Sería muy bueno, para los españoles, pero de no verse obligado debe pensarlo despacio. Aquí se vive del recuerdo y de la esperanza (hemos perdido el presente) e incluso los que tienen mejores puestos académicos y llevan muchos años en América dan, por ese motivo, una impresión fantasmal y errátil. No faltan los que a pesar de vivir muy bien tienen los nervios deshechos (...) Yo no he tenido nunca tanto bienestar material como el que tengo aquí, pero es triste llegar a convencerse de que se puede poseer el mundo entero sin lograr el menor reposo interior ni la gozosa sensación de estar firmemente en el centro de su destino. Piénselo antes. Sería excelente que viniera a hacer una exploración durante las vacaciones de un verano. Vería las cosas como son.»[71] Es verdad que pocos meses después, el mismo Sender opina que otro exiliado, Américo Castro, «es el único caso entre la gente española de por acá que uno ve con tristeza y pena. Es un hombre resentido y torvo» que a Sender cuando menos se le atravesó sin contemplaciones.

Pero todo puede suceder al revés. Cuando Joan Oliver lleva ya dos

años en España, en 1950, aconseja a Ferrater Mora que regrese porque no hay grave riesgo, pero debe amarrar bien la salida, que es mucho más difícil que la entrada en España. Le garantiza una acogida cálida y hasta ansiosa, y cree que le conviene ese regreso: «entenguem-nos, et convé sempre que segueixis gravitant vers aquest centre, i en vistes a demà. Instal·lar-t'hi ara, no t'ho recomanaria. Però venir-hi a plantar un senyal, sí», que es lo mismo que prudentemente venía a sugerir Sender a Blecua, pero al revés.[72] Es más explicable así todavía que Ferrater Mora leyese con particular atención el artículo de José Luis Aranguren en 1953 dedicado a la obra de los exiliados en Cuadernos Hispanoamericanos. El ensayista catalán había ya leído el libro de Aranguren sobre D'Ors de 1945 y también su obra de 1953 Catolicismo y protestantismo como formas de existencia, quizá porque había pasado el verano de 1952 en Barcelona, y quizá también porque uno de los jóvenes católicos y falangistas activos entonces, Antonio Lago Carballo, le había confirmado por carta y sin dudas su opinión favorable en torno a la obra del exilio. En enero de 1948 Lago Carballo había redactado un informe para los lectores de la revista Alférez, portavoz intelectual de la Hispanidad, sobre lo que había visto en varios meses de excursión por México. La candidez deslumbrada de su crónica vale por toda una definición sobre el valor de «aquellos cientos de refugiados [que] han realizado un esfuerzo colectivo que no se puede despreciar porque significa uno de los hechos de mayor trascendencia en los últimos años americanos. Llevaron consigo, indudablemente, cierto rigor y los mejores un buen amor a la cultura. (...) Con todo esto se ha producido de pronto, un de pronto que puede abarcar los años que llevan allí y los inmediatamente venideros, un salto grande en el orden cultural». Y empieza después un inventario de empresas e instituciones que detrás llevan los nombres, que él no menciona en su artículo, de José Gaos, Manuel Andújar, José Bergamín, Juan David García Bacca, Eugenio Ímaz, Wenceslao Roces y la lógica flagrante de que frente a la época de La España Moderna y de la Revista de Occidente, «ahora el centro de traducciones se ha desplazado de España a Méjico y a la Argentina». Por tanto, cabe aceptar que no fabulaba nada Ferrater Mora cuando escribía a Aranguren el 16 de junio de 1953 que ese artículo suyo sobre la obra de los emigrados es «un deseo de diálogo que supone ya una firme convivencia espiritual».[73]

Hay sitio para más revueltas, sin embargo, porque el centro de su destino lo fabrica cada cual, en el exilio y en la derrota del interior. O siente que lo ha fabricado, que es lo que importa. Porque seguimos en 1947, pero regreso a Luis Buñuel y a México. Es improbable que fuese lector de la revista Realidad y es seguro que tenía información más o menos de primera mano sobre España. Pero a Buñuel en 1947 le encanta cada vez más la vida en México porque se respira una libertad que no ha encontrado en otros sitios, y desde luego no va a encontrar en España ni la disfruta su familia (aunque sí pueda prestarle ayuda económica para los peores bajones del exilio, como sucedió con tantas familias del interior). Por eso se permite una franqueza explosiva al aclarar que «en cuanto a España», escribe en mayo de 1947, «no pienso más en ella si no es con la misma nostalgia con que a veces me sumerjo en la contemplación de la Edad Media, época feliz de la humanidad». El sarcasmo habla de la lucidez de Buñuel y de la capacidad de asumir el principio de realidad de ser un hombre sin lugar en España, como tantos otros, por una conjunción de fuerzas neomedievales y fascistas de las que lo mejor es estar lejos. Pero es que la red familiar y cotidiana va haciendo menos deseable el regreso a la Edad Media de España. Su hijo Juan Luis se acuerda del tiempo que vivieron en Hollywood pocos años atrás «con verdadera pasión obsesiva», para no hablar del pequeño que, «como es natural, se ha adaptado a esto». Y esto consiste también en mantener un círculo escaso de amistades españolas, algunas de las cuales se reconocen felices, como Moreno Villa, recién casado y con un hijo, y otros con menos sentimiento de reintegrado, como León Felipe, el Eugenio Ímaz roto, o Juan Larrea, tan activo colaborador en esos años en los planes de Buñuel. La lógica dice que es inevitable empezar hacia 1949 a «echar raíces en esta tierra suelta porque ¿adónde voy a ir?». A España evidentemente no, porque sería peor, y por fortuna puede seguir pensando en otros sitios y hasta puede llegar a hacer películas tan espléndidas y libres como Los olvidados, estrenada ese mismo año con algún escándalo patriótico (pero mexicano) y la colaboración de Max Aub, Juan Larrea o Rodolfo Halffter, aunque no figuren en los créditos de la película. También dice la lógica de la historia y de la biografía que el equilibrio interior va siendo capaz de superar el desequilibrio desintegrador que engendró la guerra, y a Buñuel se le escapan confidencias muy precisas: «he llegado a querer a México cuando lo he conocido. Por lo pronto, y

comparado con el resto del mundo, se respira un clima de libertad, y hay paz, y puede uno dedicarse a su trabajo sin amenazas ni represalias porque se piense así o asá. ¿No es esto maravilloso?».[74]

Ni Buñuel ni Salazar simpatizan demasiado entre sí, pese a sus exilios reintegrados, y apenas se tratan en México. Pero de momento, en 1952, se consuelan de no tener que soportar las comisiones de investigación y las delaciones del macarthismo de la guerra fría en Hollywood ni los acosos de la censura en España. Diría incluso que son, cada cual a su manera, felices. La convicción de Buñuel es rotunda porque «me he hecho mexicano y pienso vivir siempre aquí», entre otras cosas porque su hijo Juan Luis «es más americano que Lincoln»,[75] y porque las dificultades económicas que padeció intermitente y a veces largamente en los años anteriores se están superando cada vez con más holgura. Además vive desde entonces mucho tiempo en París, hace películas más parecidas a las que quiere hacer él de lo que ha podido hacer en los años anteriores, y acepta que está a gusto. Sus películas hechas en Francia «siguen siendo –gracias a Dios– tan inconformistas como los primeros» films, pero a pesar de todo, a pesar de que «en París es donde mejor me desenvuelvo y donde más amigos tengo... prefiero esta paz de cementerio que se disfruta aquí», que es México en octubre de 1956, aunque enseguida vaya a regresar a Europa para visitar Suiza, Francia de nuevo y al fin España en 1960, inmediatamente después del éxito de Nazarín en 1959. La película basada en la novela de Galdós se está llevando por delante la taquilla en México y además ha sido galardonada con el Premio Internacional en Cannes.

En España reside durante seis meses de 1960 para hacer Viridiana, según él, «con libertad absoluta tanto por parte del productor como de las autoridades, aunque parezca increíble», aunque su nombre y el film siguen prohibidos en España tras ganar en Cannes esta vez la Palma de Oro (y moderar la hostilidad del exilio hacia él a causa de ese regreso). Pero lo que sabemos también es que esa visita prolongada a España la vivió de una manera menos profundamente angustiosa que otros exiliados como Rosa Chacel, que se ha desesperado de lo que ha vivido por las mismas fechas en un viaje que retomaré en otro capítulo. A Buñuel en cambio esa estancia de medio año le «conmocionó profundamente. He tratado en España

con grupos de jóvenes “inconformistas” estupendos» y ha salido de Madrid con la confianza reforzada en «el resurgimiento de España», que es justo lo contrario que le sucede a Rosa Chacel. Ella teme que haya quedado anulado todo sustrato donde empezar el resurgimiento o la regeneración de España, o que se haya extirpado ya toda «circunstancia fecundable», en expresión de resonancia orteguiana. En Buñuel, que era muy poco orteguiano, el éxito de su cine reciente, su estabilidad económica, la satisfacción con su vida actual parecen obrar el efecto inverso. La alegría conspirativa de los comunistas que dirigen la productora que hace Viridiana, como Juan Antonio Bardem o Ricardo Muñoz Suay, debe de haberle ayudado a ver de otro modo lo que está pasando en España, al menos lo suficiente como para que se sienta en septiembre de 1960 con ganas de «volver y si no fuera ya de tan provecta edad me iría a vivir allí».[76]

¿Es esto algo parecido a «vivir de veras»? ¿Lo ha de alcanzar alguna vez el exiliado, a pesar del exilio, o el transcurso de los años confirma la material imposibilidad, la impotencia para ser feliz? El historiador Vicente Llorens fue uno de los exiliados de última hora en 1939 y ya en 1948 contaba en un valioso artículo los ejes de la experiencia del exilio. Su reflexión concluía con la fatalidad del quebranto, esa ruptura «que deja como dolido para siempre lo más hondo del ser, inutilizándolo para la satisfacción plena y el reposo verdadero».[77] No habla de sí mismo en ese artículo, pero sí habla por sí mismo y su experiencia hasta entonces: el sentimiento de derrota total se razona como amputación de por vida para la felicidad. Puede hablar entonces como lo hacía Ramón J. Sender en su carta disuasoria a José Manuel Blecua, pero desde luego no se parece ni al tono ni a la actitud de Buñuel o de Ayala o de Ferrater Mora en las mismas fechas.

Pero son consideraciones que sí pudieron hacerse Joan Sales y Joan Oliver o Juan Gil-Albert cuando regresan en esos mismos años, entre 1946 y 1948, o las que se hizo el mismo Ortega un poco antes, en 1942, pese a la decepción de José Gaos, Guillermo de Torre y la mayoría del exilio. En ese mismo artículo de 1948 Vicente Llorens defendía el exilio con razones éticas porque «el retorno condicionado es indigno, además de inseguro». En el fondo, el desamparo explica la conclusión que mantuvo en su propia vida:

«más vale el destierro. Fuera del patrio nido el desterrado al menos se siente seguro y libre», lo cual no obsta para que –al menos mientras escribe, 1948– crea que el exiliado desee echar raíces en otro sitio sin lograrlo, porque el nuevo lugar será al mismo tiempo acogedor y hostil, «y donde al cabo ha de frustrarse su empeño de vivir de veras».[78] ¿Hallaron los derrotados del interior, o el exilio que regresó, esa «dignidad y seguridad» fundamentales para «vivir de veras»? La frase es de Llorens, pero puede hallarse en muchos otros exiliados para razonar su exilio, desde Américo Castro a Pedro Salinas y tantos otros. Frente a la derrota del interior, el exilio tuvo la libertad del destierro, pero también con ella la posibilidad de desarrollo personal y profesional más difícil en las adversas condiciones de la España interior. Vivir de veras pareció imposible en 1948 en el exilio porque era imposible vivir de veras en el interior con fidelidad al cuadro de valores civiles y políticos derrotados durante la guerra.

La amputación de la felicidad como expectativa es común así a unos y a otros, a Ortega y a Juan Ramón Jiménez, a Dámaso Alonso y a Cernuda, a Vicente Aleixandre y a Américo Castro o Ramón J. Sender, porque son hijos de una guerra perdida tanto si están dentro como si siguen fuera. Vivir en el interior estuvo muy lejos de ser un vivir de veras –acabó no siendo posible ni siquiera para los lentos arrepentidos de la victoria–. Sin embargo, tanto el exilio como el interior construyen con sus miedos y por sus propios medios la urdimbre que hará posible la fragua de una vida mejor, más libre y más digna. En el interior los intelectuales y profesores, pintores o poetas, deberán elevar en lo que puedan los bajísimos niveles de dignidad de 1939, mientras que los exiliados encuentran las vías de restitución de la dignidad, pero también de buena parte del orgullo o el honor rehaciendo vital y profesionalmente sus vidas. La negación o el menosprecio de esta capacidad del exilio para suturar la herida traumática del origen del exilio equivaldría a negar también la capacidad del interior para salir del estupor de la victoria o de la parálisis del miedo. Y es evidente que ambas cosas serían insostenibles desde cualquier punto de vista. Una fase posterior del exilio consistirá en el reconocimiento mayoritario de las complejas y a menudo engañosas mutaciones de la España del interior hasta el extremo de no poner ya en juego el criterio de la dignidad o la claudicación traidora para decidir sobre el regreso o

sobre la colaboración con españoles del interior. Pero entre 1947 y 1949 funciona todavía intacto, o casi. Cuando Juan Gil-Albert, otro redactor y fundador de la revista Hora de España, evoque en 1964 su regreso a Valencia en 1947 no callará que se ratifica en aquella decisión difícil, «que no todos, entonces, aprobaron y que algunos, incluso, censuraron con acritud».[79] Pero dejará de funcionar como condena unánime y casi automática diez años después, cuando la lista de nombres que han regresado temporalmente a España, o que han accedido a mantener contactos con la España del interior, es manifiestamente superior a la de aquellos que mantuvieron una ruptura de relaciones idéntica a la decidida en 1939.

Con el transcurso de los años son los propios exiliados quienes modifican el punto de vista sobre lo que han sido sus vidas. Y el propio Vicente Llorens que en 1948 sentía en carne propia la imposibilidad de vivir de veras es el mismo que quince años más adelante matizará alguno de sus criterios. Su estabilidad académica en Princeton desde 1949, llevado por Américo Castro, es al mismo tiempo una lucha honda y amarga contra la enfermedad de su mujer –«muda y paralítica antes de llegar a la vejez», escribe Llorens–. El desgaste es tan hondo que llega a confesarle a Max Aub la renuncia definitiva a seguir viviendo y su decisión de seguir los pasos suicidas de Ramón Iglesia y Eugenio Ímaz. Hace caso de Max Aub, sin embargo, y obedece su consigna de que «deje rastro» y espere en paz a la muerte. Vicente Llorens rehace su vida después de enviudar en 1957, tras haber publicado ya un brillante estudio precisamente sobre el exilio romántico español, y una nueva relación sentimental se confirma en 1962. Se casará además en España, en Jalance, Valencia, y construye una casa allí como están haciendo por los mismos años Josep Lluís Sert o Germán Rodríguez Arias en Ibiza, pero sabe que ya nunca volverá a sentirse español ni será éste su país. Habrá vuelto a España sólo en 1959, cuando llega también José Bergamín con voluntad de quedarse (como su hermano Rafael, o cuando Manuel Altolaguirre se mata en un accidente de automóvil, también en España), y al año siguiente aparece por fin su primer artículo en España, por supuesto en Ínsula y, nada casualmente, sobre la peripecia de un exiliado mayor y una de sus grandes querencias, José María Blanco White.

Pocos años después, un breve artículo de 1967 vuelve a reflexionar

sobre la vivencia que han tenido del exilio las distintas generaciones exiliadas en 1939. Pero no oculta que las «generaciones intermedias», las que estaban en «plenitud de facultades y más deseosas de abrirse camino» cuando llegó el exilio, «han sido en conjunto las más afirmativas». No menciona ningún nombre, pero en ese perfil encajan sin duda un puñado valioso de exiliados, como Francisco Ayala, Ferrater Mora y María Zambrano o incluso él mismo, que contaba treinta y muy pocos años en 1939: «Quiero decir que [esas generaciones] han puesto de su parte cuanto han podido para adaptarse, sabiendo al mismo tiempo, cuando no era posible, buscar nuevos horizontes. El destierro ha venido a ser para muchos de estos emigrados como un ejercicio normal de vida», en el que sin duda se incluye él. Desde la perspectiva del interior es invencible la tentación de pensar en el modo en que una generación algo más joven –entre cuyos nombres estarían desde Juan Benet a Carlos Castilla del Pino, o desde Luis de Pablo hasta Carlos Saura, o desde Claudio Rodríguez a Ángel González, de Carlos Barral a J. M. Castellet– aprendió también a fabricar futuro mientras soportaba su anómalo país «como un ejercicio normal de vida». Tantos años de exilio, explica Llorens, hacen casi imposible la determinación de lo que se es, y matiza que a esas alturas de finales de los años sesenta «no es ya un destierro pero no hay reintegración completa», como si no hubiese modo de reparar el vacío de España o la frustración de lo incumplido, del mismo modo que no había manera de vivir plenamente en la primera etapa del exilio. No se había soñado precisamente que el primer regreso a España fuese para asistir a la muerte del padre o de la madre, como a tantos les sucedió, muchos años después de haber salido. Esa percepción del exilio como experiencia cambiante y dinámica en relación consigo mismo y con el propio país, debe leerse también en el trasfondo de quien se siente políticamente alejado de España (incluso en el albor de la democracia: morirá en 1979), pero en cambio sentimentalmente atado a la casa rural que se hizo construir en Valencia a principios de los sesenta y a la que regresó todos los años. Fracasó la ilusión de lograr la armonía entre la vida profesional, la intimidad de la persona y la vinculación social, en sus propias palabras, porque la derrota fue interminable y la lentitud de los cambios exasperante, «pero quizá» habla el propio Vicente Llorens de nuevo en 1967, «no haya que lamentar demasiado esa condición de desarraigo, si consideramos que en un mundo como el nuestro la coacción social

forzosa, de lealtades impuestas y nacionalismos delirantes, tal vez sea preferible, con permiso del Sr. Sartre, a que el escritor viva en una esfera más diáfana y libre, donde su existencia y su conciencia no estén en permanente conflicto».[80] No es quizá una revisión profunda de su pensamiento de 1948, pero sí una mirada más templada y menos desgarradora de la experiencia de la derrota (en el exilio), vista en su integridad y a sabiendas de la vida en el interior. Y puede ayudar a entender que haya sido Claudio Guillén, hijo intelectual del exilio e hijo biológico del poeta Jorge Guillén, quien ampliase primero en 1975 y después en 1995 el cuadrante desde el que percibir la experiencia íntegra del exilio, para abrir su comprensión un poco más allá del origen traumático, quizá incluso procurando desatascar de las claves políticas el análisis de un fenómeno que rebasa esa limitada perspectiva, como proponía más recientemente José-Carlos Mainer.[81]

La atadura moral y emotiva a un espacio geográfico pudo así hacerse dañina sin ninguna compensación. El sentimiento de nación, el nacionalismo que explica gran parte de lo mejor de la cultura española anterior a la guerra, devino sueño envenenado porque desapareció aquel lugar de origen y de expulsión, y enturbió invenciblemente para muchos la posibilidad de una vida feliz. Y está también en el origen de una retórica del dolor y la pérdida que a menudo se hizo lenguaje poético y fue portavoz involuntario o testimonio de patetismo para biografías que no lo sintieron, que fueron menos dolientes o cuyas carencias emotivas fueron menos graves. Ese bucle melancólico dinamita las maniobras morales y civiles para vivir feliz o, para decirlo con menor o distinta candidez, para vivir con ganas y sin la autocompasión de los nacionalismos lastimeros. Se fundó en una razón de origen inapelable, por supuesto, y sin embargo siguió alimentándose cuando ya no había lugar posible, ni físico ni histórico, donde remediar esa nostalgia o donde llenar el vacío de la tierra, donde corregir la espiral del deseo de volver a un lugar que es imaginario. Cuando lo hizo en 1947, Juan Gil-Albert encontró «un fantasma que cobraba realidad», un fantasma porque pareció durante un tiempo que la España negra, la España eterna, había sido arrumbada por fin. Pero aquí estaba de nuevo, entera, «como si un frenazo violento» hubiera impulsado a España hacia atrás para recobrar «su ritmo antiguo» y todo discurriera como si nada hubiese pasado. Lo que él encontró a su

regreso fue la inflación religiosa, la exhibición impúdica de la fe, la artificiosidad teatral y exacerbada, combinadas con una moral ciudadana «de baja factura y, para el que volvía a la patria que dejó, visiblemente deteriorada».[82] El testimonio de Juan Gil-Albert escrito en 1964 se titula Drama patrio pero no drama del exilio: la disidencia del exilio ensimismado, trágico, se formuló sin demasiada explicitud, y con justificada prudencia, dada la disparidad de fortunas que vivieron muchos de ellos y porque la misma atonía sentimental hacia la patria se vivió como una forma de traición a la razón derrotada. Pero también importó el rechazo de algunos de ellos a la identificación rutinaria del exiliado como víctima, con su implícito prestigio, frente a la voluntad de adaptación responsable y consecuente.

Por eso algunos tendieron a obviar los circuitos del exilio y a evadirse así del patriotismo del destierro y sus contagios emotivos, como hizo el mismo Gil-Albert o haría después el entonces muchacho Tomás Segovia. Aprendió a crecer este futuro escritor y profesor en la proximidad ejemplar de un hombre mayor que él, el pintor Ramón Gaya, exiliado en México con treinta años. Lo que Segovia ha narrado de esa etapa no retrata el exilio de Ramón Gaya sino a Ramón Gaya en el exilio. La idea misma de hablar de los «años de exilio» le parecería una impertinencia. A los ojos de Segovia el ejemplo de Gaya era el de quien acertaba a «trascender la condición de exiliado sin dejar de asumirla». Y añade que «casi podríamos decir que el exilio fue para él un lugar desde donde mirar hacia otra parte» o «mucho más allá de sus límites».[83] Por eso tampoco compartió Gaya las actitudes de muchos exiliados, y Tomás Segovia lo suma a la estirpe de los solitarios o desenganchados, como Cernuda y María Zambrano, como Juan Gil-Albert o Concha Albornoz. Eso no les hizo más apátridas, ni más insensibles, ni más traidores a origen o convicción alguna ni, desde luego, más infelices: no sintieron la llamada gregaria ni trágica del exilio, o la abortaron, y su timbre de voz será siempre distinto del que tuvieron León Felipe o Max Aub, como es distinto el de Francisco Ayala o Luis Buñuel.

III. LA CORTINA DE HOJALATA

¿Nostalgia de esa patria que reencuentra Gil-Albert o más bien nostalgia de una patria que está muerta? El sueño de volver estuvo siempre más cerca de la pesadilla, y esa pesadilla arruinó en muchos de los exiliados el espacio de vida útil. El camino circular de salida al exilio con regreso final a la patria tampoco transmite la complejidad del fenómeno, ni explica las posibles reparaciones del daño ni atrapa sus anfractuosidades, sus distintas fases y las distintas vivencias del exiliado. Esa imagen ideal parece cumplir el sueño del regreso, pero es evidentemente otra ilusión, como saben todos los exiliados: idealiza o simplifica una realidad moral y biográfica que no tuvo circularidad alguna porque esa experiencia carece de regreso aunque se vuelva. Convierte así el sueño en una pesadilla de ansiedad y frustración crónica y finge olvidar que el exilio es el efecto de una guerra perdida en su propio país. Perdieron la misma guerra pero vivieron la derrota de manera diferente, y la imagen de la circularidad rota, o imposible, desdibuja los distintos tiempos y las distintas edades, las diferencias de compromiso ideológico de unos y otros, las crispaciones y resentimientos que produjo el intento de volver y la vuelta misma, y sobre todo agudiza el patetismo o solemniza lo obvio en lugar de tratar de comprender la morfología ética e histórica de esa experiencia (colectiva) de individuos.

El viaje de vuelta pudo ensayarse primero y decidirse después en firme, a veces se rectificó a última hora. Pudo decidirse impulsivamente por la agonía de un padre, por la separación de la mujer, por la enfermedad de un hijo, por la muerte de la esposa o por las puras ganas de volver incluso al precio de mal vivir o vivir peor que en el exilio. Pero también los años y la lucidez hicieron a muchos abandonar ese proyecto, o lo construyeron sólo como expectativa demasiado frágil para que saliese bien. De ahí la puntualización de Joan Oliver cuando escribe a Ferrater Mora desde Barcelona ya en 1950: le aconseja que vuelva, pero sólo –«entenguem-nos», «entendámonos»– en caso de que su proyecto de vida «siga gravitando hacia ese centro», España, y con vistas al futuro, es decir, siempre que su vida siga pivotando en torno al

deseo de regresar a toda costa, cosa que la mayoría no haría precisamente porque el coste era demasiado alto y porque el regreso reveló la naturaleza ilusa, esencialmente frustrante, del deseo de volver.

Pero la red de redes que dibuja el exilio no está hecha sólo de viajes físicos y saltos transatlánticos, sino de envíos de cartas y de libros, de noticias difundidas y revistas y boletines que se reparten, de ediciones que se proyectan y se frustran y ediciones que se proyectan y se publican, y acaban sirviendo esos vaivenes para saber cómo es el país al que van a volver, qué dicen los que viven dentro, cómo resisten quienes se quedaron en la derrota, cómo animan o desaniman a emprender el regreso. Y todo eso forja la conciencia del exilio, sin duda, pero también de las facciones del exilio y los circuitos del exilio, de una manera no muy disímil al modo en el que crece y se fraguan los circuitos de la resistencia cultural en la España que soporta el franquismo. La pluralidad de las respuestas y la búsqueda de legitimidad ideológica y política fue muy diversa. Si no se iba a regresar, porque el regreso sería en falso, habría que cambiar de perspectiva y asumir que el futuro pasaría por rehacer la unidad cultural dispersa en múltiples países y ciudades, pero confiada y segura de reunirse, física y figuradamente, en un solo cauce cultural y una España posfranquista. Pero evidentemente nada de eso tendría ningún sentido sin saber qué sucede en la España del interior, sin anudar el contacto e intensificarlo, buscarlo o inventarlo, aunque eso significara perder parte de la intransigencia que merece el franquismo, creyendo que la mejor opción es un mal menor: cooperar con la derrota del interior, que ya no era derrota sino resistencia.

Tanto una carta de José Gaos a Alfonso Reyes como un documento ya citado también de 1947 dan por hecha la existencia de una considerable cantidad de derrotados atrapados en España, antifranquistas de corazón y de sentimiento, de convicción y de tradición, aunque fuese en silencio o inoperantes. La violencia represiva enmudeció a la resistencia, pero no acabó con ella ni pudo abolir los contactos y los vínculos entre esa resistencia y la patria dispersa del exilio. Todo fue lento por razones obvias pero también porque el exilio tuvo que aprender a graduar los lentes de su mirada

sobre España para detectar con cuidado esos agentes de la resistencia ética, silenciosa, y los grupúsculos del interior a su vez tuvieron que ingeniárselas para aprender a anudar contactos con el exilio admirado y añorado.

Lo que pareció interminable desde dentro, o vivido en España, fue el ciclo revanchista del franquismo y su lógica represiva, además de la inmersión nacional-católica en un sistema educativo feudal y premoderno sin paliativos. Y sin embargo la presencia íntima, casi doméstica al principio, del contacto con el exilio creó en esa escarcha fría el efecto más fecundo imaginable: la rehabilitación lenta, poderosa y con valor de futuro de la noción de continuidad y de unidad cultural dispersa. El exilio y la resistencia interior supieron identificarse como aliados implícitos y a veces explícitos con el fin de arrumbar la cultura del franquismo por la única vía posible para hacerlo: construyendo fuera de su control (en el exilio) e incluso bajo su control (en España) las bases intelectuales de la sociedad y la cultura española del futuro. La percepción individual de esas relaciones todavía engendró un efecto más intenso, porque forzó la flexibilización del exilio, que dejó de sentirse reserva numantina de la pureza democrática y permitió que el regreso a España por vía real o por vía impresa, editorial, no fuese ya una traición: colaborar y engrosar la resistencia en España dejó de ser una forma de colaboracionismo envenenado y culpable. Ese salto crucial maduró en los años cincuenta, pero lo abrieron algunos individuos y equipos intelectuales hacia 1946-1947: primero se necesitaron los contactos esporádicos, de tanteo, de sospecha y de recelo, y hasta los años cincuenta no dio sus frutos esa actitud, cuando además tenía ya cosas parecidas a manifiestos culturales en su defensa. Si casi todos lo habían planteado en privado, en sus cartas o en sus meditaciones confesionales, el artículo de Francisco Ayala de 1949, «Para quién escribimos nosotros», lo hizo en público y fue portavoz tácito de revistas y agrupaciones que atendían a España y descubrían esa sintonía o esa capacidad de acción conjunta y cómplice.

Sólo será verdad el aislamiento del exilio con respecto a España si al mismo tiempo reconstruimos la crónica meticulosa de lo contrario: los numerosos contactos entre exiliados e interior –los capítulos anteriores han mostrado unos cuantos–, el aumento exponencial de

contactos entre exilio e interior a medida que los propios exiliados regresan y no pierden contacto con los amigos exiliados, y todavía más contactos gracias a los exiliados nuevos, los jóvenes que han decidido irse de España, y que desde luego no sólo no pierden contacto con el interior sino que no lo pierden tampoco con el exterior que acaban de descubrir. El relato del exilio es demasiadas veces todavía cautivo de aquella primera imagen, del retrato de desolación y ruptura radical, cuando un gran sabio como Vicente Llorens pudo escribir que la incomunicación entre los de fuera y los de dentro fue casi absoluta, como si lo hubiese seguido siendo después o indefinidamente (incluso contra la experiencia personal de muchos de ellos, incluido el propio Vicente Llorens). Nos falta el relato de la maduración del exilio, de la etapa de las reconsideraciones, de la etapa antiheroica que asume que la eficacia del exilio será siempre aplazada y en relación con la España peninsular. Nos falta el relato de la etapa en la que el exilio no es sólo una imposición, sino también una vivencia que se administra y gestiona desde la nueva posición del exiliado, desde las decisiones tomadas después del trauma, desde la lucidez sobre lo que se desea ser como ciudadano y lo que se desea hacer como persona (excepto, evidentemente, entre exiliados a quienes el régimen pudiera imputar delitos de sangre o delitos como los que acabaron con el comunista Julián Grimau ya en 1963). En este segundo relato la experiencia del exilio pierde parte de su excepcionalidad y acerca sus parámetros de conducta y morfología moral, profesional o fraternal a quienes no vivieron el exilio porque padecieron la derrota en el interior.

De la misma manera que el exilio no fraguó una estrategia de lucha o de expatriación unitaria, la victoria de 1939 y su fascismo nacional-católico se fue también desmembrando y desde luego tiene ya poco que ver con lo que está cociéndose y celebrándose en 1952, 1959 o más aún 1965. El cambio es también del exilio porque empezaron las deliberaciones de los partidos sobre la colaboración con la resistencia del interior (cuando descubrieron y confirmaron que en el interior había resistencia de algún tipo), pero empezó también a obrar en ellos el efecto de la diversa fortuna profesional y personal: el sueño de Rafael Alberti será Italia desde finales de los años cincuenta porque no puede ser España –como sabía también Luis Buñuel–, pero sin duda no quiere que siga siendo Buenos Aires,

donde vive desde hace ya demasiado tiempo. Su correspondencia con Eugenio Luraghi, alto ejecutivo que llegará a ser director general de la empresa Alfa Romeo, ilumina aspectos de su vida íntima que no atropellan el mito ni destrozan al poeta. Lo humanizan como sujeto preso de una dinámica profesional que tiene maravillosas sorpresas –«me está mal decir que cada vez tengo más éxito como poeta-pintor», le escribe en 1954– y pese a los momentos de aburrimiento proyecta múltiples actividades. Hacia 1960 vive la experiencia de un «viaje triunfal» por Venezuela, Colombia, Perú, Cuba, y también la decepción por Europa –«triste esta Europa de mi regreso al calor de doce años»–, cuando ha estado en Ginebra y Gran Bretaña, en Varsovia e Italia, con José Bergamín, con León Felipe y con Herrera Petere (siempre tan presente en la biografía íntima de Luis Felipe Vivanco). El hartazgo de Buenos Aires, «en donde vivimos estupidizados, en donde tenemos grandes amigos, pero que también lo pasan muy mal» (parece que hable de España...) culmina en 1963 trasladándose a Roma. Al año siguiente obtiene el Premio Lenin, e incluso así le cuesta creer que la edición soviética de sus Poesías se haya agotado en un día...

Casualmente, pero al mismo tiempo, María Zambrano decide hacer todo lo contrario que Alberti. A ella lo que la tiene hartísima es precisamente Roma y decide irse al campo, y en 1964 se instala en una vivienda a diez kilómetros de Ginebra. Es la voz de María Teresa León la que explica cómo les van las cosas ya en Roma a Alberti y a ella desde ese mismo año, en un piso con terraza y en un barrio que le gusta mucho a Rafael, y por eso «está sonriente»: «estamos colocando sobre muebles aún inexistentes las cosas que van llegando [desde Buenos Aires]. Todo se irá construyendo de nuevo. Tengo otra primavera más de vida por delante. La inauguramos en Roma», a la espera de ensancharla en una nueva casa al año siguiente también en Roma pero en el Trastevere, ese barrio maravilloso del que Alberti le habla a Camilo José Cela por carta en junio de 1964 –«¿Vendrá usted alguna vez a Roma? Vivo en un barrio maravilloso y en una casa de principios del siglo XVI»y que compran con ayuda de Luraghi y gracias a la venta del piso de María Teresa León en Buenos Aires. Cuando Cela le ha dedicado a Alberti ya un número de Papeles de Son Armadans en 1963, que Alberti sólo ha podido hojear en Bucarest porque está de viaje allí, habla seguramente con verdad cuando le dice que «no me atreví a

escribirle desde ahí, a mandarle un abrazo emocionado, mi más estremecido agradecimiento, como lo hago ahora». Y aun cuando anota dos líneas después que a la vista rápida de todo el número destaca «más que nada, su valentía, su gran gesto amistoso». Hacía más de cinco años, en 1958, que la revista de Cela había alojado ya «los primeros poemas que por propia voluntad publico en España después de 20 años».[84]

La plena legitimidad antifranquista que el comunismo militante otorga a Alberti no es la de otros, menos políticamente radicalizados, o más sensibles a fórmulas democráticas ajenas a la dictadura soviética o a la fe estalinista. Ha sucedido ya Hungría 1956, tan desoladora para el comunismo europeo, ha sucedido ya el encuentro europeo de Múnich en junio de 1962, con la fisonomía visible de nuevos demócratas y antifranquistas reclutados entre los vencedores y los vencidos de siempre, y está a punto de suceder la expulsión de los comunistas Semprún, Claudín y Vicens del PCE dirigido por Carrillo e Ibárruri. Los años pasaron para todos y empezaron a agudizarse, dentro de la esfera comunista y fuera de ella, los debates éticos y morales –políticos– en torno al regreso mismo, se activaron las ilusiones de poder escribir en España en lugares amigos y al mismo tiempo se relaja el crujido íntimo de la traición a los propios ideales. El tiempo ha modificado la fe ideológica de algunos, ha moderado en otros la pulsión política (incluso algunos han abandonado toda actividad en ese orden de cosas), ha cambiado la óptica de casi todos porque la historia europea ha cambiado también, y en la inmensa mayoría de los casos han vivido una aclimatación a la arcilla histórica hecha de hijos y de decepciones, de frustraciones y de alegrías, de lucidez y de optimismo caprichoso o incluso puramente gratuito.

PONERSE A PRUEBA

La confianza en el futuro y la recuperación del sentido de la propia vida hubo de vencer una primera prueba de lealtad, o hacer aceptable y necesario lo que había sido rotundamente inaceptable. La hostilidad unánime que había producido el regreso a Europa de

Ortega iría dejando paso a una comprensión más fría de la situación completa, de la evidencia histórica, y de las decisiones de otros exiliados con perfiles menos difusos políticamente. Y cobraría un sentido distinto la misma reacción feliz de la España del interior ante el regreso de Ortega. Lo que fue visto desde el exilio como traición política e ideológica se entendió de otro modo desde el interior: quizá su obra estaba por encima de su figura, pero lo que es seguro es que de su boca no se oirían alabanzas del régimen ni declaraciones favorables después de 1947, ni su conducta pondría en duda su marginación del sistema. Juan Ramón Jiménez no podría llamarlo «diletante de candelero» como haría con Gregorio Marañón (en la genealogía de Azorín) en carta no demasiado complaciente a Guillermo Díaz-Plaja de 1952.[85] El régimen no pudo usar a Ortega, pero sí lo hizo la resistencia, y esa operación enseñó al exilio, entre otras muchas cosas, que la realidad seguía cambiando en detalles mayores y menores, y que su pacto de lealtad con la dignidad de la derrota debía transformarse en un pacto de lealtad con la reconstrucción de la cultura española desde el exilio (y con el interior). Vicente Llorens se sintió expuesto a esa prueba en 1949, cuando ya habían decidido volver unos cuantos refugiados a España, cuando Ramón Gómez de la Serna era recibido en audiencia privada por Franco con fotografía de media página incluida (en el ABC del 26 de mayo de 1949). Numerosos exiliados habían autorizado alguna publicación en España y la mayoría mantenía correspondencia o contactos privados con el interior, como el propio Vicente Llorens. En Eduardo Ranch tiene un íntimo y hondo amigo, derrotado como él pero refugiado en el interior, y desde enero de 1940 es interlocutor ético y sentimental, además de respaldo material. Le pide papeles, artículos y libros de su biblioteca (pese al saqueo que sufrieron tantas casas derrotadas), le pide datos en relación con sus trabajos profesionales, le pide opinión particular y general. Pero Llorens no sabe reaccionar cuando es Ranch quien le pide a él colaboración escrita para una mínima revistilla de circulación muy modesta en Valencia. Vicente Llorens no escribirá en España entonces porque significaría una ruptura del pacto consigo mismo y con las razones éticas y políticas de su exilio. Llorens argumenta desde la superioridad moral de haber salido de España: «No tengo más remedio que renunciar. No por vosotros, claro está, ni por la revista; sino por una cuestión moral de principio que no puedo quebrantar por muy grande que

sea la tentación. Estando ahí lo haría; sería un acto de adhesión o sometimiento, no a vosotros, sino a algo distinto que no estoy dispuesto a realizar.» La redacción es confusa, pero se entiende: estando fuera, la publicación de algo suyo en España se interpretaría como un gesto de sumisión al poder. Enseguida quiere señalarle a su amigo que no es «ni intransigencia ni petulancia ni cosa por el estilo», y sin duda tiene razón, como tiene razón en no abrir fisuras en su repugnancia contra lo que sucede en España.[86] Es la lealtad a una decisión tomada diez años atrás, que seguirá creyendo justa, pero que sabe o empieza a saber que no es ya sólo justa porque puede empezar a ser, simultáneamente, lo contrario: injusta o desleal desde la perspectiva de la resistencia del interior, de quienes consideran que la labor de civilización y de restitución forma parte de los modos de resistencia al franquismo y que en esa labor necesitan del exilio.

El exilio y la posguerra pueden leerse como un inmenso laboratorio ético en torno a la neurosis de la lealtad inmutable, en torno a la fidelidad y sus costes, en torno a la traición inteligente a las decisiones tomadas en circunstancias que han cambiado, y en torno a la maduración ética y adulta frente a la simpleza banalizadora de las consignas políticas o los intereses competitivos de los partidos y los clanes. Fuera de la esfera de la consigna y lejos de la inmaculada virtud ucrónica y ahistórica de las lealtades a prueba de bombas (como las que fundaron los totalitarismos nazi-fascistas y estalinistas), entonces el intérprete sabe que queda desarmado de juicios taxativos e intransigentes, de posiciones rotundas y sin brechas. Entiende también que el juicio desde la razón ética ha de ser terriblemente cuidadoso y atento a las transformaciones de las personas y de sus historias de vida, sin creer que en esa mutación o en ese cambio de actitud relampaguee una semilla de corrupción moral, sino a menudo lo contrario: el valor de arrepentirse, el valor de rectificar, el valor de la lucidez también como modo de intervención en el mundo, en función no de la intangibilidad de la ley ética, sino del sentido de la propia conducta, del coraje de evaluarlo de acuerdo con las condiciones del cambio histórico y no de una (improbable) verdad inmutable.

En la morfología ética del exilio el tiempo hace daño siempre porque inmoviliza o detiene la percepción del cambio histórico en

el lugar de origen: la memoria y los sentimientos del exiliado establecen una alianza feroz entre sí con la ilusión de no perder el origen, pero ese lugar de origen sí ha vivido sumido al cambio natural del tiempo y ha vivido dominado por el cambio despótico del nuevo poder franquista y de la guerra. Al exiliado se le detiene la historia en la memoria porque los cambios suceden mientras él no está, pero no sólo porque no habita su lugar de origen, sino porque ese lugar ha dejado de expresarse y de vivirse como fue: los olores y las calles, los colores y las fachadas, los hábitos y las costumbres civiles, permanecen fijados en la memoria del exiliado, pero ya no son como los recuerda y han ido transformándose por su cuenta, sin saber con exactitud el exiliado el sentido ni la dirección del cambio, sin poder sustituir la imagen idealizada en la memoria por la imagen real hasta que regresa y asiste a la catástrofe. El atropello del tiempo es la ley del exiliado porque su memoria evoca o anhela de memoria un lugar o un espacio moral, y su vida y su biografía negocian diariamente con un lugar de vida que es otra geografía y otro medio: vive sometido a la intemperie de decisiones correctas o incorrectas, y sin embargo lo que no cambia dentro de sí es el lugar que se abandonó, fijado como mito de la memoria. El sentimiento de traición asalta tantas veces al exiliado porque traiciona un mito privado si cambia de criterio, y ésa es una traición que va más allá de sus ingredientes políticos o éticos, porque es una traición a la imagen mental de su pasado. Es un asalto injusto, pero fue común: la decisión de colaborar con gentes de España o de regresar se sintió como la traición a los principios de una decisión tomada en un momento histórico que sólo está en su memoria ética y sentimental o ideológica.

La voluntad de esquivar la vejación del franquismo es lo que siguió vivo. Esa misma constelación de razones justas que impulsaron al exilio son el obstáculo, cinco, diez, quince años después, para transformar esa lealtad cada vez más gaseosa, armada sobre una situación y una realidad que ha cambiado, en una actitud igual de legítima y noble pero adaptada a la nueva realidad social e histórica del exilio y del interior. Ése fue el tránsito más doloroso, pero fue también el que desembarrancó la nave para ponerla en el rumbo más deseable hacia el futuro posfranquista. No sé si es heroico, a mí me parece que no lo es poco, pero sin duda sí es inteligente y oportuno, fecundo y solidario con quienes estaban aquí buscándoles

allí, o reinventándose las formas de hacer liberalismo o antifranquismo. Las respuestas éticas a esa situación –mantener el bloqueo o romperlo– fueron todas legítimas, y ninguna más que la otra: no es más digna de respeto la intransigencia en 1949 de Vicente Llorens a colaborar en una revistilla del interior de lo que es su disposición a hacerlo diez años después, en Ínsula. Ni es más interesada u oportunista la actitud de Pedro Salinas y Jorge Guillén cuando aceptan escribir en revistas que les piden colaboración a finales de los cuarenta que la de quienes se resisten a hacerlo. Cuando ambos hablan de la «evidente pureza» de Ínsula para decidirse a escribir en ella, enuncian su escasez relativa de contaminación con la mugre franquista o para-franquista, pese a hacerse en Madrid.

Quizá no saben entonces, pero seguramente supieron después, que el fundador en 1943 de la Librería Ínsula es Enrique Canito, un catedrático de instituto depurado, que había trabajado con el propio Salinas en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo antes de la guerra. Por eso la revista empezó siendo un boletín de información bibliográfica que se reconvirtió en la revista literaria y cultural pura que fue a partir de enero de 1946. En sus páginas importó mucho el juicio y el criterio de Vicente Aleixandre, que sabemos ya en contacto con los amigos del exilio y al tanto de sus publicaciones, porque las recibe y hasta los recibe a ellos físicamente, como ese «muchacho tan superiormente dotado» que es Claudio Guillén cuando acude a su casa en julio de 1949 en Madrid. Aleixandre tampoco tiene dudas sobre la buena información de todos ellos sobre España e incluso a veces no sabe bien qué contar a Salinas que Salinas no sepa ya: la postración del teatro de posguerra no es comparable a la poesía porque «es diferente. Pero tú estás bien enterado de ello».

Se lo dice por carta sólo unos días antes de que, en octubre de 1951, se reúnan numerosos escritores en el restaurante Lhardy con el pretexto de la llegada de otro exiliado, Jorge Guillén, que ha podido ya regresar a España por una temporada, ha visitado amigos y lugares, ha acudido a comidas y tertulias, ha pulsado la vida de aquí y ha decidido sin vacilar que lo mejor era seguir en el exilio. De ese encuentro en Lhardy surgió la iniciativa de mandar un saludo al mismo Pedro Salinas firmado por los comensales que

reencuentran a Jorge Guillén y a su hijo Claudio y están el propio Aleixandre, Pepín Bello, Melchor Fernández Almagro, Dámaso Alonso, Germán Bleiberg y, por el lado inequívocamente afecto al régimen, vencedores como Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Dionisio Ridruejo, José María Valverde. Cuando Salinas recibió ese saludo hizo un poemilla humorístico que se cierra con alguna solemnidad, feliz de la «voz de la amistad / queriendo contra la ausencia».[87]

Por Ínsula supieron Juan Ramón y Zenobia qué era La familia de Pascual Duarte, la pidieron, la leyeron y no les gustó ni al uno ni a la otra, aunque por razones distintas, y en cambio gustó a muchísimos otros exiliados, como Corpus Barga y Arturo Barea, que valoraron la calidad de otros libros de los años cuarenta de Cela, como el Viaje a la Alcarria o La colmena, por mucho que supieran, como el propio Cela le escribiría a Corpus Barga en 1958, que esos libros habían aparecido en España porque él era parte de la victoria (aunque La colmena tuvo su primera edición de 1951 en Buenos Aires). Y por las mismas fechas era Corpus Barga quien rectificaba por primera vez con detalle y escrupulosamente la versión «burda» y demasiado frecuente sobre el maltrato que Antonio Machado habría recibido por parte «de los suyos» en la ruta de la huida en 1939 camino de Collioure. Con ese mismo tinte ultrajante lo acaba de contar otra vez precisamente uno de los comensales de Jorge Guillén en 1951, el historiador y crítico Fernández Almagro.[88]

Del mismo modo que Max Aub había encadenado en el periódico Últimas noticias de México cuatro artículos sobre «La nueva poesía española» en 1948 –«no parece equivocado afirmar que la poesía española contemporánea ha ganado en profundidad e inquietud todo cuanto ha perdido en gracia»–,[89] los lectores de la revista Realidad pudieron estar informadísimos de esas y otras actividades literarias españolas, al menos desde su número 11, de septiembre-octubre de 1948. Un «corresponsal» anónimo firma en Madrid un ecuánime y preciso balance sobre las revistas de la «España peninsular» y es irreprochable. Con la emigración había quedado «roto y mutilado el cuerpo literario de nuestro país» y hacía imposible reanudar modelos como Revista de Occidente o Cruz y Raya, y como «el nuevo Estado no ignoraba tal dificultad», decidió financiar Escorial: el tono político de sus comienzos,

«concretamente falangista», fue abandonado después «gracias a la influencia de un grupo de poetas más o menos independientes que pasó a formar parte del grupo redactor, como Luis Rosales –que fue secretario–, Luis Felipe Vivanco y Leopoldo Panero, y que supo dar un tono de alta calidad literaria a la revista», pese a su amazacotamiento. No llegó a ser lo que prometía Santo y Seña, cuyo aspecto gráfico era «semejante al de la revista de la emigración Romance», y quería ser continuación de La Gaceta Literaria, «pero hubo de fracasar por la falta de un grupo literario entusiasta que la animase»; no podía esperarse mucho de los Cuadernos de Literatura Contemporánea que dirigió Joaquín de Entrambasaguas en el CSIC dada la «parcialidad de su dirección», pero en cambio Juan Aparicio inyectó algo de vitalidad en la mortecina vida literaria «y en parte lo consiguió durante cierto tiempo», con El Español, La Estafeta Literaria y Fantasía, como supieron la mayoría de los jóvenes escritores de la España de ese tiempo. El semanario Destino es ya otra cosa, después de su fundación «inspirada por el poeta Dionisio Ridruejo» en Burgos, porque «un equipo de buenos escritores y periodistas ha sabido dar a Destino prestigio e interés», aunque sea el equipo de siempre, dice: Ignacio Agustí, Manuel Brunet, Josep Pla, Juan Ramón Masoliver, Sebastián Gasch.

El análisis sigue igual de exacto, sobre todo para evaluar los riesgos de la independencia desde dentro de España: Arbor y Cuadernos Hispanoamericanos cuidan su nivel de calidad, pero «no pueden impedir, ni lo pretenden, el tono polémico y propagandístico de los valores que el régimen español sostiene en la actualidad», cosa que sí pueden evitar otros inventos en marcha, como Finisterre, y que intentaron hacer también Leonardo, dirigida por el joven Tristán la Rosa, y Vida española, suspendida por la Dirección General de Prensa a pesar de escribir en ella Luis Rosales y sus amigos de Escorial. Se vio en ella «un órgano camuflado de la oposición monárquica». El caso más atrevido es la revista Ariel: «aunque no permitida oficialmente, su publicación está tolerada por la censura de Barcelona, quizá por juzgar que su prohibición sería un acto de torpe política literaria». Se hace íntegramente en catalán por jóvenes, pero en ella escriben maestros como Carles Riba y Josep Maria de Sagarra y, por fin, Ínsula. Es hoy «la revista de libros que goza de un mayor prestigio en España, en parte a causa de su

posición independiente, y en parte por haber sido la primera en reflejar en sus páginas los movimientos literarios del extranjero».[90]

Pero tampoco fue más ilegítima o desleal –más traicionera– la decisión de Joan Sales, Joan Oliver o Rafael Tasis de regresar en 1948, o de Juan Gil-Albert, mientras Luis Buñuel o Francisco Ayala, Ferrater Mora o Josep Lluís Sert preferían permanecer fuera: los cuatro primeros regresaron por voluntad propia y con dolor, y los cuatro últimos prefirieron por voluntad propia evitar ese dolor. El espectro de respuestas se abrió desde 1946-1948 para acoger la colaboración habitual en Ínsula o el regreso mismo de tanteo o de instalación larga y a veces definitiva. Pero el exilio que quiso regresar, física o figuradamente, tuvo que vencer en todos los casos, y como tantos españoles del interior que modificaron sus actitudes, el sentimiento de quedar excluido o de abandonar una causa colectiva. Pero sólo escogían e interpretaban su papel con libertad de conciencia y con asunción de sus consecuencias, y tanto los exiliados como los regresados suman sus bienes para restituir alguna forma de libertad dentro del franquismo. O, como mínimo, ayudan a no arruinar el sustrato en el que habría de crecer la conciencia democrática del futuro. En este contexto intelectual y cultural es poco relevante la discusión sobre el objetivo político último: para muchos exiliados fue la restitución de la República, todavía; para unos pocos, y casi todos los del interior, fue la restitución de la democracia y la decencia ética e intelectual.

Pero quizá todavía hay un estrato más hondo, o más primordial, donde las razones políticas e ideológicas pueden poco para explicar las decisiones vitales. Juan Ramón Jiménez se reservaba a menudo la libertad de añadir unas pocas líneas a las cartas que su mujer Zenobia Camprubí enviaba a Juan Guerrero Ruiz (él como funcionario en España y fundador de la Editorial Hispánica en 1942, la que hará la colección Adonais o la revista Raíz, que publica en los años cuarenta inéditos de Lorca, como lo había hecho Leonardo en 1945, con dos poemas de Poeta en Nueva York). En ese lugar marginal, en tono menor y a ratos patético registra Juan Ramón los vaivenes del ánimo, las nostalgias de España, el deseo de volver a cualquier precio y el deseo simultáneo de no hacerlo nunca ni con ninguna condición («Esto es ya demasiado largo. Preferiría la presencia mala»: 22 de junio de 1941), la obstinación en denunciar

a los saqueadores de su casa, la alegría de una vida de silencio y trabajo mientras redacta las semblanzas que completarán Españoles de tres mundos y escribe los poemas de Lírica de una Atlántida, el contacto regular con amigos y escritores de España.

Primero irá recibiendo los libros de la inmediata posguerra de Ridruejo y Rosales, de Panero y Valverde, la antología sobre las flores en la poesía española que preparó José Manuel Blecua... Más adelante irá recibiendo otros libros que también ansía, Hijos de la ira de Dámaso Alonso (que publica en 1944 la editorial de la Revista de Occidente renacida), o Sombra del paraíso, de Aleixandre (con las correspondientes cartas a cada uno), junto a los números de la Estafeta Literaria o de Destino. Los ejemplares de la revista de poesía Garcilaso también llegan desde 1943, o el semanario El Español, o libros de poetas descubiertos como nuevos –«algo verdaderamente bueno», que es Carlos Bousoño– o escritores como Baroja, porque leen él y Zenobia el primer tomo de sus memorias Desde la última vuelta del camino. El cuarto volumen de esa obra ha sido también, ya en 1948, «el libro más entretenido» que Max Aub ha leído en mucho tiempo, o desde el tomo anterior de las memorias del mismo Baroja, según explica en sus artículos mexicanos. Pero Baroja no para y Max Aub tampoco, porque recibe de España también La intuición y el estilo y Los enigmáticos: Baroja en esos libros, escribe Max Aub, «se afirma más y más en sus liberalismos un tanto anarquistas y no ceja en sus diatribas contra toda clase de dictaduras».[91] Mientras tanto, la negociación de los libros y reediciones de Juan Ramón en Buenos Aires, en la editorial Losada, las gestiona desde Madrid Juan Guerrero Ruiz. Es él quien le informa de las reediciones de sus poemas sin la debida autorización, porque Juan Ramón no quiere darla...

Transmitir la vivencia de la contradicción o la paradoja como ley es el ejercicio más complejo del relato del exilio, como lo es de la resistencia del interior: asumir la simultaneidad del querer hacerlo y no querer hacerlo, como asumieron esa simultaneidad quienes vivieron la derrota en España al mismo tiempo en clave de vida de veras y de vida arruinada, con el ánimo de no empeorar una vida arruinada aspirando a una vida de veras que podía arruinarse por un mal movimiento, por un error, por un delirio heroico. Esa basculación entre afirmación y negación, entre actividad y

pasividad, entre resistencia y resignación que es parte de la morfología ética de la resistencia, lo es también a todas luces de la morfología del exilio. El 14 de julio de 1941 Juan Ramón registra lacónicamente «ya no sé si soy ni de dónde. El tiempo se va y yo paso. ¿En qué terminará todo esto? He perdido toda la ilusión». Dos meses después, el 16 de septiembre, Zenobia cuenta con detalles a sus amigos de España el final de las vacaciones y «la verdad es que, aun cuando sigue delgado, ha ganado muchísimo vigor y renovado interés en la vida. El otro día hasta ha pintado unas preciosas petunias sobre fondo amarillo, y con cuánto gusto, después de tantos años, manejaba de nuevo los pinceles, sentado en la galería de esta casona». Pero el 1 de noviembre vuelve Juan Ramón a diluir los entusiasmos de Zenobia cerrando la carta con esta nota fatalista: «Siempre pensando y hablando de ustedes (de todos ustedes, España) y sin posible alegría ya nunca.» Al mes siguiente, es Zenobia de nuevo quien puntualiza las cosas de su marido, porque pone hasta énfasis para explicar que «de ánimo está muy bien, interesadísimo en su trabajo, en instalarse, en todo».[92] O de otra manera, todavía: mientras Juan Ramón lee El Español o lee ABC y pregunta por los seudónimos que intuye –Eugenio Montes, José María Alfaro, Pedro Mourlane– o se inquieta por si debe escribir a José María Pemán (que entonces es presidente de la Academia Española), no pierde contacto con Rafael Alberti, en cuya colección de Buenos Aires, Pleamar, publicará su primer libro con poemas escritos íntegramente en el exilio, Animal de fondo, en 1946. Para Losada también ha autorizado entonces Vicente Aleixandre una edición de su Sombra del Paraíso publicado en Madrid en 1944, igual que está dispuesto a aceptar la invitación a participar en una antología en 1948 que está organizando desde México Juan José Domenchina con los nuevos poetas de dentro y de fuera.

El efecto óptico de desbarajuste que transmiten estos datos pertenece al desorden natural de las biografías y de la historia. Es el que en alguna medida hemos estropeado con una bifurcación profundamente desorientadora para contar el tránsito de la posguerra y el pleno franquismo en la cultura española. Hemos quedado demasiado atrapados en el criterio geográfico y hemos sido poco sensibles al entramado que fue no sólo el exilio, sino la entera cultura española de entonces. Y si Juan Ramón ha pedido a Juan Guerrero un mapa de Madrid porque le desespera olvidar el

nombre de las calles, Zenobia se reconcilia con su ascendencia catalana leyendo La Costa Brava de José Pla para seguir después con Un señor de Barcelona, que el mismo Josep Pla traduce al catalán en 1951. No cabe imaginar que Ramón J. Sender sea el mismo tipo de lector que Francisco Ayala, pero se tomó la molestia de escribir a Carmen Laforet el 5 de octubre de 1947 para elogiar «ese dominio de la realidad, esa visión directa, sencilla y asombrosamente humilde» de su novela, y se ofrece incluso a tramitar la traducción al inglés, aunque Carmen Laforet ignora entonces incluso que Sender es un importante escritor y novelista exiliado.[93] Hasta veinte años después, en 1965, Laforet no contestaría esa primera carta de Sender, mientras ella viaja por los Estados Unidos, y a punto de conocer personalmente al autor de quien para entonces ya ha leído con devoción Réquiem por un campesino español y andaba sumergida en Crónica del alba. Es el momento en que el ya veterano escritor –mediados de los sesenta– no acaba de acostumbrarse a que sus libros, como los de Max Aub o Francisco Ayala, Rosa Chacel o María Zambrano, Américo Castro, Luis Cernuda o José Bergamín, puedan estar publicándose bajo las mismas condiciones de censura y vigilancia que los de autores que residen en España.

BAJO FRANCO

¿No sabía el franquismo que eso iba a suceder, que tarde o temprano acabaría sucediendo y que tarde o temprano el exilio buscaría la reanudación de relaciones con la derrota del interior y la mira puesta en un futuro distinto? Ningún responsable político del ámbito intelectual o cultural franquista, y mucho menos ningún escritor o creador de algún relieve, ignoraba la subsistencia de equipos del interior sintonizados con el exilio: los procesos de depuración se abatieron sobre ellos indiscriminadamente entre 1939 y 1941 precisamente para que no volviesen nunca más los exiliados, o para que lo hiciesen tan tarde que fuese ya imposible su recolocación en España. Ése fue un objetivo de la Ley de Responsabilidades Políticas y fue el efecto que tuvieron sus dictámenes en torno a la prohibición del ejercicio profesional de por

vida o en un plazo en todo caso de muchos años, tanto para exiliados como para vencidos del interior. Pero sabían que sería una verdad a medias y que ese objetivo no podría cumplirse. La propaganda franquista repitió tantas veces que había acabado con la Anti-España y la España roja, la cochambre liberal y el demonio separatista que incluso parecieron aceptarlo –y tenían razones para creerlo– los propios rojos, liberales o sólo templados demócratas que lo escuchaban o leían una y otra vez dentro de España, sin que nada permitiese desmentirlo, fuera de sus propias personas y conciencias. No hizo falta más exterminio físico de los vencidos del que ya hubo porque la ley del terror automutiló a la inmensa mayoría de quienes sobrevivieron al exterminio real, al encarcelamiento o a la expulsión. A propósito del diario Arriba y la nueva tertulia falangista Musa Musae, con Eugenio d'Ors y Manuel Machado a la cabeza, Pedro Salinas le comenta a Guillén en marzo de 1940: «Da pena ver en esa reunión, aborregados y juntitos, a personas que nada tuvieron ni pueden tener que ver. (...) Me alegro de ver a tantos amigos salvados, aunque adheridos. Pero lo importante es que estén vivos.»[94] Poco después, a medida que va sabiendo más cosas y sigue leyendo el ABC, y recibe libros de Guillermo Díaz-Plaja o antologías poéticas imperiales fabricadas por Rosales y Luis Felipe Vivanco, o la historia literaria de Valbuena Prat, trata de hacer un cuadro básico: «los más groseros escogen el camino carretero» de la adulación franquista y el insulto republicano y «los otros echan por caminos desviados, como la tradición, el espíritu religioso, el imperio, etc., que son formas disfrazadas de adaptarse a la "presión"», que es, evidentemente, «temor, afán de colocarse, bajeza, pobre instinto de conservación». Por eso es tan honrado y tan contundente en su lucidez Pedro Salinas en la evaluación del estado de su exilio: «Nosotros estamos mucho mejor», le escribe Salinas a Guillermo de Torre en enero de 1941, «mil veces mejor. Haremos o no haremos, pero tenemos lo esencial, libertad de hacer. Por gracia verbal nosotros, los desterrados, los echados de tierra, como decía el Cid, nos hemos traído la libertad de espíritu; a ellos sólo les queda la tierra, son los in-terrados.»[95]

Pero desde el punto de vista institucional del sistema cultural, es mucho más interesante y menos obvio advertir otro rasgo más. La descalificación de la derrota y el exilio, el acoso y degradación de

sus méritos, la demonización delirante, enfermiza, de la República no es una verdad creída y sabida sino interesada y sobre todo intimidatoria: el sistema opera como poder criminal y estado de terror, por supuesto, pero no sólo con esa clave sino también con la clave pulsada de odio y repudio, a pesar de que los intelectuales falangistas del sistema y una parte menor de sus cuadros políticos saben que es un embuste ridículo, y saben también que sin las cabezas del exilio y la tradición liberal la España de Franco pierde peso y se desarbola en todos los órdenes de la cultura y de la ciencia. Lo que expresa de veras y radicalmente esa hostilidad feraz es el miedo del débil, pero dueño de las armas, el miedo a que regresen algún día o que puedan influir en el curso de la nueva sociedad de la posguerra. Ése es también el punto de vista de numerosos intelectuales y escritores, pintores o arquitectos. No ha de extrañar en absoluto que Zenobia Camprubí le pregunte en 1940 a Juan Guerrero Ruiz quién es Gonzalo Torrente Ballester, que escribe «con tanta clarividencia» (como asimismo en 1955 Max Aub se lo preguntará al joven Ignacio Soldevila): «es todo lo que él dice y mucho más, aun cuando no esté uno completamente de acuerdo en algún pequeño detalle».[96]

Y es que Zenobia y Juan Ramón Jiménez han recibido de golpe los cuatro números de la revista falangista Tajo que Juan Guerrero les ha mandado, junto con algún Destino, y allí habrán visto el artículo de Torrente Ballester sobre el poder de la inteligencia exiliada y la escasez de la cultura del interior, dormida «en los laureles», se sobreentiende que los laureles de la victoria según Torrente. Vio ese artículo también José Bergamín, claro, y lo reprodujo en España Republicana para que lo viesen convenientemente reconfortados los demás exiliados. Los nombres de la victoria serán enseguida escritores como Ignacio Agustí, Cela o el entonces crítico Torrente Ballester, ensayistas y profesores como Aranguren y Laín, poetas como Rosales o Vivanco: habían ganado la guerra y habían derrotado, entre otros, a muchos de sus amigos y cómplices de aventura intelectual y estética hasta 1936, desde María Zambrano o José Bergamín hasta un ex preso como Germán Bleiberg. Ése era el precio (soportable) de la victoria y eso es lo que lentamente se les fue haciendo menos soportable humana y culturalmente, a medida que la constatación de la miseria cultural e intelectual del interior hizo más aguda la nostalgia de otro tiempo, a medida que la

zafiedad franquista fue rehabilitando la memoria del tiempo que ellos mismos contribuyeron a abolir con la guerra y, sobre todo, con el franquismo ideológico y cultural nacional-católico. Todos ellos, y unos cuantos más, fueron haciendo años después el camino de regreso hacia los vencidos, y muchos asumieron más pasiva que activamente la culpa de haber contribuido a un sufrimiento prolongado e irreparable. Las vías de redención de esa culpa casi nunca llegaron al arrepentimiento, pero sí necesitaron paliar las consecuencias de sus propios actos con rectificaciones parciales o actitudes conciliadoras. Cuando Cela escribe a Américo Castro, Max Aub o León Felipe a partir de 1956, o Luis Felipe Vivanco se acuerda de Bergamín y de Alberti una y otra vez, o José María Valverde trata con Juan Ramón Jiménez para publicar cosas aquí del escritor, no están renunciando al botín de la victoria; están haciendo una ampliación de capital lejos de los socios habituales y tratando de redirigir la victoria con una aproximación cauta a los sectores vencidos. La operación tiene beneficios seguros: no renuncian a la España de Franco, pero aspiran a sumar calidades altas y ajenas a ella. Además tendrán el efecto íntimo de tranquilizar la mala conciencia de la culpa, la mala conciencia de haber sido cómplices pasivos, y a veces activos, de la vejación y la revancha contra quienes no las merecían en ningún caso. La capacidad para ahormarse al nuevo régimen y sus tropelías también cambió y no tenía un fondo inagotable en algunos de los vencedores. Por eso la victoria fue también atomizándose con respecto al triunfalismo compacto de 1939: esa atomización fue visible en medios intelectuales y culturales porque la pobreza de la cultura franquista lo hizo más urgente y vitalmente necesario. Los vencedores más competentes y más íntegros necesitaron reanudar los contactos con el exilio, como necesitaron reconciliarse con el cauce liberal de la tradición, y procuraron favorecerlo en interés propio y cuando fueron capaces de forzar al sistema a hacerlo.

El momento simbólico más relevante es muy conocido. Un vencedor neto como José Luis L. Aranguren publicó en la revista oficial Cuadernos Hispanoamericanos, en 1953, su reacción tardía pero leal a la propuesta de diálogo que había formulado Francisco Ayala desde la revista del exilio Cuadernos Americanos en su artículo de 1949 «Para quién escribimos nosotros». Trata de ser una respuesta honrada bajo las limitaciones del franquismo y de su propia

biografía intelectual y política, y es una reflexión valiente sobre la necesidad que la cultura española tiene de la aportación y la obra del exilio. Fueron varias las revistas del exilio que mencionaron ese texto, entre ellas la revista Bohemia, de La Habana, de gran circulación en Hispanoamérica, y donde Gustavo Pittaluga aceptó la invitación «al diálogo de España» (el 26 de julio de 1953). Pero casi es más interesante su repercusión epistolar, porque Aranguren recibió cartas de corresponsales muy inesperados para ir firmado ese artículo por un hombre de la victoria. En las próximas semanas abriría en su casa cartas nada protocolarias de los distintos exiliados a quienes les había hecho llegar expresamente separata de su artículo, y entre ellos Jorge Guillén, Max Aub o Francisco Ayala. Paradójicamente será el propio Ayala quien pregunte a Max Aub su opinión sobre un artículo que «me ha sorprendido extraordinariamente y no sé si habrá gato encerrado».[97] Sabe lo que dice porque el año anterior ha sido el mismo Ayala quien ha censurado la cicatera presencia del exilio en un divulgado Diccionario de literatura española dirigido por Julián Marías y Germán Bleiberg y publicado en Revista de Occidente en 1949: es «como si nos hubiésemos muerto».[98]

Y es que han leído todos ese artículo, pero casi nadie sabe demasiado bien cómo entenderlo: ¿es tramposo o es leal? Esa inquietud comporta bastante más: ¿empieza a ser posible distinguir entre la voz oficial del régimen y la de aquellos que viven bajo el régimen de Franco, aunque hayan sido miembros activos de la victoria? Un joven de poco más de veinte años como Claudio Guillén da en el clavo cuando responde al artículo de Aranguren. Su carta es de una franqueza inusitada, pero también revirada de cautelas: exalta el «admirable esfuerzo de aproximación, de regreso al manso diálogo», y por supuesto «diálogo liberal también, qué duda cabe», pero sobre todo va al fondo de la cuestión histórica y social, es decir, política: «Si usted fuera otro, no sobresaldría, por su ausencia, la palabra rojo, ni existiría tan evidente contradicción con los ademanes oficiales del actual régimen español» (20 de mayo de 1953). A la fuerza la conclusión de Guillén había de ser la compasión por «los liberales que se hallan en España» y hasta la execración de aquella «terrible, estéril expatriación» de quienes están dentro. Es lo mismo que desea subrayar otro joven profesor en Harvard, Juan Marichal, porque echa de menos en ese artículo la

mención expresa de los políticos liberales y hasta le formula a Aranguren una «defensa telegráfica» de Álvaro de Albornoz, Indalecio Prieto, Fernando de los Ríos o «Negrín, sí, también de Negrín».

En las redes de información sobre España, Max Aub suele estar muy al tanto de lo que pasa, y por eso acude en ayuda de Ayala para contarle «esclarecimientos» que a Ayala le cuadran con lo que otros le han contado también. La perspectiva de Max Aub era poco entusiasta sobre el artículo, mientras que la de Ayala es lo contrario, o cuando menos no obstruccionista: «Yo no creo, dada la situación, que sea lo mejor echarse encima, y cerrarse a la banda, desanimando así las buenas voluntades que son resquicios únicos por los que aquella gente respira, ya que nada de eso tiene importancia práctica en orden al régimen imperante, tan indiferente a las opiniones de los intelectuales de allí como a las nuestras.» Pero sobre todo la puntualización clave tiene que ver con la política, porque Ayala no cree que haya «grupo» en el exilio: «la única aglutinación es de carácter político, y ésa no vale para los efectos actuales y a la fecha de hoy». De ahí que se desmarque de la iniciativa de respuesta colectiva en Cuadernos Americanos (julio-agosto de 1954), y crea que hay que abandonar «toda apariencia de equipo». Sólo un año atrás, Max Aub dejaba de nuevo anotada en sus diarios la decepción por sus colegas de exilio, y esta vez a propósito de un folleto de Indalecio Prieto, que despacha privadamente sin piedad: «Basura sobre basura.»[99] Es un rastro más de su talante general: «Ya estoy cansado de riñas con los emigrados, entre los emigrados, contra los emigrados. Que hagan lo que quieran.»[100]

Ayala invitó al propio Aranguren a escribir en su nueva revista La Torre, en Puerto Rico, y en su cuarto número de 1954. Aranguren escribió sobre la vida intelectual de la España del interior, del mismo modo que lo había hecho Guillermo de Torre comentando diversos artículos del interior, y entre ellos uno de Julián Marías y otro de Aranguren. Guillermo de Torre se lo había anunciado a Aranguren por carta, o eso puede deducirse de la que le mandó espontáneamente sobre su artículo, «tan pulcro de intenciones, tan noble de acento». Aranguren debía de imaginar el «ávido, apasionante interés» con que lo había leído: las razones

suplementarias para leerlo de ese modo tenían que ver con su inmediata biografía porque acababa de estar en España, tras catorce años sin pisarla, y porque no había perdido el contacto con Julián Marías.

Entre los intelectuales del interior, el busilis del exilio tenía que reaparecer a la fuerza una y otra vez, al menos en privado. Reapareció la resistencia comunista después de la guerra y reapareció tímidamente el republicanismo heredero de la tradición socialista de preguerra; reaparecerían los movimientos cristianos de solidaridad y justicia social y también reaparecería la ansiedad por insertar la cultura española en los circuitos europeos modernos. Incluso se oyeron (en el interior y en el exilio) las llamadas a un federalismo resolutivo. Todo empieza a suceder en esos años como si entre el pelaje del paquidermo creciesen las malas pulgas de una resistencia que no tiene para mucho más, pero al menos enreda e incordia, y hasta obliga a hacer campañas de acicalamiento o apaños de imagen después de la feliz inmovilidad aparente de todo hasta 1950.

El exilio fue siempre para el régimen un problema aplazado a conciencia, reprimido y represaliado como lo fueron los testigos mudos de la derrota en el interior. Pero dentro del propio sistema franquista irrumpió de nuevo la realidad: para las clases intelectuales del régimen, para sectores universitarios e ilustrados, para algunos jerarcas falangistas, la evolución y la estabilidad del sistema aconsejó cambiar de estrategia, aunque fuese sólo de manera transitoria o a modo de prueba. En un corto período de tiempo, en los años cincuenta, se buscó el efecto simbólico y dignificador de alguna repatriación de científicos exiliados, se sondeó a escritores, se procuró cierta tolerancia con la información sobre ellos, y hasta algunas revistas del sistema favorecieron la información sobre el exilio. Fue el caso ya no sólo de las muy minoritarias revistas Ínsula o Leonardo o Raíz, en plenos años cuarenta, sino también de otras de información general como Destino, como Revista o como Índice. No cedían a los vencidos las razones de la victoria pero aspiraban a dignificar el presente con la magnanimidad del vencedor que (una década después) adopta la reconciliación vigilada como condición de subsistencia y reforzamiento. Y desde entonces se leen en España cosas de o sobre

Max Aub y de o sobre Jorge Guillén, y lo mismo sucede con Juan Ramón Jiménez o León Felipe, Francisco Ayala o Josep Ferrater Mora, Joan Oliver o María Zambrano, José Bergamín (que ha vuelto a Madrid en 1959) o Luis Buñuel, que reside en España en 1960.

El nacionalismo de pura estirpe liberal de algunos personajes tan insólitos como Juan Ramón Jiménez se hace también ejemplar, y casi extravagante: rechaza cualquier oferta de regreso y sin embargo, y seguramente animado por Zenobia, aspira a comprometer en 1953 al ministro Joaquín Ruiz-Giménez en una magna obra en torno a la geografía americana de la arquitectura colonial española..., después de haber escrito a Carmen Laforet para elogiar su novela Nada (y agradecer los versos del autor que puso ella como exergo) y poco antes de expresar a Antonio Vilanova en 1953 el aprecio con que sigue el semanario barcelonés Destino. Es una «revista que siempre me gustó y me sigue gustando por su heroicidad. Admiro mucho a quienes la sostienen en esa gran ciudad y soy antiguo lector de algunos de sus sostenedores», incluido Ignacio Agustí, de quien le gustó mucho su «novela grande» de unos años atrás, que debió de ser Mariona Rebull. Sin embargo, otros exiliados no lo ven igual, y quizá algo tiene que ver el desorden incipiente de la nueva situación: Destino es para algunos exiliados catalanes la encarnación misma del diablo colaboracionista con Franco y la lengua del Imperio, Josep Pla su sumo hereje y casi la causa general de la decadencia de Cataluña. Vilanova había escrito con entusiasmo y lucidez sobre Animal de fondo en ese semanario barcelonés y Juan Ramón le había escrito con gratitud para acabar incluso ofreciendo su colaboración en la revista. El receloso Juan Ramón se decide también a escribir sobre Ortega para celebrar sus setenta años, y lo hace a pesar del descrédito de Ortega en el exilio durante esos años, y también a pesar de que sus páginas aparecerán en una revista muy señalada, Clavileño, porque pertenece al think tank del franquismo, el Instituto de Estudios Políticos. Su artículo, a cambio, perfila admirablemente el significado de Ortega sin callar que algunos de sus libros se salvaron «del pillaje de 1939 en mi piso de Madrid, pillaje particular, de ladrones de oficio, y no dirijido por ningún grupo político».[101]

No es Jauja, por supuesto. Pero leer eso en España pudo ser causa

de infarto de miocardio para muchos de los suscriptores de la revista, porque nadie hablaba así ni nadie hablaba de eso, ni era tema público el común saqueo de bibliotecas y casas de exiliados, ni era esperable la firma de un poeta exiliado en papeles oficiales. Se había abierto por un tiempo una vía algo más hábil y con apariencia más generosa: escatimar permisos, pero conceder algunos (para los libros de Cernuda, de Adolfo Salazar, por ejemplo), tolerar vueltas discretas pero sin declaraciones (para José Bergamín o Luis Buñuel o Antonio Sánchez Barbudo, por ejemplo), autorizar artículos o libros o revistas con cosas del exilio, pero suspendiendo o censurando esto y aquello (para Max Aub, Rosa Chacel o Ramón J. Sender, por ejemplo). El riesgo de seguir excluyendo de los circuitos culturales y académicos españoles al exilio era demasiado alto en términos de imagen del franquismo pero también de elemental higiene socio-cultural. El sistema franquista es complejo y en su interior se engendran también tensiones entre quienes siguen anclados en la victoria de 1939 y quienes creen que la perduración misma del sistema pasa por flexibilizar sus posturas. Políticamente es más oportuno en el mal sentido de la expresión. Responde a un cálculo de intereses en términos de neutralización del bochorno interior, pero también en términos de abuso: el abuso del poder sobre el desvalimiento y la nostalgia, el deterioro de las viejas convicciones de tantos que se sintieron tentados a un regreso con honor o sin demasiada deshonra (como aspiró a ello Ramón Gómez de la Serna). La deuda de ecuanimidad y justicia pendiente desde 1939 seguía igual veinte años después. Pero la conciencia franquista podía tranquilizarse a sí misma cristianamente con gestos que vistos desde el interior noqueaban al extremismo franquista y marcaban una inflexión políticamente significativa. Englobarlos a todos en el mismo patrón manipulador, sin embargo, podría resultar igualmente injusto: cuando ya en 1962 Luis Felipe Vivanco teme agoreramente las gestiones de Fraga como nuevo ministro de Información y Turismo no prejuzga el comportamiento del grupo de amigos habitual (Rosales, Aranguren, Ridruejo, Valverde, Laín, Marías). Lo que hace es adelantarse a plantear en privado un grave problema de conciencia y biografía política que tendrá repercusión pública: ¿colaborarán en aquello que Fraga sabe que pueden recibir con buenos ojos, a cambio de cesiones que no harían a gusto o con la conciencia tranquila? La voz de Vivanco no es ya por entonces la de

ningún triunfador, sino la de alguien cerca de un abatimiento del que casi no va a salir: «Fraga va a ser más incómodo, porque intentará incorporarnos de alguna manera, creo que la vuelta en septiembre a Madrid va a ser divertida y difícil.» Es una manera informal de explicarlo, desde luego, pero sin duda está hablando de los precios de conciencia que llevan muchos años pagando y de la capacidad de cada cual para no seguir devaluándola.[102]

Ése fue el resultado, en parte, de la actitud que este grupo instigó en el Ministerio de Educación desde los primeros años cincuenta, cuando algunos científicos e investigadores fueron invitados a regresar sin que nada sustancial llegase a cambiar, pero sí algo simbólico. Desde la perspectiva franquista, ésa no era una deuda prioritaria ni demasiado relevante, más bien al contrario: la perpetuación de la condición de exiliado estaba en relación directa con la perpetuación del propio régimen porque la modificación del uno podía alterar el orden del otro. Y desde luego el régimen franquista no tenía la menor intención de mover esa relación de fuerzas. Se trataba de algo distinto en esta nueva fase, que encabeza políticamente un jerarca reciente del sistema, Manuel Fraga Iribarne. Joven con ambición, con gestos de conciliador, pero encargado de conmemorar con una gran campaña propagandística desde el Ministerio de Información los 25 Años de Paz en 1964. Se trataba de asumir como tarea política de la dictadura, a lo largo de la segunda mitad del franquismo, la reagrupación de la diáspora bajo cobertura y protección del régimen franquista, como acto de magnanimidad tras una victoria que es capaz ya de tolerar esta y aquella edición, la presencia de este o aquel exiliado, y al mismo tiempo está alerta para volver a expulsar al exiliado que se obstine en exceso o se confunda sobre los límites de la tolerancia graciosa del régimen (como le pasó a Bergamín y les pasó a tantos antifranquistas jóvenes que empezaron entonces su exilio, desde Miguel Sánchez Mazas a Ignacio Sotelo o Francisco Farreras, por mencionar sólo a algunos de los exiliados por causas políticas). En la perspectiva franquista era un modo de expresar la nueva flexibilidad del sistema con quienes se habían equivocado de bando, mientras que para el sector menos radicalizado del exilio, abría una fisura en la convicción inamovible y permitía fabular con el regreso real o en ausencia aunque Franco siguiese en el poder. Algunos lo fueron haciendo, otros empezaron a pensarlo, y muchos desistieron

siquiera de pensar en ello. Eso sucede cuando la clase intelectual de la victoria –los pocos falangistas que van dejando de serlo y católicos en vías de desintoxicación fascista– entiende que ha de poner algo de su parte para que la competente inteligencia exiliada no siga indefinidamente vinculada al exterior y la cultura española pueda volver a pivotar en Madrid alguna vez. Y algunos de los jóvenes, otra vez los jóvenes, perciben desde dentro, a pesar de crecer en pleno franquismo, el valor del exilio, y lo perciben casi siempre por razones de carácter histórico: porque pertenecen a familias derrotadas, porque su memoria es la de la España vencida, porque su pasado mismo se halla en el exilio, y quieren o aspiran a restituirlo aquí.

UNA RED CULTURAL

Pero ésa es ya una etapa casi festiva, aunque estemos todavía en la casa franquista. Los años cincuenta iluminaron con neón falso y esperanza muy volandera la posibilidad de que el sistema se reformase desde dentro con poco esfuerzo, pero la cosa había empezado mucho peor, en plena borrachera de guerra política y triunfo eclesiástico. Lo conmovedor es todavía la fe con la que algunos quisieron guardar la memoria de la derrota, exiliada o no. En la autobiografía del pintor Antoni Tàpies se despliegan un sinnúmero de pequeños detalles que explican su sentimiento de proximidad a la cultura de la República, como si el hecho de haber nacido en un domicilio y una familia de la derrota fuese un signo velado de pertenencia a la comunidad exiliada, porque en ella se vive figuradamente y con ella se aspira a conectar necesariamente. Con la entrada en Barcelona de las tropas franquistas en enero de 1939, en casa de Tàpies queman materiales comprometedores desde el punto de vista político y catalanista, pero no llegan a quemar un espléndido número de la revista de arte D'ací i d 'allà, dedicado al arte nuevo del siglo XX. Ese número de 1934 estará en manos del joven muchacho también en plena posguerra, porque lo tiene en casa, pero lo habían dirigido un futuro exiliado e impulsor del GATCPAC, Josep Lluís Sert, y un futuro derrotado en el interior, Joan Prats, fundador del ADLAN y continuador de esas mismas

actividades a favor del arte moderno en el interior. Y ambos fueron estrechos amigos y colaboradores de Joan Miró antes de la derrota y siguieron siéndolo después, desde dentro y desde fuera: Prats sería su representante y Sert fue amigo y responsable del taller del artista, construido en Mallorca en 1953 tras proyectarlo en una larga visita del pintor a Nueva York en 1948. Después fue Sert quien se hizo cargo de la Fundació Joan Miró en 1969, en terrenos por cierto de la montaña de Montjuïc que habían sido escenario del abracadabrante Congreso Eucarístico de 1951 celebrado en Barcelona. A Tàpies y a tantos otros jóvenes artistas, les cambiaron la vida tanto el exiliado como el derrotado del interior.

Francisco Ayala se preguntaba en 1948 lo que muchos se preguntarían más tarde y le darían la razón en su respuesta frente al instinto y el sentir nacionalista: lo justo y deseable, a pesar de ser refugiados, era asumir la integración en el país de llegada, precisamente para rehuir «la actitud provinciana –engreída, sí; mas carente de verdadero aplomo: provinciana– que hoy prevalece también en el viejo solar». Es una actitud valiente tanto por lo que comporta de gratitud al país de acogida como por lo que tiene de tempranera llamada a detener el victimismo como respuesta humana y emotiva: la alternativa a México o Roma es la quimera soñada de victoria que no sucedió. Pero el dato más valioso es de fondo: la cicatriz que no se cura, la herida que mana es la de la patria y el sentimiento de patria. De la misma manera que la propensión mitificadora de la lírica de Alberti encontró una horma dramática y crónica en el exilio (pero había empezado ya con la pérdida juvenil del mar de Cádiz sin exilio alguno del país), en Cernuda la nostalgia se reviró de estoicismo y ataque cada vez más seguro de sí mismo, cada vez más afirmado en sí mismo porque el exilio liberó la posibilidad de una nueva identidad: el descubrimiento mismo de la lírica anglosajona y los primeros diez años en Inglaterra cuentan como años felices de su corta e infeliz biografía, no como penalidades mayores a las que hubiera podido vivir en España, como él mismo contó en el ensayo autobiográfico clásico que es Historial de un libro. Libre de la sofocación nacionalista, Ayala comprende desde 1948 que la única actitud inteligente, y es la que predica él, tiene que ver con reconocer en el emigrado «posibilidades de un nuevo desarrollo para su pensamiento a partir de las concretas condiciones del medio

ambiente en que ahora trabaja», y desde luego a partir de las concretas condiciones de la realidad española actual. Ayala sabe que el enclaustramiento en la colonia exiliada viene a traducirse en una forma enfermiza de simetría con España, «con el secuestro de España» bajo Franco. Se trata de evitar a toda costa esa especie de atadura patriótica que no justifica el hecho de ser exiliado ni víctima y que hace reaccionar contra el país de acogida –México o Argentina o Chile– a los exiliados «como verdaderos fascistas»: la elección de la comparación es de Ayala y delata más que ninguna otra su irritación ante una tipología moral extendida de exiliado.

Y esa nueva actitud anuncia y ratifica la voluntad de intensificar los contactos con España. Adolfo Salazar comparte muchas cosas del exilio con Luis Buñuel, hay muchas otras que los separan, de carácter más personal que político. Pero importa notar lo central, y es que ambos tienen en la cabeza la conciencia de unidad cultural y de vocación de futuro posfranquista. En México Salazar no mantiene relación con Buñuel, porque le parece que actúa como una vedette del cine, y a pesar de que, según él, siga haciendo cosas valiosas como Los olvidados, también hace buñuelos inservibles... Adolfo Salazar sin embargo sí comparte una medida profiláctica con «S. A. Buñuel» y es la reserva a reunirse con medios españoles exiliados. No es habitual de la «vida de café» que siguen haciendo muchos de ellos, aunque sin duda sí habrá acudido a escuchar a Nicanor Zabaleta, del mismo modo que no ha perdido la relación con Regino Sainz de la Maza ni su admiración por él. Sainz de la Maza fue quien recogió en Madrid los libros y papeles de Salazar a la muerte de su madre en 1940 y algún otro amigo debió de mandar eso a México, a medias con Ernesto Halffter. Cuando un hombre del sistema musical franquista como Sainz de la Maza sea invitado a Nueva York en 1952, Salazar escribirá a Virgil Thomson del New York Herald Tribune para recomendarle enfáticamente la asistencia a ese concierto porque «Sainz de la Maza es el guitarrista español que no concibe su arte como un simple adorno sino como la representación viva de las grandes épocas de la vihuela española del siglo XVI...». Y evidentemente lo ha acogido en México cuando es invitado en agosto de ese mismo año para interpretar el celebérrimo Concierto de Aranjuez de Joaquín Rodrigo, que fue el emblema de la nueva música del nuevo Estado desde su estreno en el Palacio de la Música de Barcelona en 1939 de la mano del mismo Regino Sainz

de la Maza.[103]

Para entonces Salazar ha reanudado relaciones personales y epistolares con el compositor y viejo amigo Salvador Bacarisse. Sabe que en 1953 otro gran instrumentista, Narciso Yepes, estrenará su Concertino en la menor, op. 72, con la presumible asistencia de los amigos habituales de Narciso Yepes en Madrid, es decir, el grupo de falangistas en tránsito y también animadores de la reanudación de contactos con el exilio en torno a Ridruejo, Julián Marías, Pedro Laín, José Luis Aranguren o Luis Felipe Vivanco... Salazar celebra la consagración que en esos años vive ya Bacarisse como compositor en Francia, y ha podido retomar también el contacto al menos indirecto con su estimadísima Pilar Bayona, pianista en plena actividad entonces, y en gran medida gracias a la iniciativa espontánea de un joven aragonés muy devoto de Salazar, Luis GarcíaAbrines. Un poco antes este muchacho ha puesto en marcha el grupo musical Sansueña: le informaba de él en una carta de 1950 que no llegó nunca a Salazar, pero sí las siguientes con los programas del grupo y datos sobre sus actividades. Salazar aprovecha la respuesta para intercambiar información y le cuenta una iniciativa ya consolidada en México. Bajo el nombre de Nuestra música se reunieron músicos españoles (Salazar, Bal y Gay y Rodolfo Halffter) y mexicanos (Carlos Chávez, Sandi y Moncayo) para editar una revista y una colección con financiación pública. Salazar le hace mandar a España todo lo publicado en México hasta el momento, mientras le cuenta las vidas de Rosa García Ascot y Bal y Gay, que se han casado allí. No calla tampoco que el empeño del grupo aragonés Sansueña le parece a Salazar «de una valentía y una altura intelectual incalculables para nuestros tiempos», sin que haya variado su posición en ningún sentido: «el lema de “lealtad” continúa a través de los tiempos y los mares, y la que se debe a los amigos está en primer lugar».[104] Está pensando en Pilar Bayona –que había estado en la Residencia de Estudiantes y fue pianista central del grupo de amigos de la República Óscar Esplá, Rodolfo Halffter, Salvador Bacarisse, todos en el exilio– y no ha dejado de pensar que algunas reediciones de sus libros de antes de la guerra podrían hacerse en España. Le manda a Zaragoza los que tiene en mayo de 1951, aunque también sabe que «hay algunos que no atraviesan la cortina de hojalata». Por eso la reacción de Luis García-Abrines, a la vista de los papeles que manda Salazar, es

categórica: «¡Satanás mío!, que en España no haya una revista musical», le escribe en enero de 1952, «y que ustedes publiquen ahí en México una de semejante categoría.» Los libros de Salazar le desaniman de escribir sus propios libros, y era previsible que acabase esa carta constatando que «usted hace más falta cada vez en España (¿cuándo llegará ese momento? ¡Corriendo iría a buscarle al puerto!). Pero también hace falta una buena escoba y mucho DDT, si no una bomba atómica», que es lo que explica que el afán de ese joven músico sea, como es lógico, salir de España: «mi proyectado éxodo a Francia o a donde sea me ha ocupado muchos meses y aún no he conseguido nada. Decía usted que en América todo es ersatz, pero yo he de confesarle groseramente que aquí todo es mala leche».[105] Por supuesto, esta carta no circuló por correo ordinario sino con porteador, pero parece que ya da igual si lo ve o no la censura de correos, o en todo caso han aprendido a expresar de modo atenuado el deseo de salir. Ya apareció atrás un aragonés también con ganas de irse, José Manuel Blecua, y podemos añadir a otro, Ildefonso-Manuel Gil, que se confiesa también ante su viejo amigo Ramón J. Sender como autor de «dos o tres libros llenos de amargura» y sin titubeos acaba su carta casi como si nada, «oye, ¿podrías conseguirme un contrato por un año en alguna universidad de por ahí?».[106] Otros muchachos hicieron travesías semejantes: fue el caso de Eugenio de Nora o de Ignacio Soldevila, cuyo entusiasmo por la obra de Max Aub le impulsó a salir de España, como harían algunos otros, tanto si decidían ya instalarse fuera como si decidieron volver.

También el jesuita Higinio Anglés ha buscado el contacto epistolar con Adolfo Salazar. Es desde 1943 director del Instituto Español de Musicología y se muestra devoto seguidor de sus libros, como le explica que lo son también «los muchachos que hacen esa Ínsula barataria de Madrid». Le han dedicado en 1954 una página y pico a los libros de Salazar, aunque se quejan de que no les lleguen algunos de los publicados en México. Dámaso Alonso sí tiene La música en la cultura griega, porque se la mandó Salazar, pero «no les ha dejado verlo». Los que seguro que vieron fueron los publicados el año anterior en Madrid, 1953, y de los que se hizo cargo la colección Austral de Espasa-Calpe: los dos tomos de La música de España, y poco después las ediciones de la Revista de Occidente publican los Conceptos fundamentales en la historia de la

música (que son los que han entusiasmado a Higinio Anglés).

En esos años algunas cosas más han cambiado dentro, y el impacto de oír hablando en catalán y en público a Carles Riba desde Segovia, con Eugenio Montes a su lado, y en defensa consensuada con Dionisio Ridruejo de la libertad de usar y escribir el catalán, no es pequeña cosa en el orden simbólico del sistema franquista. Entre 1952 y 1954 se han convocado los ya famosos Congresos de Poesía, que tratan de visualizar la voluntad de ensanchar la rigidez intelectual del régimen. Riba es uno de los escritores que salió por Portbou en 1939, iba con Machado y Corpus Barga, con Pompeu Fabra y María Zambrano, con Emilio Prados, Jarnés y tantos otros. Era rojo, sin duda, pero en su caso eso quiere decir nada más que era un liberal conservador sin otra significación política de izquierda que escribir en catalán, y por antonomasia era por tanto un rojo separatista, aunque no fue en su vida ni rojo ni separatista. Regresa del exilio en 1943 y, por supuesto, como hicieron todos, no pierde contacto con los exiliados. Desde Barcelona le pide en abril de 1947 a Joan Oliver, que está todavía en Chile, Las formas de la vida catalana que ha publicado Josep Ferrater Mora con considerable resonancia en los medios del exilio y una lenta pero firme llegada a España. El libro tiene nada menos que tres años, porque apareció en 1944, y se había editado también en Chile en catalán y en castellano. Desde muy temprano se convertiría en un libro de referencia, por mucho que las condiciones clandestinas de su existencia impidieron que se entendiese rectamente entonces ni se atendiese tampoco después a la evolución del pensamiento de Ferrater Mora con respecto a ese juvenil ensayo. Muy expresivamente, en marzo de 1950, también Riba le pide al novelista Xavier Benguerel, todavía en el exilio y buen amigo de Ferrater Mora, algún favor más, y es que ha sabido que Ferrater Mora ha escrito con elogio sobre las Elegies de Riba y no quiere perderse esas palabras a causa de la distancia. El sabio catalán por antonomasia estima el juicio de ese joven del exilio hasta el extremo de escribirle a Benguerel que «me llenan de orgullo, viniendo de quien vienen: son de las que recompensan del esfuerzo, de las que consolidan una carrera», de la misma manera que mantendrá informado a Benguerel sobre sus movimientos en Madrid hacia 1950 –«no creo que los contactos con ciertos intelectuales de allí resulten estériles»–,[107] que son los que llevaron

a los Congresos de Poesía y a la brega inútil para conseguir una revista en catalán.

¿Es raro todo esto? Es simbólicamente raro: desde el interior se reclaman libros de los exiliados, porque se puede hacer, porque llegan si se buscan, porque se necesita que lleguen y se quiere que lleguen. El camino inverso sucede también, y a veces por extravagantes caminos, porque la reunificación cultural exige reforzar los contactos. En el interior empieza a hervir un muchacho que no dejará ya de hacerlo durante muchos años para convertirse en uno de los grandes ensayistas de las letras hispánicas del siglo XX. Joan Fuster es un valenciano de treinta años en 1952 que va para poeta, ha sido criado y ha crecido en el nacional-catolicismo e inexplicablemente será sobre todo ensayista, aunque sólo esté empezando a descubrirlo de forma cabal. Lo hará en gran medida gracias a la publicación de su primer libro, La poesia catalana fins a la Renaixença, publicado en 1953 pero no en Valencia o Barcelona sino en México, y financiado por los catalanes de México. Y desde luego Joan Fuster no es tampoco ni un rojo peligroso ni alguien desconectado de la vida de su muy franquista ciudad. Escribe en el diario Levante, por supuesto en castellano, y nadie sabe apenas quién es en Barcelona, aunque pronto saltará a Destino. O lo sabe justo quien tiene que saberlo para que sus labores prosperen, porque lo sabe Rafael Tasis. Es un político y escritor catalán que ha regresado del exilio en 1948 y se ha convertido desde entonces y de manera muy metódica en una suerte de cónsul del exilio en Cataluña porque por sus manos pasan la mayor parte de las colaboraciones del interior que aparecen en las revistas catalanas en el exilio. Mientras Vicente Llorens se siente aún incapaz en esos mismos años de escribir en una revista valenciana que incumbe a su íntimo amigo Ranch, Joan Fuster escribe desde la misma Valencia para las revistas del exilio Pont Blau y La Nova Revista: ambas tienen en su consejo de redacción a Vicenç Riera Llorca, con quien Joan Fuster ha de mantener en esos años una correspondencia intensa y regular a propósito de esas colaboraciones. Igual que había hecho Carles Riba con Xavier Benguerel, Joan Fuster también ha de pedirle a Riera Llorca los libros de Ferrater Mora: sabe de él, evidentemente, gracias a las mismas revistas del exilio que reciben clandestinamente en Valencia y en algunos domicilios de Barcelona, como seguirá sucediendo durante muchos años con esas y con otras

revistas y libros del exterior. Incluso hay de nuevo alguna revuelta más, casi cómica: es Joan Fuster desde el interior, y en 1953, quien sugiere a Riera Llorca que pidan colaboración a Ferrater Mora, que desde 1949 está en Estados Unidos pero escribe en revistas del exilio, como Realidad, o catalanas, como Germanor, o del interior como Theoria, y después en Índice o Ínsula, y todavía no escribe en las que promueve Riera Llorca, aunque debería hacerlo.[108]

Pero alguien que no es un joven como Joan Fuster, sino un catedrático de Historia de la Universidad de Barcelona, acude a la misma estrategia de reunificación de fuerzas con el exilio. Jaume Vicens Vives ha sido un hombre de la victoria en 1939 y ha puesto su firma en papeles y libros con gruesos trazos franquistas. Pronto, sin embargo, y sobre todo desde finales de los años cuarenta, ha encontrado las vías para ejercer un papel de árbitro astuto y pragmático entre el poder cerril y las posibilidades de reanudar un cauce cultural más abierto y más catalán también. Sus contactos oficiales y con el Opus Dei son simultáneos a sus contactos con Josep Pla y el entorno de Destino. Y todo es simultáneo a su voluntad de enlazar con el exilio para explicar lo que se propone hacer desde su cátedra en Barcelona, con la fundación del Índice Histórico Español y su Centro correspondiente en la Universidad de Barcelona. Y cuenta esas cosas a quien imagina que puede estar interesado en saberlas: en marzo de 1954 ha escrito a Ferrater Mora presentándose formalmente porque no se conocen ni se han escrito hasta entonces aunque sin duda habrán estado en las conversaciones de otros amigos. Ferrater Mora mantiene correspondencia con muchos de los escritores españoles, y ha escrito en esos años sobre Julián Marías y sobre Laín Entralgo, en Books Abroad o Hispanic Review, y también desde luego sobre quienes estaban fuera de España como él, desde su maestro en la Universidad de Barcelona, Joaquim Xirau, hasta Américo Castro, José Gaos, Pedro Salinas, Arturo Barea o el propio Ortega y Gasset.

Lo primero que hace Vicens Vives es lamentar su ignorancia de los libros de Ferrater Mora: no ha leído Las formas de la vida catalana ni ha leído tampoco el Diccionario de filosofía ni sabe de otros títulos suyos más propiamente filosóficos o más netamente ensayísticos. Vicens Vives es un hombre sin duda muy bien informado, e iba a ser cosa de meses reparar esa carencia porque en

agosto de 1954 es otro joven muy vinculado con el exilio y la resistencia del interior, Albert Manent, quien firmaba un extenso artículo titulado «Ferrater Mora y sus ensayos catalanes» en las páginas de Ínsula (cuando Joan Oliver ya había hecho el suyo en Destino). Manent trataba de cuanto había publicado el joven filósofo sobre Cataluña y sobre escritores catalanes, pero no en razón del asunto tratado sino de la lengua con que escribe, porque «muchos de los que estiman las obras citadas [su Diccionario, las Variaciones sobre el espíritu] no conocen los ensayos catalanes del autor».[109] En todo caso, Vicens Vives le explica su proyecto de manera muy estudiada porque el esfuerzo por «rehacer una vida en medio del hundimiento general del país» ha sido «un trabajo titánico (...) Yo soy de esos que se quedaron –quizá no hubiese hecho lo mismo si hubiese podido prever la dureza de la lucha– porque creía que el país tenía remedio y que era absolutamente necesario que todos pusiésemos el cuello en el trabajo de enderezarlo (...). Del mismo modo que otros han salvado la continuidad del país en las letras y en la ciencia, yo he conseguido que no se interrumpiese el cauce de nuestra historiografía». [110]

Es ése un episodio más de la reconstrucción de la razón democrática, pero lo es también en su voluntad de aunar al exilio y sumarse a él. El propio Ferrater rehuyó hacerse portavoz de una comunidad victimista porque le encajaba mejor la ampliación de los límites, los horizontes más anchos y creadores, como a Vicens Vives pudo llegar a tentarle seguir el camino de otros maestros de antes de la guerra. Tendrán ocasión de estrechar los lazos personales desde ese mismo verano de 1954, porque se verán en un pueblo catalán con Josep Pla de anfitrión. La tenacidad y la constancia de unos y otros, en el exilio o dentro, son ingredientes morales de un programa de continuidad de mayor alcance y con vistas de futuro. Cuando Vicens le habla de sus libros recientes, como Aproximación a la historia de España y Noticia de Cataluña (1954) le explica que se propone con ellos «redirigir a la burguesía hacia sus posiciones tradicionales del siglo XIX, sacándole de la cabeza el tinglado de los mitos actuales y del corazón ese miedo que no la deja actuar ni vivir».[111] El enfoque ético e ideológico implícito sintoniza del todo con el del exiliado Ferrater Mora, pero más admirablemente aún sintoniza también con el que expresa el gran periodista Agustí Calvet, Gaziel, mientras redacta en Madrid, fatal y melancólico, las

notas de su dietario Meditacions en el desert.

Las primeras líneas de la reseña que Aranguren publica en Ínsula, en enero de 1955, están también escritas calculando el peso y la intención de cada palabra, a propósito precisamente de Ferrater Mora: «Es verdaderamente extraño que Ínsula, atenta siempre a la obra auténtica de los escritores españoles, haya demorado el dar cuenta suficiente de El hombre en la encrucijada», porque el libro se había publicado tres años atrás, en 1952. Las formas de la vida catalana tenía edición catalana en la Selecta de Barcelona desde 1955 y en castellano se podría leer reelaborado y corregido (como siempre en el caso de Ferrater) en Tres mundos: Cataluña, España, Europa, publicado también en Barcelona en 1963 por Edhasa: faltaban tres o cuatro años para que una antología cabal de su obra ensayística y filosófica, Obras selectas, apareciese en Revista de Occidente en 1967 y para que Joaquín Marco, otro nuevo joven, lo reseñase con entusiasmo y amplitud en Destino. Hacía dos años que Helio Carpintero había tenido la virtud mayor de aunar en un solo cauce y estudio Cinco aventuras españolas que eran del interior, Laín, Aranguren y Marías, y del exilio, Ayala y Ferrater Mora, como si hubiese que imponer por la fuerza de la inteligencia la evidencia latente de una fluidez de contactos e intereses comunes que la arqueología política del franquismo ya sólo podría asumir.

IV. DEMOCRACIA CANÍBAL

La tentación de creer que son casos excepcionales o rarezas, que esos contactos se ciñen sólo a unos pocos nombres, es mejor desestimarla sin dar más vueltas. Carecemos de esa historia e ignoramos el pormenor de relaciones discretas por fuerza y todavía escasamente contadas, pero eso no autoriza a obviarlas porque fueron parte muy fértil y muy vulnerable de nuestro mejor pasado, por debajo de la historia visible y desde luego sólo tangencialmente vinculadas a la historia política e institucional del franquismo. Son los hilos de una red de relaciones que explica la actividad sostenida y estimulante que fue viviendo un sector minoritario de la sociedad española desde los años cincuenta. La mirada de hoy, o la mía al menos, prefiere reconstruir esos espacios acosados, tímidos, mejor que seguir deplorando solemne y rutinariamente la inmovilidad gotosa de las letras y la sociedad franquista.

Por supuesto que Juan Ramón Jiménez no es un nombre popular de la España de 1950, pero es el nombre mayor de la poesía española viva, y es también el poeta que han leído y seguirán leyendo los jóvenes poetas aunque no sepan que su candidatura al Premio Nobel en 1950 (que no prosperaría) va respaldada sólo por C. M. Bowra mientras que la de Ramón Menéndez Pidal (que tampoco prosperará) lleva el respaldo del Estado español y varias academias. Y tampoco pueden saber entonces, pero sí debe contarse hoy, que el enlace de Juan Ramón y su mujer Zenobia con España se hace meticuloso e intenso durante el exilio a través de Juan Guerrero Ruiz, hasta el extremo de que sintieron «viva a España, y a nosotros dentro de ella» gracias a él. Y también gracias a José Luis Cano, y al hecho de que Ínsula reivindica repetidamente su nombre a través de Ricardo Gullón o Ramón de Garciasol (seudónimo de Miguel Alonso). Juan Ramón intentó publicar su primer libro tras la guerra en España en los años cuarenta, pero no culminó ningún proyecto hasta 1953: entonces firma tres contratos con los editores Aguilar, Ruiz-Castillo y Afrodisio Aguado, aunque tampoco llegarán a prosperar. En una revista oficial como Poesía Española publica en 1954 uno de sus grandes poemas en prosa, Espacio, que en parte había aparecido ya en la revista Finisterre en 1948, y que junto con

buena parte de la poesía del exilio irá a parar al grueso tomo Tercera Antología Poética, aparecido en la Biblioteca Nueva de Madrid en 1957.[112] Son datos que no documentan la generosidad del franquismo, ni rebajan la abyección esencial a un sistema de poder dictatorial y antidemocrático; documentan la persistencia de un trenzado de vínculos que el exilio no rompió porque hubo vencidos o resignados a la victoria franquista que no perdieron las ganas de seguir contando con el exilio y el mejor pasado, aunque fuera en esa forma epigonal.

HUIR DE AQUÍ

Y son esos nombres, los del interior, quienes mejor saben que el pasado no regresará de ninguna de las maneras, ni figurada ni simbólica. Lo saben todos los que han habitado la posguerra por algún tiempo, o todos los que siguen al corriente de lo que sucede en ella. Esa restitución del pasado será imposible precisamente porque ya es distinta la sociedad española, incluso en sentido positivo: todo en ella no se reduce nada más que al puro fascismo obtuso ni a alabanzas indecentes al poder. Y tampoco cabe reducir el retrato ético y cultural a la claudicación soez al interés, el cálculo y la mediocridad. Pero sigue siendo la España de Franco y porque lo saben, a pesar de los mínimos cambios o los nuevos aires, algunos prefirieron irse atraídos y hasta reclamados por la solución del exilio.

Max Aub nunca llegó a entender demasiado bien por qué un poeta como Ángel González le dijo en 1969, en su viaje a España recogido en La gallina ciega, que el destino que hubiese deseado para sí era el del exiliado. Ángel González sólo salió de España algo más tarde, pero hubo algunos que sí aspiraron a cumplir ese sueño, y lo hicieron o bien forzados por su actividad política, o bien impulsados por el deseo de crecer y vivir de veras, pero por supuesto fuera de España. Al menos desde 1946, empieza una segunda tanda del exilio, una especie de emigración callada de unos cuantos miles de españoles hacia Francia. Entre ellos podían ir desde un comunista como Manuel Tuñón de Lara –amigo de Cela

por entonces y con quien se cruza de camino al tren que lo lleva a París en 1946hasta un escritor que ha querido combatir el franquismo desde el interior, pero decide apostar por la libertad del exilio, como Josep Palau i Fabre, que ya ha sido corresponsable de editar clandestinamente en Barcelona las Elegies de Bierville, de Carles Riba, en 1942. El movimiento que entonces aparece en la cultura española es una paradoja muy iluminadora: se van algunos jóvenes asfixiados del interior precisamente cuando empiezan a regresar algunos exiliados hartos de la asfixia del exterior: ya no son jóvenes, sienten que ha transcurrido demasiado tiempo fuera y el horizonte de vida va agostándose, las fuerzas también, y la convicción se deja modular por una dosis de pragmatismo. La contracara de ese regreso es el ejercicio de lealtad a ellos y a la República (o a la libertad del exilio) de algunos jóvenes dispuestos a huir de la sumisión por dignidad y por convicción, a veces por necesidad y otras veces como búsqueda de una vida mejor.

El movimiento de salida de los jóvenes del interior y el de regreso de los exiliados no es sucesivo sino simultáneo y no tiene un perfil exclusivamente político porque también se trata de una emigración profesional. No se me ocurre una explicación mejor que la misma que explica que en 1939 se exiliasen jóvenes que podían haber seguido en España, pese a todo, de la misma manera que quince o veinte años después deciden salir otros jóvenes, sin experiencia de guerra pero hartos de posguerra franquista. Son quienes buscan empleos en alguna institución extranjera para salir (José Ángel Valente, Joan Ferraté, Esteban Pinilla de las Heras, Alfonso Costafreda) y a menudo deciden conspirar desde el exterior (Manuel Tuñón de Lara); son quienes no pueden seguir en sus actividades conspirativas porque se están jugando penas de cárcel graves o inhabilitaciones profesionales (Jorge Semprún, Miguel Sánchez Mazas, Jesús López Pacheco, Francesc Farreras, Ignacio Sotelo); son quienes, en fin, creen que sus futuros profesionales y biográficos tienen un horizonte más prometedor fuera (Eugenio de Nora, Ignacio Soldevila, Juan Goytisolo, Josep Niebla, Fernando Arrabal, Gonzalo Sobejano, Emilio Lledó, Francisco Carrasquer).

Las condiciones de subsistencia de Rafael Lapesa, como guardián o custodio del Centro de Estudios Históricos, han aparecido hace ya unas cuantas páginas, y no será extraño sorprender ahora la

confidencia que uno de sus estudiantes le presta a Max Aub en 1955. El joven licenciado en letras Ignacio Soldevila ha sido nombrado profesor del curso para Extranjeros de la Universidad de Verano de Santander, gracias a que es el primero que dirige Lapesa «y se ha notado un gran cambio». Entre paréntesis añade el joven profesor Soldevila: «como casi todos los que hacen hoy algo positivo en nuestro pequeño mundo, procede del Instituto Escuela. A pesar de los recelos del Estado ellos siguen subiendo por su propio peso –valga el error de Física». Será Lapesa quien le recomiende que aplace el deseo de irse a Estados Unidos hasta que tenga alguna plaza ganada en España, y de momento se aloja en el Colegio Mayor César Carlos. Se integra entusiasmado y se lo cuenta expresivamente a Max Aub: «me he encontrado aquí con un ambiente extraordinario de libertad de opinión. La gran mayoría de los residentes –licenciados ya todos en Derecho, Letras, Medicina...– profesan sentimientos republicanos y socialistas. Una común antipatía por el fantochismo dirigente que nos une a todos». Y desde luego le comunica novedades sobre la difusión de sus obras, que empiezan a representarse por supuesto fuera de locales comerciales, en colegios mayores y en el Teatro Universitario del SEU, y que ayudan a entender la verdad de la carta del propio Max Aub a Ignacio Soldevila de noviembre de 1955: «tengo mucho que agradecerle: sus cartas me llenan de esperanza».

Ha empezado a escribir a Max Aub, como hace desde febrero de 1954, gracias a un profesor del bachillerato que simpatizaba con el escritor exiliado, y porque quiere estudiar su teatro, pese a los obstáculos que va a tener para defender su tesis sobre semejante autor. Le cuenta también impresiones generales sobre España: su opinión sobre Pedro Laín Entralgo, que es entonces rector de la Universidad de Madrid y alto intelectual falangista del régimen, no era demasiado buena. Pero «después de oírle en unas conferencias» ha cambiado de criterio: «no puede Vd. imaginar con qué valentía atacó», le escribe en septiembre de 1955, «el sistema del régimen español» al señalar el exacerbamiento político que ha provocado en la juventud la actitud cerrada del sistema. Sin ninguna unidad fáctica ni administrativa, dice Soldevila, los estudiantes «estamos unidos y pensamos de una misma manera. El fenómeno parece inverosímil, pero no lo es». Ignacio Soldevila ha nacido en una familia vencida, y casi se alegra de que su padre muriese al final de

la guerra, porque «aquí se hubiera vuelto loco, sólo con pensar que no tuvo valor de embarcarse a Méjico y dejarnos cuando aún era tiempo». Pero él ha nacido en este ambiente y aunque «no rebozo mi republicanismo», tampoco «me mata el hecho de no poder gritar a los cuatro vientos, como lo digo entre amigos, o entre semiamigos».

Podía sorprender más o menos a Max Aub la existencia de este perfil de jóvenes, pero se prestó a ayudar al muchacho en su tesis, y hasta le sugirió que visitase a Guillermo Díaz-Plaja, que debía de tener obra suya de antes de la guerra, o incluso a Dámaso Alonso –«mi muy querido Dámaso»–, aunque probablemente andaba enfadado por algunas de sus cosas publicadas en México. Pronto las cartas de Soldevila, como era previsible, llegarán desde Quebec, en Canadá, y allí la franqueza epistolar será completa. Max Aub se permitirá comentar el libro de «este joven» Torrente Ballester, es decir, el autor de Panorama de la literatura española contemporánea, y preguntarle por los autores de los que va enterándose, cuando está ya a punto de recibir la invitación de Cela para escribir en Papeles de Son Armadans, como sucederá con tantos otros exiliados desde la aparición de esa revista en 1956. Y hasta acepta Max Aub la existencia de algo parecido a los falangistas de izquierda, «con quienes efectivamente puede uno hablar y entenderse», si bien en este caso se trataba de alguien poco recomendable, aunque buen escritor, como Rafael García Serrano. Como es fácil imaginar, acabará apareciendo en 1960 un artículo de Ignacio Soldevila en Ínsula sobre Max Aub, aunque con cortes de censura. Tampoco es difícil adivinar que Ignacio Soldevila nunca podría doctorarse en España con una tesis sobre las novelas de la guerra civil (que era su nuevo proyecto) y que Joaquín de Entrambasaguas rechazó dirigir en torno a 1964. Sin el relato del propio Soldevila, sería difícil saber que José Manuel Blecua se ofreció a acoger en la Universidad de Barcelona ese estudio, aunque razones administrativas hicieron inviable semejante idea.[113]

Por supuesto que todo esto llegó al exilio y el exilio supo que estas cosas pasaban y no eran ya puras rarezas o incluso trampas, o trampantojos o ilusiones visuales. Por una vez ya no era así: la ilusión era en realidad creer en la imperturbabilidad triunfal del régimen que Franco encarnaba con su mera presencia física. Pero

hasta en el exilio saben que él también envejece y tiene accidentes, y que sus titubeos de poder pueden indicar alguna cosa valiosa sobre la posibilidad de apretar más o actuar mejor dentro de España. Una revista tan lejana como Ibérica. Por la libertad, que se fabrica en Nueva York, circula por el exilio y sus números llegan a España clandestinamente, donde su tono liberal y republicano es inequívocamente antifranquista y sobre todo consolador. Lleva un tiempo ya, desde 1954 al menos, emitiendo informes alentadores sobre lo que pasa entre los jóvenes españoles, lo que leen y escriben, y sobre las reacciones represivas del régimen. La mayoría de quienes la redactan son viejos liberales de la República derrotada (con Salvador de Madariaga, Manuel de Irujo, José María Semprún Gurrea o el presidente del gobierno de la República, Félix Gordón Ordás, a la cabeza). Pero poco a poco se están sumando colaboradores más jóvenes que hablan de su tiempo con otro aire y otra actitud, buscando impulsar y reforzar lo nuevo y todo aquello que no huele ni se toca por ningún lado con la esfera franquista o fascista. Manuel Tuñón de Lara, Domingo Pérez Minik, Víctor Alba o Albert Manent remiten informes firmados con seudónimos que dejan desconcertada a la vieja guardia del exilio porque lo que cuentan obliga a apreciar el despunte de una cultura literaria y una actitud políticointelectual que es inédita o realmente imprevisible, como se lo debió de parecer a Max Aub o a León Felipe: nuevos novelistas y poetas, nuevos ensayistas y nuevos pintores que no parecen criados en el nacional-catolicismo. Y si lo han sido, porque lo han sido, han sabido inventarse sus formas de salir de esa polvareda sucia y respirar otros aires, que a veces son escritores norteamericanos como Truman Capote o John Steinbeck o William Faulkner, o son neorrealistas italianos como Zavattini o Cesare Pavese o Elio Vittorini.

Y evidentemente desde México se discurre sobre la posibilidad de alimentar esos cambios desde el interior, porque ya no los niegan ni se niegan a verlos sino que los aplauden, con este o aquel recelo, pero los aplauden y los animan. Echar un vistazo al Boletín de Información de la Unión de Intelectuales Españoles fabricado en México entre 1956 y 1964, y escrito por León Felipe o por Adolfo Sánchez Vázquez, por José Gaos, Max Aub, Juan Rejano o Corpus Barga, es una lección valiosa y bien informada sobre lo mejor de la cultura española. Parece cumplirse el aviso de Pedro Salinas a

propósito de Américo Castro y quienes mejor están contando lo que de nuevo y valioso hay en nuestras letras son algunas revistas del exilio, que pueden seleccionar sus autores y obras, poemas y películas, novelas y ensayos, sin pagar la cuota de servilismo al sistema franquista. El retrato que emiten de la cultura española se parece mucho más al que dibujamos hoy y respetamos hoy, aunque identifiquemos también una cuota distinta de respaldo y protección a numerosos autores del exilio con quienes el tiempo ha sido también cruel (pero no mucho más que con los crecidos en el vivero franquista). Hablan de Blas de Otero o Gabriel Celaya, de José Hierro o de José Agustín Goytisolo, hablan de Sánchez Ferlosio, de Ana María Matute o de Juan Marsé, de Juan Goytisolo, de Carmen Martín Gaite, de Martín-Santos o de Camilo José Cela. Ponían esas revistas en comunicación a numerosos exiliados sobre lo que sucedía entre ellos y lo que sucedía en España, como lo habían hecho revistas anteriores, fundadas en la aclimatación primera al exilio.

Entendieron muy bien que algo sucedía entre los nuevos españoles o españoles atendibles (nuevos o viejos), y en esa atención a lo nuevo, distinto y disidente del monocorde enfoque oficial vieron el motor que había de empujar la esperanza. La labor ahora consistía en seguir cooperando y conspirando en favor de los cambios en España, aunque nadie aspirase a derrocar al régimen, ni siquiera confiasen en ninguna difusión masiva. Pero desde fuera había que apoyar los trasvases intelectuales que reintegrasen lo de dentro y lo de fuera para acabar siendo lo mismo: cultura española. Lo supieron con el sosiego que nace después de la ira y la rabia justa, lo supieron cuando asumen que el futuro habrá de ser compartido, aunque no compartido con las huestes de la victoria sino con quienes combaten sus modelos culturales e intelectuales, su visión general de las cosas, y lo hacen desde el interior. Quizá no era verdad, como creía León Felipe en su llamamiento a los intelectuales de 1958, que la resistencia del interior había hecho «mucha y buena obra», pero lo que era seguro es que sin la que hubiese hecho, poca o mucha, mejor o peor, carecería de sentido que el exilio pusiese en el interior la esperanza de cambiar el franquismo, pensar en un futuro democrático y volver por fin a una España que empezaría a ser, y sería, otra. En un mensaje de enero de 1957, atento a la conmoción simbólica de lo que había pasado

en 1956, la misma Unión de Intelectuales Españoles en México establecía las metas de la nueva situación. Había dos «exigencias esenciales» sin las cuales las actividades del exilio y el interior carecerían de sentido: la primera era «comprender y defender las razones patrióticas comunes que ofrecen una salida de signo positivo a la dramática situación presente». Su aliada forzosa era la segunda: «dialogar, intercambiando opiniones en un clima cordial, entenderse, conjuntar voluntades honradas y generosas para bien de todos».

También en las mismas fechas, y otra vez desde el exilio, se promueve una nueva plataforma de contacto que nace en 1954 y se llama Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura. Los confecciona la sección hispánica de ese Congreso, fundado a iniciativa de la CIA en 1949. Se trataba de contrarrestar la influencia comunista en la clase y la vida intelectual europea: una guerra fría cultural que financiase revistas, congresos, coloquios y múltiples actividades para hacer frente al horizonte marxista dominante entre las juventudes existencialistas y sartreanas de Europa. España no existió en ese plan en su origen, porque obviamente no hacía la menor falta: el franquismo se bastaba para impedir y reprimir la intoxicación comunista de sus jóvenes intelectuales. Sin embargo, desde mediados de los años cincuenta, empieza a ser operativa y eficiente una propaganda antimarxista que, para las específicas coordenadas españolas, funciona como propaganda liberal y democrática y obviamente de carácter antifranquista. Entre esos liberales estará buena parte de los exiliados, con un espectro que va de Luis Araquistáin hasta María Zambrano o Rosa Chacel, y por eso los Cuadernos de París fueron ampliamente frecuentados por el exilio, incluido el netamente socialista, pero también por el interior que empezaba a atreverse a hablar con su propia voz fuera de las fronteras.

Ferrater Mora formaba parte de esos equipos intelectuales vinculados al Congreso por la Libertad de la Cultura y también era miembro del consejo de honor del Centro de Documentación y Estudios que Julián Gorkin organizó para el Congreso en 1960. Lo presidía Salvador de Madariaga, que había fundado el mismo año de los Cuadernos la revista Ibérica, y lo integraban los nombres que han ido saliendo aquí y allá en este libro: Pere Bosch Gimpera,

Américo Castro, Pau Casals, Ramón J. Sender o Jorge Guillén. Eran nombres destinados a proteger con su prestigio las actividades de un grupo de socialistas encabezados por dos exiliados clásicos como Julián Gorkin y Enrique Gironella, con un aliado imprevisto, Dionisio Ridruejo, y nuevos exiliados jóvenes como Miguel Sánchez-Mazas, Francisco Fernández Santos o Francisco Farreras, todos ellos comprometidos en actividades conspirativas desde mediados de los años cincuenta. Por supuesto, en aquellas páginas colaboraron españoles del interior dispuestos a reforzar una voz antifranquista con vocación democrática, y ese mismo fue el grupo que gestó intelectual, política y materialmente el Congreso de Múnich de 1962.[114]

No era un final de ruta porque de hecho se convirtió en el principio del futuro democrático gracias a un éxito de propaganda que ninguno imaginó: los exiliados vivieron ese Congreso de Múnich con la ilusión real y el estupor privado de ver juntos a una partida de gentes del interior reconvertidos al antifranquismo democrático y otra partida de gentes del exilio político de toda la vida. Los participantes del interior, mayoritarios en Múnich, fueron imprudentemente represaliados por el régimen, con intervención personal del propio Franco. Ése fue un error político grave porque dio una resonancia insólita en España y fuera de España a una reunión de antifranquistas celebrada en Alemania. El PCE ni había participado en ese invento ni estaba siquiera invitado a él (aunque asistieron como observadores los comunistas Francesc Vicens y Tomás García). Lo habían promovido a medias un sector históricamente enemistado con los comunistas –los antiguos militantes del POUM Enrique Gironella y Julián Gorkin– y un falangista instalado ahora en posiciones socialdemócratas, Dionisio Ridruejo. En una semana de junio, ochenta opositores del interior y cuarenta exiliados históricos aprobaron una declaración conjunta sobre la democracia como condición innegociable del futuro, sin determinar la forma institucional –República o monarquía– de ese futuro democrático. Hacía apenas unos meses que el franquismo había iniciado sus gestiones para ser aceptado en el Mercado Común Europeo, pero ahí quedaron abortadas sus aspiraciones de ingreso.

A partir de ese año, 1962, nadie ignoró en los círculos intelectuales

y políticos la existencia de una oposición que no está hecha sólo de descamisados y rojos puros sino de antiguos vencedores, burgueses, semiaristócratas y comunistas, monárquicos y también socialistas y demócrata-cristianos, ex falangistas y socialdemócratas. Ese éxito inesperado era sin embargo el prólogo también para el final del protagonismo civil y cultural de los exiliados y la cultura derrotada. En los años siguientes, la sociedad española iba a rescatar y rehabilitar al exilio, pero no iba a ser ya el presente histórico de España. La sociedad crecida bajo el franquismo no vivió con la alarma activada de la restitución de aquel pasado sino con la urgencia de inventar el futuro, con la aprobación y la colaboración de los exiliados o sin ellas.

¿Valía la pena hacer caso de una iniciativa profundamente desprestigiada en América Latina, con rumores de financiación norteamericana inconfesada desde el principio y, peor aún, impulsada por un ex falangista aún muy tierno, como Ridruejo, y dos disidentes de la familia marxista, Julián Gorkin y Enrique Gironella? En la perspectiva de la resistencia marxista o comunista del interior (o el exterior) el crédito de los dos últimos era bajísimo, a pesar de haber fundado una asociación europea integrada por todos los partidos socialistas de la Europa de la posguerra, el Movimiento Europeo. Pero visto desde un ángulo no comunista, las actividades de esos hombres de la guerra, los tres, estaban prestando herramientas de pedagogía democrática y liberal al incipiente grupo de intelectuales incómodos con la España de Franco (aunque hubiesen estado en la victoria en 1939) y también a exiliados que nunca fueron, ni tenían por qué ser, comunistas, pero podían simpatizar con posiciones de izquierda moderada o socialdemócrata.

Porque aquí acude otro equívoco implícito y muy enmarañador del relato de la resistencia antifranquista: la militancia comunista no añade plus alguno de convicción antifranquista al exiliado.[115] No era más exiliado genuino ni más antifranquista Rafael Alberti que Juan Ramón Jiménez o Américo Castro, ni desde luego fue más genuino defensor de las libertades Juan Rejano que León Felipe o Max Aub. Lo que añade la obediencia comunista, tanto en el exilio como en el interior, es una capacidad de sacrificio y de actuación política de oposición como no la tuvo ningún otro partido en todo

el franquismo. Sus dispositivos de protección (y desprotección) frente a los aparatos policiales franquistas fueron siempre superiores a los de quienes actuaron sin la disciplina ni el amparo del partido, o fueron por libre, o eran miembros de otros partidos políticos clandestinos de escasa militancia y sin apenas capacidad movilizadora.

Y también por tanto sin la cuota de sacrificios humanos de un partido de corte netamente estaliniano. Cuando La Pasionaria llamó en 1963 cabeza de chorlito a Federico Sánchez, Jorge Semprún (lo narró en una novela de 1977 titulada Autobiografía de Federico Sánchez), sabía muy bien a quién se lo decía, cuándo se lo decía y por qué se lo decía. Ese muchacho que ya no era un muchacho discutía los diagnósticos ilusos, y más ideológicos que analíticos, de la dirección del PCE porque conocía demasiado bien la evolución real de la sociedad española bajo el franquismo: gran parte del activismo intelectual comunista o paracomunista infiltrado en el sistema franquista había pasado por sus manos. Era difícil que la obstinación dogmática del partido durase indefinidamente y le impidiese detectar la contradicción entre la propaganda movilizadora del PCE en España y su verdadera capacidad de erosión del sistema (que fue alta, sin duda, y hoy fundamental, pero muy incapaz de derribarlo). Un exiliado como Jorge Semprún por entonces estaba haciéndose cargo no sólo de los cambios que experimentaba la sociedad española bajo el franquismo a principios de los años sesenta, sino también de los cambios que estaba viviendo el exilio cuando empieza a aceptar un nivel de colaboración con el interior que hubiese sido inimaginable en 1945. Ambos cambios estaban desnudando con luz cruda el enquistamiento del lenguaje y el pensamiento en la cúpula del PCE y ayudan a explicar la expulsión en 1963-1964 de Francesc Vicens, Jorge Semprún y Fernando Claudín, además de un futuro goteo de distancias o abandonos de antiguos compañeros de viaje.

Ese nuevo disidente que es Ridruejo recibe cartas de muchos sitios, del exilio y del interior, y una de esas cartas procede de Carcasona en febrero de 1961. La firma un antiguo militante de la CNT y combatiente en la resistencia francesa, Eduardo Pons Prades, y la redacta con unos ánimos revoltosos pero también con independencia de juicio: «tras la reunificación de la CNT, se está

dando mucho bombo a lo del Frente Antifranquista. Yo no los tomo en serio porque proceden como si fuesen chiquillos. ¡Pobre España si sus salvadores hubiesen de reclutarse en el exilio tradicional! La gente joven, si bien es poca, ya es otro cantar». Ese frente común de antifranquistas fue la ilusión crónicamente incumplida hasta el límite de la muerte de Franco, ya en plenos años setenta, y por tanto seguirá siendo un objetivo histórico de la resistencia. Irá saliendo mejor con el tiempo la posibilidad de aliarse entre todos, pero de momento y a esas alturas nadie está demasiado convencido de que pueda salir bien. En cambio, hay un oxígeno ideológico y político distinto, que procede del lugar menos esperado, la España del interior, y que no era clandestino ni demasiado secreto para los lectores de Ibérica o del Boletín de Información en México, o El Socialista en Toulouse. Y es que Pons Prades se siente más atraído y animado por los papeles que recibe de España que por lo que oye en los ambientes del exilio de toda la vida: «todas nuestras esperanzas, o casi todas, descansan sobre los hombres jóvenes del interior, cuyas publicaciones llegan a nuestras manos regularmente y en las que leemos cosas extremadamente interesantes». Está aludiendo a la revista Índice y seguramente a la revista Praxis, en Córdoba, a artículos de Ignacio Fernández de Castro y José Aumente, pero podían ser también de Francisco Fernández Santos, de José María Castellet o de Enrique Ruiz García. Pons Prades se pregunta si a los dos primeros debe situarlos a la izquierda del grupúsculo de la democracia cristiana que encabeza Manuel Giménez-Fernández. Y en efecto es ahí donde están, en un grupo de cristianos revolucionarios que se llamó Frente de Liberación Popular (FLP), y que inventó un diplomático atípico, Julio Cerón. Justo en esos años, en torno a 1960, ese hombre más moderado que fue Giménez-Fernández se habrá de convertir en referente personal y político de un universitario a quien da clases en la Universidad de Sevilla, Felipe González: para entonces es miembro de las Juventudes Obreras Católicas, las JOC de Acción Católica, hasta que en 1962 da el salto a las juventudes socialistas del PSOE.

En Toulouse o París, quizá en México, debía ser más fácil acceder a esta información sobre lo que pasaba en España. La escritora Rosa Chacel, sin embargo, apenas sintió que cambiase nada, y ha sido un ejemplo histórico e inesquivable de la amargura del exilio. Lo ha sido tan visiblemente, tan contundentemente, porque sus diarios

personales, de carácter íntimo y a pesar de los múltiples intervalos sin texto, recogen esa cotidianidad lastimosa con regularidad desde 1952 y hasta su regreso tras la muerte de Franco. En todos esos interminables años de penar hay sobre todo tristeza y desánimo, frustración y resentimiento. Y sólo una luz, o un solo foco de euforia, llega ya en 1967, precisamente cuando Vicente Llorens ya no deploraba del todo el destino del exiliado en relación con los demás derrotados. En ese año Chacel recibió de golpe y por estricta sorpresa en su modestísima casa de Río de Janeiro varias cartas de muchachos españoles que no cuentan más de veinte años, se han criado en España, inexplicablemente son «chicos llenos de cultura, saturados de literatura buena», escribe en abril de 1967, y se llaman Ana María Moix, Pedro Gimferrer y Guillermo Carnero. Los tres serán escritores relevantes de la futura democracia, pero entonces eran jóvenes con vocación literaria y unas primeras actividades públicas como poetas o como críticos. Es inaudito, pero es así, para estupor de Rosa Chacel: existen lectores interesados por su obra en la España de Franco, y la quieren y hacen lo posible incluso por mimarla, aunque sea con la distancia de unas cartas que ella espera en la soledad de Río de Janeiro con ansiedad de urgencia, como casi último anclaje para su vocación literaria. Muy por debajo en la escala de su economía sentimental están las cartas de dos viejísimos amigos –ella se acerca por entonces a los setenta años– como Guillermo de Torre o Julián Marías, incluso si sus cartas lo que hacen es gestionar la publicación de un nuevo manuscrito laboriosamente escrito y dificultosamente editable, Desde el amanecer.

La experiencia de Chacel en España y en relación con España no ha sido muy alentadora desde su exilio en 1937 hacia París, motivado además por sus discrepancias con Bergamín y otros colaboradores de Hora de España sobre el modo de combatir intelectualmente en la guerra. Algo mayor que Julián Marías, es devota orteguiana desde los años treinta, y es vallisoletana como Marías. No pierden el contacto en los años cincuenta, ella, allí, y él, aquí, aunque en ruta casi siempre hacia alguna universidad americana (dado que aquí no la tuvo). Marías gestiona alguna traducción de Chacel en España, y ella misma lee y relee la reeditadísima Historia de la filosofía de Marías (publicada en Madrid en 1942), en la que asegura que hay múltiples acotaciones suyas, y por fin consigue coincidir con él en

Nueva York en 1960. Pero es un encuentro agridulce y casi irritante. Marías ha cambiado como persona en su madurez, pero ha cambiado para mal. Ella lo encuentra abstraído, desatento y ausente, y algo «gaseoso» en el orden más personal. Chacel disfruta de una beca Guggenheim desde finales de 1959 que prorroga hasta 1961 –acaba de publicar en Losada La sinrazón–, pero la catástrofe interior de su vida viene ahondándose desde siempre, o casi desde siempre. En ese momento no hay alivio, la depresión es crónica, y ni siquiera la vivacidad de Nueva York sirvió para paliar algo de su amargura en la reserva de sus diarios. Es invitada habitual de la rica munificencia de Victoria Kent y su pareja Luisa Crane –ambas son las responsables materiales de que exista la revista Ibérica, de Nueva York–, comparten copas y salidas, conoce a Juan Marichal, que es catedrático en Harvard (y ha publicado un espléndido libro en Seix Barral, La voluntad de estilo, en 1957) y a un joven exiliado Jaime Salinas, recién llegado a la editorial. Se encuentra con Jorge Guillén, que es otro vallisoletano al que quiere poco –«procuré estar lo más antipática posible y temible»–, ve a otros exiliados como Joaquín Casalduero, o a excelentes profesores como el peruano Ángel Flores o españoles como Ángel del Río, y a ratos encuentra algún remoto motivo para el optimismo, como en su encuentro con otro profesor, joven, Manuel Durán, que le hace reparar en las buenas cosas que van saliendo en México hechas por españoles... Vive algunos encuentros más que ponen en riesgo su amistad con Francisco Ayala (porque ha sido muy combativa en una conferencia) o que la reconcilian con Victoria Ocampo –en cuya revista Sur de Buenos Aires ha colaborado más de una vez años atrás– o con la misma Victoria Kent, que por fortuna «bebe como un marinero». Pero tampoco es eso suficiente. Ella misma confiesa por entonces un desánimo tan general –«todo es tan horrible que no comprendo cómo tengo fuerzas para seguir»– que no le quedan energías ni para escribir con acritud contra Marías la carta que tiene pensada y como de veras le gustaría hacer.[116]

Sólo unos meses más tarde, en noviembre de 1961, está ya embarcada hacia Barcelona, y enseguida pasará seis meses en Madrid, entre finales de 1961 y 1962. La razón que esgrime en sus diarios está limitada a una emergencia médica, pero suena invenciblemente a autoengaño o a verdad menor. Lleva un tiempo automedicándose de forma pintoresca para sus problemas oculares

–tres aspirinas y no dormir del lado derecho...–, pero no parece funcionar el método: «consecuencia: tengo que irme a España» porque ver un médico aquí, en Nueva York, «es imposible», se entiende que por razones económicas. Pero hay otra razón de fondo que tiene que ver con el orgullo o el pundonor, realmente más decisiva para comprometer, aplazar o rechazar el viaje a España: «me causa horror la idea de ir. No sé cómo puedo atreverme a volver en tal estado de derrota moral. No sé cómo voy a exponerme a no reaccionar a nada, a comprobar que he perdido de tal modo la alegría».[117]

Pero se ha decidido a saber cómo es aquello, y ha querido saberlo de primera mano en ese tiempo transcurrido en Madrid. Es el mejor remedio para combatir el miedo a que nada tenga ya jamás remedio ni sentido de futuro. La sospecha más alarmante es «que no se pueda intentar la reanudación de aquel tiempo» anterior a la guerra, de regeneración, «porque no haya una circunstancia fecundable», escribe en noviembre de 1961. Ése parece ser un miedo de fondo muy agudo y ampliamente compartido por el exilio peor informado o más desconectado de lo que sucede en España. Recelan que nada ha cambiado desde que se fueron: la decapitación de las clases intelectuales y creativas de España sigue igual y el nacional-catolicismo ha agostado cualquier asomo de creatividad e invención valiosa. La reanudación de aquel tiempo que Rosa Chacel sospecha ya imposible es en efecto imposible; es una intuición cierta sobre el pasado, pero no hipoteca la emergencia de novedades fuera de guión. Rosa Chacel no está dotada para el optimismo y es muy escéptica, como lo es en casi todo y casi con todo, y por supuesto también con los medios intelectuales bajo la España de Franco. Se dedica en ese viaje a Madrid a leer algunas de las cosas de actualidad que permitan orientarla y emitir juicios sobre el estado de las letras españolas más allá de los prejuicios que lleva consigo o de la ignorancia sobre lo que ha pasado de veras después de 1939. El pasado pesa en ella, y es lógico que acuda al nuevo libro que Marías ha escrito sobre Ortega en 1960, que lee impresionada, y aprecia también un libro tan distinto como el éxito popular que fue La frontera de Dios, novela de otro vallisoletano, el padre Martín Descalzo.

Transcurridos los seis meses en España, incapaz de registrar nada ni

de tomar nota alguna en sus diarios, el balance que traza al reanudar esa escritura íntima es depresivo y desde luego prefiere olvidar «el horror de los seis meses». Si alguna vez se acuerda, tiempo después, de esa temporada en el infierno sufre «el inevitable apagón» porque le puede la hondura de la tristeza y de la inseguridad. Todo lo mueve en España la codicia del dinero «porque la amenaza es continua: nadie puede vivir».[118] La larga etapa que sigue tras ese viaje español transcurre en París, pero no sirve de mucho. Le prestan ayuda algunos de los nuevos amigos de la resistencia democrática en España, como el poeta Pierre Emmanuel y la sección hispánica que él dirige en el aparato del Congreso por la Libertad de la Cultura, aunque no la sacan de sus sufrimientos los contactos con lo que llama con sorna los «héroes muniqueses» (por el Congreso de Múnich de 1962). Sigue esquiva y descentrada, y sabe que no se sentirá «verdaderamente a gusto» hasta que regrese a Río de Janeiro. Elena de la Souchère, que es hispanista, amiga y colaboradora de los exiliados españoles, no le hace demasiada gracia –«¡pobrecita, qué mediocridad arrastraba!»– y sus contactos con los amigos de España en Francia como el ensayista y traductor Claude Couffon, o el entorno mismo de la revista Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, tampoco la animan ni poco ni mucho. Quizá no detecta que ahí escriben gentes del interior, o si lo hace tampoco le dice nada: su amigo Julián Marías, Aranguren, Laín Entralgo, Cela, Ridruejo o jóvenes como Castellet o Lorenzo Gomis, o jóvenes que están fuera también, como José Ángel Valente, Esteban Pinilla de las Heras o Francisco Fernández Santos. Uno de sus artículos, cobrado en dólares, servirá para financiar un nuevo viaje a España cuyo objetivo central, explica, es gestionar la posibilidad de mover su obra con nuevos títulos o reediciones de algunos antiguos. Sigue también con atención las novedades de la actualidad literaria francesa y en particular las que mejor conectan con su sensibilidad literaria. El entusiasmo obsesivo que le despierta La modification, de Michel Butor, que publicará Seix Barral en España, puede ayudar a explicar su alergia por el Juan de Mairena de Machado. Le parece «inaguantable» y, salvando algunos detalles o momentos aislados del libro, «el resto ¡de una mediocridad, de un garbancismo!» semejante al «desastre» que le parecerá Los pájaros de Hitchcock cuando vea la película en un cine francés.

El segundo regreso es inminente, pero va a ser mucho más largo

porque dura un año y medio. Residirá en Madrid hasta mayo de 1963, cuando han aparecido dos espléndidas novelas, Ritmo lento de Carmen Martín Gaite y Tiempo de silencio de Luis Martín-Santos, y el Premio Internacional Formentor lo ha ganado otro joven rojo, Juan García Hortelano, con Tormenta de verano. Además se inicia desde ese año la nueva época de una revista que ha de interesar a Rosa Chacel, y en la que publica ella misma también, Revista de Occidente. Esa reaparición de la vieja cabecera fundada por Ortega coincide con otra nueva que nace con la vista puesta descaradamente en el futuro democrático, Cuadernos para el Diálogo, precisamente porque la funda un antiguo ministro franquista, Joaquín RuizGiménez, y la frecuentan futuros gestores intelectuales y políticos de una transición democrática que espera turno sin muchas posibilidades más.

Pero sobre todo ha sucedido ya Múnich como referencia incuestionable de la nueva fase de asentamiento y semipublicidad que vive la oposición democrática, dispersa, atomizada y contradictoria, pero precisamente por eso segura de la necesidad de aunar esfuerzos antifranquistas. Sin rebajar la congénita punta de sorna del autor, Francisco Ayala le hablaba por carta a Ferrater Mora del eclipse de Franco en julio de 1962 (al mes siguiente de Múnich) y un año después afirma que «el cambio experimentado por el país en todos los órdenes es impresionante, al menos para mí, que hace tres años que no había estado aquí».[119] Es también lo que cuentan las dos ediciones en Buenos Aires (1962 y 1964) de uno de los libros políticos centrales de esta etapa, y el mejor análisis tanto del propio régimen franquista como de las salidas democráticas del futuro, Escrito en España de Ridruejo (al que también visitó en París Rosa Chacel). Pero tampoco nada de todo esto es tónico suficiente, y ese período estimulante en la resistencia intelectual ha vuelto a vivirlo sin vivirlo, o lo ha hecho atrapada en su propia sensación de catástrofe. De hecho este segundo viaje a Madrid ha sido incluso peor que el primero: «voy a tardar mucho en reponerme» de esta «repugnancia pasada». No sabemos mucho más desde esa lente privada, porque tampoco esta vez se sintió con fuerzas para anotar registros diarios o semanales o esporádicos de esa experiencia –«¡fue tan horroroso aquello!»–. Lo lamentaría ella misma años después en otras etapas de sus diarios, aunque el efecto final no deja de ser paradójico porque de ahí sacó «el convencimiento»,

escribe ya en febrero de 1965, «de que tengo que volver».[120]

Lo que registra con cuidado es sin embargo la vuelta en barco a Río de Janeiro en mayo de 1963, y allí anota cosas de interés para completar su perspectiva de exiliada infeliz. A pesar de las bondades que tanto le han ponderado algunos y que ella misma detecta en El fulgor y la sangre de Ignacio Aldecoa, la sublevan sus cursilerías y la artificiosidad del estilo. Pero sabe que es un buen libro, o al menos «incomparablemente mejor que otros mamotretos que me hicieron leer: lo de los madereros –que no recuerdo cómo se llama–, lo del Señor que vuelve –cuyo autor tampoco puedo recordar–, lo de mi paisano Delibes, Las ratas. Cualquiera de estos libros es más flojo, menos real como concepción y como construcción», pero en cambio el de Aldecoa, pese a ser mejor, no supera a ninguno de ellos en el estilo. Detrás de esas desmemorias hay varias cosas de interés: la novela de un autor vinculado con los equipos discretos de demócratas y empleado gubernamental, como el economista José Luis Sampedro y su novela El río que nos lleva. Ha sido publicada en la misma editorial Aguilar en la que reeditará ella Teresa en 1963. Pero entre las lecturas de Chacel figura también el primer volumen de la trilogía Los gozos y las sombras de Torrente Ballester, El Señor llega. Lo ha publicado otro sector posibilista de entonces, Fernando Baeza, en sus ediciones Arión, aunque Torrente tuvo hasta esos mismos años un compromiso muy estrecho con el falangismo de la victoria. Ha sido a lo largo de los cincuenta crítico de teatro en el diario Arriba, además de ser historiador de las letras españolas en un par de libros muy conocidos entonces: uno sobre el teatro contemporáneo y otro sobre las letras españolas (y sobre el que preguntaba Max Aub a su joven estudioso Ignacio Soldevila). Esa novela sin embargo es una obra de estética realista, con pujos de análisis social, y en ningún caso transmite simpatía por el cacique ni rastros ideológicos falangistas, que el autor ha tenido hasta fechas muy recientes, como tantos otros arrepentidos de la victoria.

Pero el libro que le ha parecido más valioso es una traducción, Los idus de marzo de Thornton Wilder, que es «buena literatura», y acepta que lo pueda ser también otro de los libros que le recomendaron los amigos, El Jarama, de Sánchez Ferlosio. Esa novela de 1956 fue la consagración pública de la estética del

neorrealismo entre las jóvenes generaciones, aunque no fuese el primero ni su nombre sea el único que encarna por entonces una poética literaria que era también una ética literaria cuando estaba en manos de Jesús Fernández Santos o Carmen Martín Gaite, en las primeras novelas de Juan y Luis Goytisolo o las primeras de Juan Marsé o los relatos de Ignacio Aldecoa (sin rebasar el límite cronológico de 1960). Por eso reconoce que El Jarama es también buena literatura, pero es «tan impotable que no servirá para nada», escribe el 29 de mayo de 1963. A su llegada a Río, tras esta aproximación cautelar a lo que se publica en España, las noticias no van a ser mucho mejores tampoco. Alguna es incluso cruelmente desalentadora, porque la reedición de su Teresa, la amante de Espronceda, no ha logrado vender ni un solo ejemplar un año después de su publicación, según las liquidaciones de la editorial que registra ella misma en sus diarios, por dos veces, con idéntica consternación. Sí ha podido ver desde 1964 algún artículo suyo y algún cuento en la Revista de Occidente –también la recibe y la lee mensualmente, como muchos españoles exiliados–; ha tenido algún contacto con un joven poeta y traductor que trabaja en asuntos brasileños, Ángel Crespo, y está a las puertas de la alegría que le traerán por carta otros jóvenes más a finales de esa década maldita.

Es posible que la vida en España le hubiese sido más llevadera, pero las dos largas estancias en Madrid se funden en un solo horror y es muy posible también que la amargura del exilio de Rosa Chacel hubiese sido la amargura del silencio o la resignación de Rosa Chacel bajo la España de Franco. En el exilio Chacel no vive con su marido, con quien la relación es epistolar, y la tortura diaria es saber qué nueva carta llegará comunicando qué nuevo desastre cometido o padecido por su hijo Carlos. La alegría sólo llega a sus diarios cuando esos jóvenes raros de finales de los sesenta –Ana María Moix, Gimferrer, Carnero– le demuestran su admiración, aunque es posible que esa misma admiración explique la escasa simpatía que los tres sienten por la obra de Julián Marías o del mismo Aranguren. Sin embargo, y gracias a esos jóvenes, Rosa Chacel volverá a ver publicada su obra en España en 1972: el ensayo Saturnal en Revista de Occidente y la evocación de infancia Desde el amanecer en Seix Barral, que no había llegado a aparecer en su colección natural, El Puente, porque se acabó la colección.

La inequívoca consagración de Chacel como escritora del siglo XX no ha sido ajena a la juventud de Ana María Moix y de Gimferrer. Sus múltiples reediciones en democracia, sus obras completas, su presencia canónica en nuestras letras arranca del final de la década del sesenta, y sumó muchos aliados más en los años siguientes. Quizá sumó los suficientes como para que su estimación literaria se sitúe hoy en su espacio propio: el de los clásicos contemporáneos que soportan las discusiones o los desplantes, las irritaciones o las insolencias de quienes se sienten libres de opinar sobre su literatura. El desierto vital que atravesó durante tantos años Rosa Chacel en el exilio se agravó íntimamente, privadamente, por la incapacidad de conectar con lo que sucedía en España, con los nuevos autores de España o la nueva realidad social que despuntaba a principios de los años sesenta. Sólo halló una fuente de gratificación suficiente para modificar su actitud cuando el afecto o el cariño de unos cuantos jóvenes le hicieron entender de golpe que aquella regeneración que creía imposible, lo había sido pero de otro modo, y con el intercambio confiado del interior y el exterior.

Como ella, habían sido muchos los exiliados que regresaron en viajes exploratorios o breves, o que habían visto su obra reeditada aquí. Pero la percepción que ella extrajo, las sensaciones de frustración y de impotencia sí fueron suyas de manera tan aguda como pudieron serlo en Max Aub. Un buen amigo de Aub, Francisco Ayala, le quitó las dudas sobre hacer o no su visita a España porque «desde luego, debes venir», le dice en mayo de 1969 desde la casa que compró Ayala en 1963 en Marqués de Cubas, 6, y que de broma el propio Max Aub le pidió prestada por si llegaba el caso de ir a Madrid. Pero no viajó entonces, en 1963, porque no le dejaron. Le fue denegado el visado varias veces desde ese año y sólo tuvo permiso para una breve estancia en 1969, pese a que pudieran empezar a publicarse algunas cosas suyas en revistas, o se hablase de su obra en algunos medios intelectuales y literarios. No le engaña tampoco Ayala: encontrará «un país desconocido desde todos los puntos de vista», pero sobre todo bajo el punto de vista, «digámoslo así, espiritual». Le aconseja cálculo y prudencia para orientarse en el auténtico laberinto español que es el país entonces, pasto para incautos o para inocentes, aunque también abono para flaquezas menores, como le ha pasado a Ramón J. Sender, de quien señala «alguna pequeña claudicación causada por su no pequeña

vanidad. Es cuestión de tacto o d'esprit de finesse, que a ti no te falta». Alude al Premio Planeta que ha ganado Sender ese año del viaje de Max Aub a España con su novela En la vida de Ignacio Morel: «un millón y a otra cosa», como le dice un interlocutor cínicamente a Max Aub por entonces.[121]

¿Tiene que ver el desengaño o la decepción de Max Aub con un escepticismo general y hondo, vital? ¿Tiene que ver con la frustración de una gloria literaria que ve amenazada por su exilio, como tantas veces se autocompadece en los diarios? La atención que recibe en España no basta para resarcirlo del quebranto del exilio ni de la ambición literaria. Algunas anotaciones en su diario La gallina ciega crepitan con una fatalidad ajena a todo, que no se repara con nada ni por nada, porque la desolación ante la España de Franco es un reflejo de la desolación ante lo fundamental: el reconocimiento del escritor. En la revista Primer Acto había aparecido en 1964 su pieza teatral San Juan, y dos jóvenes críticos como Ricardo Doménech y José Monleón procuraron por él durante su visita a España y después de ella, y publicaron en Taurus sus obras teatrales reunidas en un volumen. Pero en 1969, como explica Max Aub, esa expectativa ni es gratificadora ni recompensa de nada: «Doménech-Monleón: ¿Qué publicamos? ¿Qué estrenamos? ¿Qué hacemos? Proyectos, proyectos. Saldrán, a lo sumo, libros, unos más. Se desviven. Se lo agradezco. Hacen lo que pueden. ¿Creen de verdad que si el régimen viese en sus actividades el menor peligro los había de dejar? ¿Por qué?»[122]

Rosa Chacel (o Max Aub) se sienten más cerca del naufragio de sus vidas en el regreso y recelan ética y políticamente del proceso en el que se halla la sociedad española. Pero tampoco en este momento las reacciones de los exiliados son unánimes y tanto Sender o Ferrater Mora, como Jorge Guillén o María Zambrano, perciben con más optimismo lo que está pasando en España. Renunciar a comprender esa diversidad de reacciones reduce el exilio al estereotipo del desdén de la cultura del interior hacia él o, peor aún, asume el tópico de la desconexión perpetua de unos y otros. En el exilio saben que les han arrebatado a todos la posibilidad de crecer y madurar en España, pero fuerzan y descubren la posibilidad misma de resucitar tras una larguísima derrota cuando empieza a ser posible también para los vencidos y la resistencia del

interior. Manuel Aznar Soler ha recordado oportunamente un artículo que Francisco Umbral dedicó al viaje de Max Aub a España en 1969 y en ese artículo hay cruda veracidad, pero no hay impiedad ni desde luego ensañamiento con el exilio. Constata Umbral la espera y el amor por la leyenda y el mito del exilio, pero no calla tampoco la falta de embrujo que su literatura suscita en la joven España, esa misma que Max Aub sabe sin vacilar que ha cambiado (incluso sin necesitar pisarla): «España ha cambiado del todo en todo. Seguramente, considerando la mayoría y su vulgaridad, en bien.» Y sin embargo y a pesar de eso, a pesar de que España ha dejado de ser «un país triste», se pregunta en las páginas mismas de La gallina ciega: «Por ello, ¿debo alegrarme? No lo sé.»[123] El joven Umbral estaba muy cerca del aparato franquista entonces, pero tenía razón cuando explicaba en 1969 que «han llegado tarde» y que a los jóvenes el ejemplo de su literatura «les queda un poco corto, a trasmano, melancólico e insuficiente». Pero casi nadie habló así entonces, fuera de la vileza más franquista, y desde luego nadie llevó la crueldad hasta donde la llevó Umbral treinta años después en Las palabras de la tribu, cuando escribió sobre el exilio con la misma ferocidad que practicó con cualquier otro escritor habido y por haber.

La presencia escrita y a menudo física del exilio dejó de ser extravagante en la agonía del régimen. La información disponible sobre lo que todavía era el exilio había ido creciendo sin fallas de calidad, aunque con errores y déficits de información; con aportaciones solventes y crónicas periodísticas e informativas notables, aunque desde luego insuficiente todo ello como restitución y rectificación del pasado. «Con la vuelta temporal de Max Aub», escribe un periodista en el diario ABC en 1969, «las visitas veraniegas de Francisco Ayala, la residencia en Madrid de Manuel Andújar, la próxima llegada de Ramón J. Sender y la publicación de los libros de Serrano Poncela y Rosa Chacel en la Editorial Andorra, algo positivo se ha realizado en favor de nuestros escritores madurados en el exilio. Lentamente algunas cosas van cambiando.»[124] No podía ser más que lentamente por razones históricas perfectamente obvias. Hasta culminar en 1976-1978 en la enciclopedia ambulante que durante mucho tiempo fue la obra en seis volúmenes que dirigió José Luis Abellán, El exilio español de 1939, el curso de las admiraciones y las devociones por el exilio ni

fue residual ni fue perdonavidas. El mismo José Luis Abellán publicó su primera síntesis sobre Filosofía española en América en Ediciones Guadarrama de Madrid en 1966, un año antes de la modélica reunión de exilio interior que ensayó Helio Carpintero en Cinco aventuras españolas, publicado en Revista de Occidente, mientras esa misma revista y algunas otras contaban regularmente con colaboración o información sobre exiliados. En Ínsula escribieron Domingo Pérez Minik, Jorge Campos o J. R. Marra-López, pero también jóvenes como José-Carlos Mainer, Pere Gimferrer o Andrés Amorós, y sucedía lo mismo en esos años en las páginas del semanario Destino o de La Vanguardia a través de Joaquín Marco o de Baltasar Porcel. Pocos años después a Elías Díaz no se le ocurrió omitir de sus Notas para una historia del pensamiento español actual (1974) la trascendencia literaria e intelectual del exilio y la vinculación con la vida intelectual del interior. Al año siguiente, 1975, Francisco Caudet entregaba el estudio y los índices de la revista del exilio Romance y también una hermosa antología de la revista Hora de España en la editorial Turner. Excepto Dámaso Alonso, toda la redacción y el consejo de colaboradores de su primer número, de finales de 1936, habían vivido en el exilio.

La primera exposición que se publicó en España sobre la narrativa la hizo un hombre que se movió en los círculos de la clandestinidad democrática y a finales de los años cincuenta salió de España. Hay que remontarse a 1961 para que José Ramón Marra-López termine la redacción de Narrativa española fuera de España, 1939-1961, publicado en Ediciones Guadarrama en 1963. Pero no será hasta 1970 cuando pueda verse la primera antología sobre los narradores del exilio, a cargo de otro joven periodista que había crecido en los medios oficiales del régimen y era entonces un valioso crítico literario en Informaciones, Rafael Conte, Narraciones de la España desterrada, en 1970 y en Edhasa. Ampliaba notablemente las informaciones sobre Sender o Ayala, pero también sobre Arturo Barea o Paulino Masip que Eugenio de Nora había diseminado en su capital La novela española contemporánea, encargada por Dámaso Alonso y cuyo segundo tomo publicó Gredos en 1962. Juan Luis Alborg había reunido valoraciones y datos sobre varios autores, y sobre todo Ayala y Max Aub, en su Hora actual de la novela en España, publicada en Taurus en 1962 y pese a ser una obra de

carácter académico y de gran formato, la Historia General de las Literaturas Hispánicas fue un invento de Guillermo Díaz-Plaja que incluyó la obra del exilio en su tomo VI, Literatura Contemporánea, de 1967. De la poesía se encargaron Luis Felipe Vivanco y José Luis Cano; del ensayo trató Helio Carpintero, y todos ellos dedicaron páginas y elogios a sus obras. La mayor pobreza, o la pura omisión, estuvo en el lado de los narradores, y el tratamiento de la novela española de posguerra suplantaba y desgajaba la del exilio.

Igual que no fue extraño encontrar reediciones de sus obras, no fue extraño tampoco ver en España primeras monografías sobre exiliados, como el volumen colectivo titulado Estudios sobre la obra de Américo Castro, en Taurus (1971), o libros que se ocupaban de trayectorias como las de Max Aub, a cargo de José Monleón sobre su teatro (1971) o de Ignacio Soldevila sobre su novela (1973); o sobre Francisco Ayala, con libros de Estelle Irizarry (1971) y Rosario Iriart (1972). Para el caso de Ramón J. Sender, Marcelino Peñuelas le dedicaba un libro de conversaciones (1970) y una monografía a su trayectoria narrativa en 1971, mientras la obra de sólo alguno de ellos, como Sender, fue incluida en la popularísima Biblioteca Básica Salvat de Libros RTV, urdida a medias entre Joaquín Marco y Javier Pradera: fue el caso de un texto políticamente inocuo como El bandido adolescente, de Sender, en 1970, mientras allí se incluyó también en un volumen conjunto Romancero gitano y Yerma de Lorca (el mismo año que Max Aub editaba en Lumen, de Barcelona, su Jusep Torres Campalans). Otros exiliados eran seleccionados como clásicos contemporáneos en la colección que dirigió Francisco Rico desde 1970, Nuevos Textos Modernos, en la editorial Labor. El primero fue Cántico (1936) de Jorge Guillén, primorosamente cuidado por alguien que hemos visto pasar ya por estas páginas, José Manuel Blecua (y que había coescrito con Ricardo Gullón en 1949 un libro titulado La poesía de Jorge Guillén, editado en Zaragoza), y estuvo Emilio Prados y su Cuerpo perseguido, comentado precisamente por otro exiliado, Carlos Blanco Aguinaga.

Entre los compromisos de la resistencia estuvo evidentemente rehabilitar el exilio y forzar las posiciones del régimen para seguir restaurando también ese pasado más allá de la tolerancia calculada o la dosificación convenida por el sistema. Directores editoriales,

críticos literarios, profesores universitarios, intelectuales: pese a la especializada o modesta repercusión de esos estudios y ediciones, en esos años no fueron sólo esfuerzos aislados o testimoniales, como había sucedido antes; no se trató ya sólo de un puñado de muchachos curiosos y cultos, nuevos universitarios que engrosarían una burguesía más libre y abierta, capaces de rectificar a sus familias y de quitar el miedo o la prudencia a sus padres. Ni era suficiente ni bastaba para enmendar nada, por supuesto, pero encarrilaba la restitución de un legado intelectual insustituible para el futuro democrático. Y mientras la percepción de algunos exiliados fue decepcionante, otros vivieron esos nuevos pasos como vías de reconciliación lenta con la España real o como vías de reintegración a una sociedad nueva. Nadie creyó nunca que esas conquistas dieran la vuelta a la realidad ni desde luego cree nadie que pudieran satisfacer el objetivo íntimo e iluso de rectificar el pasado. Pero sirvieron para interiorizar y fortalecer en algunos de los exiliados la impresión ya antigua de que el único objetivo real y viable era reunir en una sola cultura lo que el franquismo escindió en dos; reconocieron la fraternidad de objetivos por encima del obstáculo común y trabajaron para puentear al propio sistema, a despecho de su duración sobrenatural.

Si hasta entonces la autopercepción mayoritaria en el exilio había sido dramática sin paliativos, algunos de ellos, y a pesar de todo, empezaron a difundir un sentimiento distinto, como si fuese necesario que la cultura de la (futura) democracia se hiciese cargo de la cuestión entera: de su naturaleza irreparable, sin duda, pero también de su fragmentación de sentimientos y de vivencias, y de sus distintas impresiones sobre lo que convenía hacer en el regreso. Seguía siendo extravagante para entonces la confidencia de Francisco Ayala: «debo confesar», explica en 1972, «que para mí la condición de exiliado no estuvo configurada en los términos dramáticos tan frecuentes. Será acaso una cuestión de personalidad; o quizá el hecho mismo, indicado antes, de no dar a los problemas relacionados con la política esa tensión religiosa que los hace absolutos». Pero esa experiencia fragmentada en etapas y en posiciones intelectuales o políticas diversas ha sido ya una exigencia intelectual del relato del exilio casi en el siglo XXI, como lo ha sido la nueva comprensión también del franquismo más allá de las reconfortantes simplezas derogatorias y más atenta a examinar sus

estratos y sus leves mudanzas, su complejidad evolutiva y las disfunciones que el tiempo y la lucidez fueron generando en la cultura española de la victoria (y de la resistencia).

La disparidad de vivencias del reencuentro no está regulada tanto por la fuerza de las convicciones ideológicas como por la biomorfología ética de cada exiliado y las condiciones de su propia biografía. A finales de los sesenta, los exiliados actúan estimulados por la sensibilidad que han descubierto en el interior, por los espacios de difusión que han ido ampliando, por las connivencias ideológicas y culturales que detectan. Algunos sienten un trato limitado sólo al mero respeto formal o reverencial, mientras otros integran sus biografías en las nuevas redes cómplices que ha visto crecer el final del franquismo. La resistencia del interior se ganó a pulso ese respeto del exilio, con su melancolía a cuestas y hasta a veces con el resentimiento incurable de tantos años de olvido y menosprecio. Con mejor o peor ánimo, fabrican cultura democrática en una alianza sin ley con la cultura democrática del interior, aunque la resonancia escasa de sus trabajos y aunque la sensación de invisibilidad que tanto atormenta a Max Aub sean reales: no podían dejar de ser reales, y en cambio lo que ni ellos mismos hubiesen imaginado es que dentro del régimen reapareciesen como autores vivos (aunque amputados). La creciente abundancia de enlaces y sintonías en el interior, la evolución ideológica en sentido antifranquista de algunos de los mayores y la creación de una red de acogida difusa, desarboló definitivamente los recelos en torno al regreso. La percepción mayoritaria en el exilio era favorable a esa reintegración y la actitud contraria no sólo era ya inútil sino abiertamente contraproducente.

Cuando Ayala está organizando en 1970 el desembarco de su obra novelesca (en Seix Barral, de Barcelona) y ensayística (en Taurus y Aguilar, de Madrid), entendía que «este país vuelve a estar en el mundo, pese a todas las resistencias que tratan de impedirlo». Era lo que había ido intuyendo el mismo autor como mínimo desde España, a la fecha, publicado en Buenos Aires en 1965, o lo que Juan Marichal había explicado en El nuevo pensamiento político español el año 1966, primero en una revista de París y después en formato de libro en México. Ayala explicaba también por entonces, en otro libro más aparecido en España, que literatura del exilio le

parecía una abstracción más vacía de sentido que significativa, porque agrupa experiencias enormemente dispares, porque no aclara sino que confunde, porque no discrimina sino que amontona, porque tiene peso de arma antes que de análisis: «ahora», decía en 1972, «cuando la producción de los exiliados empieza a ser conocida en su país de origen, ese brillo, ese prestigio de lo remoto ignorado, se va sustituyendo por el juicio acerca de las realidades literarias concretas». Y empieza más libremente la posibilidad misma de la lectura crítica en condiciones que explica el propio Ayala: «es sano que desaparezca ese mito, como tantos otros creados por la anómala situación en que hubo de encontrarse el país».[125]

JÓVENES CANÍBALES

Ni el poder franquista acabó pronto ni el exilio pudo ganar apoyos para acabar con el franquismo; ni el franquismo logró proteger a la cultura peninsular del contagio del exilio ni el exilio se desentendió de la España del interior; el exilio no encarnó heroica y exclusivamente la derrota porque fueron muchos los derrotados y resistentes del interior; el telón de acero se fue haciendo cortina de hojalata y, con todo, tampoco la ilusión del regreso pudo mantenerse viva demasiado tiempo porque no hay ruta de regreso a la memoria. La última y más insospechada desilusión tiene que ver, sin embargo, con la construcción de la democracia, bien fuese en forma de República, como muchos mantenían, bien fuese en forma de monarquía, como otros sospechaban que sucedería. En 1962 las fuerzas de la oposición en Múnich habían firmado un breve documento conjunto que asumía la indefinición institucional –República o monarquía– para el futuro democrático. Diez años después, sin embargo, podía adivinarse ya que el exilio tampoco iba a tener el papel político de impulso y dirección que había soñado tener en el imaginado posfranquismo, llegase cuando llegase. La caducidad de los enfoques ideológicos y políticos de muchos exiliados, incluso la antigüedad misma de su lenguaje, volvería a dejarlos fuera del presente histórico, o en los fondos del armario democrático.

A medida que nos acercamos al final del franquismo, los conflictos entre la joven resistencia del interior y el exilio han ido agravándose tanto entre los distintos grupos socialistas como entre los comunistas. En el PSOE y en el PCE esos desencuentros habían sido una constante histórica desde los años cincuenta y lastraron la posibilidad de armar un frente unitario de lucha antifranquista primero y posfranquista después. Pero ambos partidos resolvieron esa situación de modo dispar y con resultados antitéticos. El PCE había asumido la expulsión de Semprún, Claudín y Vicens como resultado de la disidencia analítica e ideológica y la preparación del posfranquismo en el PCE mantuvo la misma pauta de subordinación al exilio: mantuvo a los nombres históricos sin apenas relevo hasta bien entrada la democracia. Las caras y los nombres que hubieron de concurrir a las primeras elecciones de 15 de junio de 1977 –tras una legalización que llegó apenas dos meses antes– seguían ligados a la guerra y al pasado exiliado, como Santiago Carrillo, Dolores Ibárruri, Gregorio López Raimundo, Simón Sánchez Montero, Ignacio Gallego...

Los socialistas recorrieron ese camino en condiciones inversas. Al menos desde los tiempos de Antonio Amat y de Luis Martín-Santos, el socialismo del interior había congeniado mal con las posiciones fuertes de los exiliados, demasiado anclados, cuando menos formalmente, en las posiciones históricas de 1939. Los recelos entre ambas partes sólo podían agudizarse ante la prolongada inminencia del final de Franco, pero además el socialismo del interior ligado al PSOE necesitaba imponer su autoridad histórica sobre los demás grupos socialistas, en particular sobre el muy pequeño pero prestigioso Partido Socialista del Interior, de Enrique Tierno Galván, reconvertido en Partido Socialista Popular en 1974. Y todavía más: necesitaba decantar decididamente la pugna entre exilio e interior en favor de los nuevos y jóvenes socialistas crecidos en el interior pero con escasísima implantación. En el Congreso de Toulouse de 1971 Nicolás Redondo sustituía a Rodolfo Llopis como secretario general de la UGT y en 1974 y en Suresnes, Felipe González se convertía en el nuevo secretario general del PSOE en sustitución del mismo Rodolfo Llopis. La situación era profundamente traumática no sólo porque significaba un relevo generacional de cara al posfranquismo previsible, sino también porque implicaba la primera piedra del licenciamiento político del exilio. La sutura de la

sociedad española con el pasado democrático no iban a practicarla los exiliados, sino los jóvenes socialistas que los habían suplantado, aunque para la inmensa mayoría de la sociedad española eran tan desconocidos los nombres del exilio como los nombres del interior. Pero actuarían bajo las siglas históricas del PSOE porque, como ha escrito Santos Juliá, bajo la apariencia de una renovación en 1974 el partido vivió una refundación. La sutura no iba a ser obra de los custodios de la República, sino de los jóvenes que encarnaban los valores de la libertad y la democracia desde la España del interior y para la España joven del interior, incluso con alguna tolerancia gubernamental hacia el propio Felipe González (desde 1973 disponía de pasaporte para moverse por Europa, según explicaría él mismo tiempo después).[126] Los tres años que van desde 1974 hasta las primeras elecciones de 15 de junio de 1977 repartieron la confianza de los electores entre el partido del formal y joven presidente del gobierno, Adolfo Suárez, con 165 diputados, y el PSOE de los jóvenes con pinta de «colegiales», como los apodó alguna vez Tierno Galván. Se llevaron 118 escaños frente a los rostros y los nombres ligados a la guerra y al exilio del PCE y el PSUC, que sumaron 20.

La tragedia última del exilio en democracia fue su disolución en las áreas traseras de una izquierda política y social que no los necesitaba o que incluso los escondía o jubilaba. Políticamente, el exilio a lo largo de la década de los setenta y los ochenta concentró con potencia el valor simbólico de la derrota de la guerra, pero ése no era el motor que iba a activar la confianza en el futuro de una joven democracia, precisamente porque los horizontes intelectuales y políticos rehuían la sombra de la guerra. A la tirantez crónica entre exilio e interior se había sumado la expectativa de la lucha por el poder y con ella la voluntad de expresar que estaban empezando a gestar la democracia sin el liderazgo ni el tutelaje del exilio. No insinúo que hubiese un pacto de olvido decidido de antemano entre los jóvenes demócratas hacia el exilio, sino que el precio político del futuro era el sacrificio del exilio y su relevo de las primeras líneas de acción. Era la solución más inmediata y más simple, quizá también la más instintiva, para buscar el fortalecimiento de una opción de poder real y minimizar al mismo tiempo los riesgos de la salida de una dictadura cuyo fondo de legitimación estuvo en el 18 de julio hasta el final. El futuro no

estaría hecho de pasado, de rencores de pasado o de reparaciones urgentes del pasado.

En el juego de equilibrios de la transición hubo lugar para muchas traiciones y rectificaciones, y los jóvenes demócratas urdieron también las suyas. Sintieron que la invocación del exilio como encarnación de una legitimidad democrática retrotraía el presente a la etapa de la Segunda República, y ése era un lastre gravoso además de políticamente inoperante. No es una ley universal ni lo describo así: por supuesto que Ramón Rubial, desde el lado socialista, entendió su papel como puente transitorio desde el pasado hacia el futuro, o Josep Tarradellas, por el lado catalán, tuvo que resignarse muy a disgusto a esa función pasajera. La vivencia general fue que el exilio valía como referente simbólico, pero era infecundo en términos de estrategia política y electoral o dificultaba gravemente la pacificación del tráfico político de la transición. La presencia de la Pasionaria y de Rafael Alberti en las cortes de la nueva democracia tuvo un extraordinario impacto psicológico. Se hicieron imborrables esas imágenes de dos ancianos de luto y pelo blanco en las pantallas en blanco y negro de la primera transición, en plenas cortes constituyentes de 1977, como si estuviesen transmitiendo por su cuenta el final feliz de toda esta trágica historia. Pero en el fondo transmitían también la melancolía del desfase histórico, o de la anacronía: no podían leerse como valores de futuro para una democracia sin ganas de resucitar tambores de guerra.

En los jóvenes socialistas pugnaron entonces dos sentimientos encontrados. Reconocían su deuda hacia una causa y una biografía entera de exilio y de lucha antifranquista, pero también sospechaban la inoperancia política de esas biografías y esos idearios políticos en la etapa posfranquista. Mientras la dirección del PCE en la transición siguió en manos del viejo exilio, empezando por Santiago Carrillo, los nuevos y jóvenes socialistas cambiaron las reglas del juego y las adaptaron pragmáticamente a la lucha por el poder. Había una coherencia de fondo fatal expresada en la juventud del heredero de Franco desde 1969, Juan Carlos, y no su padre, Don Juan, y por supuesto con su decisión de escoger a Adolfo Suárez como primer presidente de la transición en 1976. A esa misma lógica de adaptación política a la realidad, pero

sin relevo generacional, correspondía el pacto que llevó a Carrillo a renunciar a la bandera republicana en la legalización de la Semana Santa de 1977.

Los socialistas entendieron que arriesgaban el futuro del poder si el pasado suplantaba a un presente que no estaba hecho ya de clases sociales y capas generacionales con biografía de guerra. Esa amortización del exilio fue tanto una convicción como una necesidad política e histórica, incluso de carácter social, que tuvo sentido para urdir una democracia sin los riesgos de una reactivación de la tensión de 1936, pero tampoco de 1939: ni la revancha de los derrotados que pudieran desear los sectores más radicales ni la perpetuación inmovilista de los herederos del franquismo. No hubo muchas más cosas claras en la transición democrática, pero ésa sí: el fantasma de la guerra civil encarnaba el temor a volver a perder el paso con respecto a la Europa democrática y el riesgo de involución militar no era una amenaza menor o remota. Fue el último acto de la tragedia del exilio porque su mera presencia y su desconexión con la sociedad de 1975 o 1978 dejó a muchos en medio de un proceso político que no sentían como suyo. Era un callejón sin salida. Los más lúcidos entendieron que el papel más consecuente y útil era el de la integración política y cultural en la marcha incierta del nuevo sistema, además del respaldo simbólico a una nueva sociedad que casi no les concernía biográficamente, o les concernía ya muy a toro pasado. Las expectativas de las clases medias que venían del franquismo cobraron a partir de 1976 unas ganas súbitas y aceleradísimas de salir del pasado y entrar en el país prometido: europeo, moderno, democrático, normal. El partido que había de encarnar en 1982 la consolidación de esa democracia normal encontró en Felipe González el combustible ideológico y la energía simbólica para que los inexpertos votantes de esa democracia en agraz reconociesen en él y en jóvenes como él la garantía de un socialismo con muy poco pasado y casi sin edad histórica, mucho más atractivo y seductor que la historia de la resistencia o el ejemplo de las figuras del exilio ligado a la guerra y el antifranquismo. La tragedia se consumaba con una desaparición de la primera escena y otra vez con una pluralidad de reacciones ante ese sacrificio: mientras muchos lamentaron ese papel marginal más allá del resignado apoyo a las opciones políticas de los jóvenes, otros comprendieron y animaron

sus razones humanas y políticas.

Pero el grueso del exilio intelectual era cada vez más reducido y la desaparición de numerosos exiliados era simultánea a la agitación del cambio, o a sus inmediaciones: León Felipe había muerto en 1968 y José Gaos en 1969, Guillermo de Torre en 1971, Picasso y Max Aub en 1972, Corpus Barga moría en 1975 y Juan Rejano y Segundo Serrano Poncela en 1976, Herrera Petere al año siguiente y Madariaga y Arturo Serrano-Plaja en 1978, Juan Larrea en 1980, Buñuel en 1981, Ramón J. Sender en 1982... Difícilmente los supervivientes iban a establecer lazos a medio plazo con la nueva democracia ni encontrarían tampoco la fuerza ni el espacio social y político para injertarse en ella activamente. Y siguió perpetuada la fragmentación del exilio, que tampoco en el reencuentro tiene un relato único: no todos pensaban igual sobre lo que había de ser el tránsito político a la democracia ni todos se resignaron al protagonismo cultural que desempeñaría el interior. Ese papel secundario del exilio en la transición significó a la postre una vuelta de tuerca más en el dolor de quienes pensaron que había llegado por fin su hora cuando en realidad había pasado ya. Vicente Llorens supo decirlo sin rencor en torno al año 1976, cuando sentía muy lejana la tensión de la política española y declaraba a Cambio 16 que «no soy políticamente español». Se sentía más espectador que ciudadano y sin duda «me encantaría, eso sí, que hubiera en España un régimen libre, democrático», pero a esas alturas sólo era «un extranjero que tiene aquí sus raíces», dispuesto a volver con gusto a trabajar o a ver a los amigos...[127]

Pero como tantos otros exiliados Vicente Llorens tenía parte de su obra editada en España, al menos desde 1967; sus libros formaban parte de las referencias básicas de los jóvenes historiadores e investigadores, y al igual que otros exiliados –desde Luis Cernuda o Américo Castro hasta Mercè Rodoreda o Ferrater Mora–, sus obras contaban sin duda entre las minorías culturales e intelectuales, al igual que Rosa Chacel se había sentido privadamente resarcida gracias a sus nuevos amigos o al igual que Francisco Ayala reservaba uno de sus mejores libros narrativos, El jardín de las delicias, para la barcelonesa Seix Barral en 1971, mientras Jorge Guillén veía una primorosa edición en Barral Editores de su poesía completa. En la última década del régimen de Franco no se había

podido leer a todo el exilio, ni desde luego se pudieron leer las novelas más comprometidas políticamente, pero las minorías intelectuales y académicas pudieron empezar a hacerse una idea cada vez más fidedigna del significado de la cultura exiliada. Mientras las relaciones del exilio político con la resistencia del interior fueron recelosas y poco fluidas, incluso abiertamente enconadas en muchos tramos de la izquierda, la literatura y la cultura del exilio desempeñaron en gran medida el papel opuesto: aunque no llegasen a recobrar el tiempo perdido y aunque sus lectores fuesen escasos, figuraban como primeras referencias en la estimación de la vida democrática porque sus obras encarnaban el magisterio de una cultura de alto voltaje por fin reintegrada. El exilio cultural no padeció la dureza del campo de batalla de la política y el poder. Un libro más o una entrevista o una reedición valían como una nueva conquista, aun fragmentaria y escasa, de lo que llegaría tras la muerte de Franco. Sus obras, aunque no fuesen todas, significaban primeros peldaños de una restitución cada vez más integral. León Felipe había fallecido sin que se autorizasen reediciones de su obra en España pero habían puesto música a sus poemas Paco Ibáñez o Joan Manuel Serrat; Max Aub podía reeditar en Barcelona en 1970 su Jusep Torres Campalans pero no la serie de los Campos, y Ramón J. Sender pudo ganar el Premio Planeta en 1969 con El bandido adolescente pero no pudo reeditar el Réquiem por un campesino español (que, sin embargo, sería lectura tan canónica en la enseñanza media en los años de la democracia como pudo serlo Nada o La colmena). Ambos se hallaban en posiciones políticas ya muy disímiles, pero ambos estaban, con esas y algunas otras obras, en las librerías españolas.

Culturalmente, el problema más grave en la transición fue otro. La sociedad del final del franquismo y de la transición desoyó las llamadas de las élites intelectuales y culturales al valor del exilio y de su literatura. O la gente nueva de España no sintió que ese mundo tan antiguo despertara su curiosidad más allá del valor sentimental o legendario que encarnaba su regreso o su presencia simbólica. Pero no hubo ni abandono ni repudio de la obra del exilio, y el primer artículo de opinión del nuevo diario El País, el 4 de mayo de 1976, era un artículo de Rafael Alberti en homenaje a León Felipe. Lo acompañaba una nota de la redacción según la cual «mientras la voz de Rafael Alberti no suene entre nosotros, bien

puede decirse que todavía un trozo de España rota permanece perdido».[128] Y eso significaba que darían cabida en las páginas culturales a cuantas noticias o publicaciones o actividades tuviesen que ver con aquella tradición que regresaba.

Sin embargo, fueron muy pocas las obras del exilio que se integraron en el tejido humano e imaginario de las clases medias ya en democracia: para las élites intelectuales y universitarias figuraron como su alto trasfondo y encarnaron la inteligencia dilapidada sin remedio mucho tiempo atrás, pero no tuvieron apenas incidencia en los gustos, los modelos, las lecturas y los fetiches de la inmensa mayoría de los ciudadanos. A pesar de tenerlos ya a mano, a pesar de tener sus libros e información sobre ellos y sus vidas, no eran las lecturas que pasaban de mano en mano ni eran sus nombres los protagonistas más visibles e influyentes de la sociedad española. La cultura literaria de España desde finales de los años sesenta y en los setenta maduró y aprendió más cerca de la prosa, las imágenes, las palabras y los sentimientos de quienes estaban en España, de quienes hablaban por boca de los cambios en España. Fueron ellos los escritores o creadores que contaron los avatares de una sociedad democrática desde la matriz franquista que todos soportaron y en la que había crecido también su público: Juan Marsé o Juan Benet, Gil de Biedma o Claudio Rodríguez, Carmen Martín Gaite o Rafael Sánchez Ferlosio, Joan Fuster o Carlos Castilla del Pino, Sainz de Oiza o Luis de Pablo, Oriol Bohigas o Antoni Tàpies.

La fractura social había sido demasiado honda y esa misma fractura fue la base de la fractura política: cuando fue posible empezar a leer o admirar a los exiliados, no hubo público para ellos, y el que hubo no bastó para restituirles el tiempo pasado ni transmitió el vértigo del éxito o del triunfo por fin reconquistado. El exilio no sintonizó ni era fácil que pudiese sintonizar con una democracia que quiso y necesitó caras nuevas, ideas nuevas, voces nuevas, partidos nuevos, aunque llevasen las siglas de los viejos, y aunque entre sus tótems estuviesen los líderes históricos del exilio o grandes creadores. Habían sido víctimas del franquismo e iban a serlo ahora también de los legítimos intereses de una democracia en marcha. A los exiliados que salieron por Portbou les esperó una segunda derrota vivida ya sin el patetismo originario sino con la resignación sin

cólera de haber perdido todos los turnos históricos.

Mientras los lectores de los años sesenta y de los setenta disfrutaban como fieras con Vargas Llosa o Cortázar, con García Márquez o Carpentier, con Cabrera Infante o con José Donoso, en Max Aub no leían el humor de Eduardo Mendoza, en Ramón J. Sender nadie encontró el desparpajo y la neovanguardia de Manuel Vázquez Montalbán, en Rosa Chacel nadie vio la insolencia lírica de Umbral ni la solemnidad justificada de Juan Benet, en Arturo Barea nadie vio la precisión emotiva de Juan Marsé, y nada de eso fue culpa o responsabilidad de los exiliados, pero no lo fue tampoco ni de la nueva sociedad literaria del interior ni de los nuevos lectores. Llegaban físicamente o se editaban en España fuera de su tiempo, en el destiempo, para decirlo con Claudio Guillén, o sólo con el tiempo muy justo para regresar de manera fugitiva a las editoriales o las colecciones populares, ya casi sin resuello para entrar en la reserva protegida de los manuales de historia literaria, o en el callejero de grandes ciudades, o en la rotulación de institutos, escuelas o bibliotecas. Pero ya no en los sueños, las fantasías, los deseos y los interiores domésticos de una sociedad que deploraba su historia pero no se reconocía en sus fábulas o en sus versos, sin armas para integrar relatos y vivencias que no eran suyos sino de un tiempo remoto y antiguo, venerable pero invivible.

EN EL FIN DE SIGLO: ELEGÍA Y MEMORIA

A mediados de los años noventa los supervivientes del primer exilio son muy pocos. La mayoría ha continuado sus vidas en sus nuevos países y unos pocos escritores y creadores se han reintegrado en la vida democrática, han escrito y publicado en España, y les ha llegado también una forma de reconocimiento parecida o equiparable a la de escritores de su misma edad o trayectoria cultural, pero sin exilio. Sin embargo y en su conjunto el exilio cultural podría encajar en la observación que el escritor Juan García Hortelano formuló en 1991 a propósito de Pedro Salinas: «por mucho que se pretenda asumir la herencia de aquellos hombres que iluminaron fugazmente las tinieblas de la tradición, su legado

pertenece al museo de las experiencias frustradas».[129] Aunque el novelista había crecido en la posguerra leyendo también a Pedro Salinas, a Rafael Alberti o a Juan Ramón Jiménez, entendía que sus obras no habían fertilizado la cultura española. Era un modo de enunciar la dificultad de reintegrar en plenitud el legado del exilio en una democracia de jóvenes y para jóvenes. Sus baterías de alimentación no estaban en el pasado, ni siquiera en lo que había sido su propio pasado sentimental y políticamente añorado. La interminable duración del franquismo arruinó la posibilidad de retomarlo vivo, y la fabricación de la libertad y de una cultura democrática apenas había dado tregua para mucho más.

La invisibilidad social y cultural del exilio en los años setenta y ochenta no significa, sin embargo, que las élites culturales y los medios intelectuales de la transición se olvidaran de ellos o abandonasen los trabajos iniciados a finales del franquismo. Pero esa atención estuvo muy lejos de las expectativas de algunos de los exiliados, y defraudó también las expectativas de quienes se sintieron herederos no sólo de una obra literaria, sino del significado político de aquella herencia. El respeto por el exilio y las formas de canonización de su obra fueron tempranos, como se ha visto, pero fueron también minoritarios o carecieron del suficiente respaldo social, político e incluso literario. No había llegado el tiempo aún de regresar libremente al pasado para tratarlo sin miramientos, pero tampoco fue obviado. El socialismo en el poder desde 1982 no tuvo especial interés en sacar de los departamentos universitarios el empuje para honrar la memoria colectiva del exilio político, pero algunos de los exiliados vivieron peripecias menos adversas en su regreso (o en su estimación crítica). Fuera de raras excepciones, no hubo hostilidad ni menoscabo para escritores como Rosa Chacel o Jorge Guillén, María Zambrano o Max Aub, ni León Felipe ni desde luego Rafael Alberti o Pedro Salinas, pero no eran protagonistas de la agenda cultural de la democracia ni lo fueron a lo largo de los gobiernos socialistas. Menos protagonismo tuvo aún, en términos culturales o sociales, el grueso del exilio cultural y su inmensa lista de poetas, novelistas, dramaturgos, ensayistas, críticos, tanto si murieron en sus nuevos países como si volvieron. Algunos de los que volvieron, muy pocos, obtuvieron premios importantes como el Nacional de las Letras o el Premio Cervantes: fue el caso de Rosa Chacel y de Jorge Guillén, fue el caso de

Francisco Ayala, de Rafael Alberti o de María Zambrano hasta mediados de los años noventa.

No es mucho, porque los exiliados habían sido muchos más, pero ya no estaban. La mayoría no llegó a Volver a empezar como dulzonamente contó la película de José Luis Garci premiada con un Oscar en 1983. Su integración fue menos relevante o más tortuosa porque seguía siendo improbable que el mercado cultural de una democracia en construcción encontrase un espacio propio para esa sombra histórica, todavía mal iluminada, desdibujada o reducida a menudo a hombres mayores con pocas sintonías en la nueva España. Muchos de ellos siguieron apareciendo en colecciones de textos académicos, algunos recibieron homenajes universitarios y congresos que estudiaban sus obras. Sectores universitarios, editoriales y periodísticos tampoco fueron ahora ni insensibles ni desatentos a sus obras aunque socialmente el peso del exilio siguió siendo escaso. En un artículo escrito al calor del regreso del Guernica, uno de los jóvenes más brillantes e insolentes, Fernando Savater, quiso rebajar la euforia triunfal del nuevo poder para lamentar que «hay Guernicas que no vuelven: porque ni quieren ni pueden, claro. Algunos siguen fuera, como María Zambrano, pero otros no vuelven aunque ya están aquí, como José Bergamín o Juan Gil-Albert». Pero en todo caso sin protección: «aquí preferiremos esperar otros cincuenta años para luego montar una retrospectiva necrológica, con catálogo elegante y cóctel de personalidades el día de la inauguración».[130]

Las cosas iban a cambiar algo antes, hacia el fin de siglo, como iban a cambiar para el conjunto del pasado épico de nuestra historia. El exilio ha vivido, aunque de forma proporcionalmente menor, una dinámica parecida a la que ha inducido a los lectores y a los espectadores al regreso a las trincheras de la guerra, a los desastres de la posguerra o a la aventura trágica del maquis. Esa primavera cultural que experimenta en España el ciclo de la República, la guerra y la posguerra abraza también al exilio y sus efectos sólo pueden ser beneficiosos en todos los sentidos. La crecida de la memoria histórica arrancó desde finales de los años noventa, pero sin capacidad todavía de movilizar cifras significativas de lectores o de cuotas de pantalla, aunque sí ya con primeras fosas abiertas en busca del pasado. El año del salto fue 2001, y desde entonces

empezó a crecer la marea. El exilio reapareció como una pieza más del imaginario mítico de los nietos de la guerra: el exiliado y excombatiente de la División Leclerc Antonio Miralles recibía en su residencia de ancianos de Dijon la visita ansiosa de un joven periodista en busca de héroes silenciados u olvidados en la España democrática. Ese reencuentro de los nietos con la guerra del pasado lo leyeron multitudes de personas conmovidas en las páginas de Soldados de Salamina, de Javier Cercas. Se abrió ahí una espita o saltó el tapón de un interés multitudinario que excedió ampliamente el ámbito de las letras y se convirtió en un fenómeno social. Había habido muchas y excelentes novelas o películas sobre la guerra antes de 2001, pero ninguna había generado un efecto de arrastre tan vasto, nacional e internacional, y en tantos estratos sociales y en edades tan diversas como sucedió con Soldados. Desde entonces, ya no ha perdido impulso el regreso a las penurias del pasado, aunque sea de manera póstuma y elegíaca, porque es la única que ha quedado tras la muerte: historia, memoria y literatura. Son los requisitos del mito frente a las condiciones de la realidad: ha regresado ese tiempo en forma de geografía mítica de la cultura española, como carne de ficción literaria o cinematográfica, de estudios académicos y reportajes periodísticos, como si hubiese sido verdad que el pasado fue olvidado por la democracia, cuando su escaso protagonismo tuvo razones de supervivencia política de la misma transición. Aquella nueva sociedad no se reconocía en los rostros y los nombres del pasado –o lo hizo de manera minoritaria–, sino en las promesas inciertas de los jóvenes, en las fiestas de una democracia fresca, juvenil, admirada desde fuera y globalmente tonificante frente a las tristezas rutinarias de nuestra historia. Pero esa sociedad es ya hoy otra también, treinta años después.

No es fácil conjeturar las causas de esa resurrección social y cultural del pasado reciente. Pero hay algunas presumiblemente seguras: la biológica es la más obvia, porque atañe a las biografías de quienes sólo han conocido el presente democrático y han sentido el deseo de regresar a la guerra como origen de una trama dramática que para ellos sin duda es remota. Esa inflexión puede situarse en los últimos años noventa por esa razón biológica, pero también por otra de carácter político con dos vertientes. En los años de gobierno socialista fue mutando la clásica percepción patética de la historia de España como historia con final infeliz para empezar a ser ya

verdad, sobre todo tras las consagraciones de 1992, que la historia empezaba a terminar bien porque se había acabado la transición. No hubo un nuevo retroceso que frustrase la ruta constitucional y moderna ratificada tras el frustrado golpe de 1981 con la victoria socialista de 1982. Desapareció el discurso lastimero sobre los males congénitos, desapareció la sospecha de incurrir de nuevo en retrocesos temibles. Casi nadie discutía ya que España asumía por fin el rostro internacional, político y cultural, que no debió haber perdido en 1939 o, mejor, en 1945, pese a malformaciones sociales y políticas todavía gravosas.

Sin embargo, la victoria del Partido Popular en 1996 y, sobre todo, la mayoría absoluta del año 2000 dispararon las alarmas sobre la verdadera naturaleza política de la derecha en España. Se empezaron a oír y se empezaron a alimentar por entonces no sólo reivindicaciones más o menos explícitas del legado de modernidad económica y social franquista, sino también rehabilitaciones y hasta autodefensas de algunos de los responsables políticos del franquismo, todavía vinculados al Partido Popular aunque casi nunca en puestos de visibilidad mediática (excepto Fraga Iribarne, inmune a todo pudor). Por entonces empezó también la popularización de las tesis neofranquistas de algunos periodistas y divulgadores (muy desacreditadas en los medios historiográficos profesionales). En el fondo venían a reactivar en democracia los fundamentos legitimadores que el franquismo había difundido para justificar la guerra civil y su propio poder. La memoria del pasado vencedor sentía por fin acabada su travesía del desierto con el final de los gobiernos socialistas. Y había llegado también para ellos el momento de revisar el franquismo de forma más benévola y complaciente hacia su tinglado. La mayoría absoluta en 2000 dio rienda suelta a lo que hasta entonces había sido una propensión latente o reprimida.

No hay coincidencia azarosa de fechas, sino un efecto acumulativo en el que se combinan distintos sumandos. Las razones biológicas y las políticas pusieron en marcha una movilización social que se tradujo en un inesperado protagonismo político-cultural de libros, novelas, documentales, películas, fascículos y actividades que expresaban la fascinación mítica que aquel pasado despertaba en quienes no lo habían vivido (y al mismo tiempo satisfacía la

necesidad nada mítica de conocer mejor, o desde nuevos puntos de vista, lo que los mayores habían vivido, al menos en parte). Y ya no se trató únicamente de poner a disposición de estudiosos aplicados o de jóvenes doctorandos los materiales de investigación sobre el pasado –como había sucedido hasta entonces–, sino de vivir la sorpresa de que aquel pasado destinado a ser carne de archivo y monserga regresaba a la actualidad en forma de consumo cultural vivo y en forma de espacio mítico. Por eso un novelista tan atado intelectual y sentimentalmente a ese pasado de la derrota como Antonio Muñoz Molina escribió con alivio precisamente en 1996 que «a pesar de todo, de tantos años y tanto desconocimiento, de aquel olvido que según él [Max Aub] trepaba como una hiedra por España, sus libros vuelven poco a poco a recuperar su ciudadanía entre nosotros, al mismo tiempo que se han ido cumpliendo algunas invenciones tan fantásticas como las del discurso de 1956» (en alusión a su discurso fabulado de ingreso en la Academia de la Lengua). Por supuesto que Max Aub tenía sus estudios y sus monografías, sus obras estaban editadas y habían aparecido cuidadas ediciones de materiales inéditos. Pero Muñoz Molina no estaba hablando de esa restitución académica, sino de otra cosa. Invitaba a la rehabilitación del exilio cuando empezaba en los nietos de la guerra el reconcomio de explorar con machete y salacot ese pasado: «yo no creo que la cultura española pueda lograr su verdadera plenitud si no recobra la tradición abolida en 1939, la herencia intelectual y cívica que representan con tal exactitud los escritores que compartieron la misma edad que Max Aub y un destino semejante al suyo, algunas veces más terrible, y otras no tan definitivamente amargo».[131]

El movimiento de la memoria histórica empezaba seminalmente por entonces. Algunas de las Asociaciones de Memoria Histórica iniciaban su andadura sin apenas repercusión mediática y la celebración el año 2000 de las primeras jornadas de homenaje a los guerrilleros de La Gavilla Verde, en Santa Cruz de Moya, no trascendió a la opinión pública. En la otra cara, algunas narraciones enrocadas en el pasado habían obtenido una considerable resonancia, como Galíndez, que fue Premio Nacional de Literatura en 1991, de Manuel Vázquez Montalbán, o de un hombre veinte años más joven, El jinete polaco, de Antonio Muñoz Molina, que ganó el mismo año el Premio Planeta, o el relato de Manuel Rivas,

incluido en su libro ¿Qué me quieres, amor? (1996), titulado La lengua de las mariposas, que adaptaría al cine José Luis Cuerda en 1999. A Fernando Trueba le llegaba otro Oscar, diez años después del de Garci, por una película que casi por sí misma revelaba los tránsitos vividos entonces en España, Belle Époque (1993). La devoción por Ramón Gaya ha sido antigua en Andrés Trapiello y en gran medida de ahí arranca la recreación del viaje del Sinaia en su novela Días y noches, en 2000, después de haber contado con una nueva voz lo que habían sido Las armas y las letras durante la guerra civil en 1994. Faltaba muy poco para que esas historias del pasado se convirtiesen en fenómeno popular o con carácter netamente masivo. Pero en gran medida fue el descaramiento de la derecha, su desacomplejada defensa o dulcificación del pasado franquista lo que favoreció que la historia de los vencidos encontrase una fuente de legitimación y un respaldo explícito por parte de la izquierda parlamentaria y hasta mediática e intelectual.[132]

Desde 2001 la notoriedad y popularidad del regreso al pasado ganó lectores y espectadores impensables años atrás para libros o películas que recreaban una y otra vez los orígenes épicos del presente, con títulos como Los rojos de ultramar (2004), de Jordi Soler, o el ensayo narrativo Enterrar a los muertos (2005), de Ignacio Martínez de Pisón, o un par de novelas de Almudena Grandes tan leídas como Los aires difíciles (2002), adaptada al cine por Gerardo Herrero en 2006, o El corazón helado (2007). Estos novelistas son nietos de la guerra –como muchos otros autores que se sumergieron en ese pasado, desde Dulce Chacón hasta Suso de Toro–, aunque también volvieron a él los mayores, con otros imprevisibles éxitos literarios como los relatos de Alberto Méndez en Los girasoles ciegos (2004) y la adaptación cinematográfica que realizó en 2008 el mismo José Luis Cuerda. Ese pasado estuvo también en las pantallas cinematográficas a través de la adaptación que David Trueba hizo en 2003 de Soldados de Salamina, o de la fantasía amarga con la guerra de fondo que había en El laberinto del fauno, de Guillermo del Toro, en 2006, o de la conmovedora historia de Las trece rosas que noveló Jesús Ferrero en 2003 y rodó Emilio Martínez Lázaro en 2006, por no hablar de los numerosos documentales biográficos y de investigación que evocaron desde entonces en las televisiones, y en horarios de máxima audiencia,

otros dramas de un mismo ciclo histórico: los niños perdidos del franquismo, los niños de Rusia, las tragedias de la guerrilla y el maquis, los exiliados y el éxodo de Portbou, los trenes de la muerte a la Alemania nazi, las peripecias de las Brigadas Internacionales o de la División Azul... El exilio comparecía también en algunas de estas obras directa o indirectamente, y lo hace plenamente en otras más, como en Velódromo de invierno, de Juana Salabert, en 2001, en la sorpresa que fue Llámame Brooklyn, de Eduardo Lago en 2006, en la biografía novelada Max Aub, novela, de Javier Quiñones, en las historias de vida que reunió Julià Guillamon en El dia revolt, de 2009. La traducción política de esa fascinación general cristalizó en 2007 con la ley de memoria histórica del gobierno de Rodríguez Zapatero, en cuyo artículo 2.3 «se reconoce y declara la injusticia que supuso el exilio de muchos españoles durante la Guerra Civil y la Dictadura». Ya para esas fechas había llegado el tiempo de atraer también a quienes asumieron en otros momentos el sacrificio político del exilio. Alfonso Guerra en 2002 no era ya el Alfonso Guerra que había coprotagonizado la transición, y en su nuevo papel justificaba la invención de un libro, un documental y una excelente exposición sobre «la epopeya del exilio español» apelando a la necesidad de «reparar un olvido injusto y malsano».[133]

Treinta años después de la jibarización política del exilio, esta última década ha empujado su definitivo rescate humano y cultural en conmemoraciones y celebraciones, en reediciones de sus obras como clásicos, en ediciones de epistolarios y memorias, en obras completas y centenarios, en noticias de telediario, en series televisivas y en actos de Estado. La obra poética del exilio de Juan Ramón Jiménez ha sido accesible de manera decorosa sólo hace unos pocos años, mientras que la relevancia intelectual y filosófica de María Zambrano o el valor novelesco de Mercè Rodoreda han sido casi obra del siglo XXI, pese a que Claros del bosque fue obra de la primerísima transición. Ni Sender ni Max Aub han vivido abandono de sus trayectorias y Arturo Barea o José Bergamín han sido reeditados con cuidado. Las figuras de Luis Cernuda o de Rafael Alberti han tenido una presencia canónica y continuada de primera fila en la vida literaria española casi desde siempre, mientras que Carles Riba, Pedro Salinas o Jorge Guillén tampoco han vivido mitigación alguna de su crédito a lo largo de la

democracia. Del mismo modo que los lectores han empezado a buscar en películas y en novelas, en ensayos y en biografías las razones remotas del presente (desde la derrota o desde la victoria), también el exilio ha entrado en las pulsiones más urgentes de historiadores y estudiosos con importantes obras en los últimos años de Francisco Caudet, José María Naharro-Calderón, Clara Lida, José Antonio Matesanz, Albert Manent o Alicia Alted Vigil. A la espera del diccionario de exilio que prepara, el despliegue de actividades desde 1995 del Grupo de Estudio del Exilio Literario (GEXEL) y de su director Manuel Aznar Soler es abrumador, como lo fue ya la organización simultánea en 1999 de un «Congreso plural» con diversas sedes y genéricamente titulado Sesenta años después. La gran cantidad de material nuevo que conocemos hoy sobre el exilio político y sobre el exilio cultural ha traído un último efecto en el que seguramente se inserta este mismo libro: una percepción del exilio y de sus contradicciones reacia tanto a la momificación heroica como al esquematismo simplificador. Y algo de eso es apreciable en la exposición y el excelente catálogo que ha dirigido Jaime Brihuega, Después de la alambrada. El arte español en el exilio, 1939-1960, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2009. Su experiencia colectiva puede acogerse sin dificultades al relato de una malla de biografías pobladas tanto de desconsuelos y amarguras, de fiascos y traiciones, como de éxitos y logros felices. Tan capaz de obras duraderas y vigentes en el siglo XXI como de obras de menor significación histórica y literaria, aunque ése no es asunto para este libro.

Hay un último fleco, sin embargo. Y es que el proceso actual de memoria histórica ha tenido todavía un efecto colateral que tampoco es nuevo y con el que la democracia ha convivido desde la misma transición. En este nuevo contexto, ha reaparecido con más fuerza que antes el fantasma de la traición a los ideales del exilio, a la modernidad histórica que encarnaba el exilio frente a la modernidad real que fue haciendo la España tardofranquista y la misma democracia. Algunos revisionistas de la transición han encontrado en ese papel secundario del exilio un argumento adicional para cuestionar no tanto la legitimidad del proceso de cambio a la democracia como su incapacidad para cumplir los sueños de una izquierda que se siente defraudada con la socialdemocracia. Es una decepción política de largo alcance

nostálgico porque atañe al desmoronamiento de utopías arrasadas en el fin de siglo europeo, o al menos desamparadas por completo desde 1989 y la caída del Muro. Y sin embargo está presente todavía entre quienes creen que la transición democrática trivializó la herencia de la izquierda ideológica o transigió con rebajas inaceptables en el cuadro de valores que perdió en 1939. Y evidentemente fue así, por fortuna, pese a que algunos crean que el exilio hubiese debido pilotar o fiscalizar desde sus expectativas ideológicas la restitución de la modernidad democrática en España. Pero se equivocan, y al exilio le ha esperado, en la otra cara de la moneda de su historia, la integración en otro ámbito: el espacio mítico donde los nietos de la guerra encuentran hoy la épica que ni vivimos durante la transición ni viviremos, con un poco de suerte, en nuestra cotidiana democracia.

FINAL CON BIBLIOGRAFÍA

Las intuiciones más fecundas nacen, al menos en mi caso, casi siempre de otros, de lecturas acumuladas y antiguas, de multitud de libros ajenos, y en particular en este asunto de los de Claudio Guillén, pero también de lecturas desordenadas de Harry Levin, Edward Said, George Steiner, Sándor Márai o Norman Manea, y de tantos escritores hispanoamericanos contemporáneos con experiencia de exilio, desde Mario Vargas Llosa hasta Guillermo Cabrera Infante. Sin embargo, éste es el lugar donde quiero expresar la utilidad de la discusión con nuestro mejor y más completo experto en el exilio, Manuel Aznar Soler, además de las observaciones a veces cruciales de algunos otros amigos, como JoséCarlos Mainer, Javier Pradera y Javier Cercas, o profesores y amigos de la Universidad Autónoma de Barcelona, como Gonzalo Pontón Gijón (que tuvo la idea de este libro), o de la Pompeu Fabra, como Domingo Ródenas, o de mi misma Universidad de Barcelona, como Joaquín Marco, Jesús Ferrer e Irene Herranz, o de ninguna de ellas, por desgracia, como Jordi Amat.

Mi incomodidad con el relato del exilio empezó a activarse mientras redactaba un capítulo de La resistencia silenciosa (Anagrama, 2004) dedicado a la percepción del exilio sobre el interior, y se agudizó al preparar una antología de artículos de Josep Ferrater Mora, Variaciones de un filósofo, Coruña, Ediciós do Castro, 2004. Se acentuó al revisar una antología sobre el ensayo español que preparé en 1996 y hoy reconvertida (y altamente mejorada gracias a la coedición con Domingo Ródenas) en el grueso volumen titulado El ensayo español. Siglo XX, en la editorial Crítica, y siguió aumentando al comprobar la acogida que Ridruejo obtuvo por parte del sector más valioso y significativo del exilio desde 1954, mientras preparaba el extenso estudio que precede a mi edición de Escrito en España (Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008). De otro trabajo reciente surgieron algunas intuiciones más, como sucedió al armar la antología de Alfonso Reyes –decisivo impulsor de El Colegio de México– que titulé La experiencia literaria y otros ensayos, aparecida en la colección Obra Fundamental de la FSCH este mismo año de 2009.

La bibliografía que sigue no recopila los libros citados en las notas porque quiere ser sobre todo una bibliografía de orientación sobre el soporte en el que pudo pensarse mi propio libro. Tiene carácter de aproximación, dado que la bibliografía sobre este asunto crece a ritmo muy acelerado en los últimos años: la página del Centro Virtual Cervantes dedicada al exilio (http://www.cervantesvirtual.com/portal/exilio/) contiene numerosísimas referencias (limitadas sólo al año 1999), y han de sumarse al Congreso Plural, mencionado ya antes, además de las ediciones digitales de España Peregrina o Las Españas. Por eso una guía excelente es Laberintos, subtitulada Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles, que edita la Generalitat Valenciana desde 2002 bajo la dirección de Manuel Aznar Soler (su primer número de 2002 contiene un dossier sobre Max Aub, el 3 lo dedica a Juan Gil-Albert, el 6-7 a Vicente Llorens...). La otra noticia feliz es el continuado aumento de las reediciones de gran número de obras de autores exiliados, gracias a la Biblioteca del Exilio que dirige Manuel Aznar, pero también a iniciativas como la colección Epístola de la Residencia de Estudiantes, además de las múltiples exposiciones sobre exiliados como Juan Ramón Jiménez, Cernuda, Emilio Prados, Bal y Gay, María Zambrano o los Colegios del exilio en la misma Residencia. Se han sumado también otras fundaciones privadas o vinculadas a los exiliados (desde la muy activa de Max Aub en Segorbe o la Fundación María Zambrano hasta la publicación en marcha de epistolarios de Ferrater Mora desde su Cátedra en la Universitat de Girona o las Obras completas de José Herrera Petere que ha empezado a publicar la Diputación de Guadalajara). Otra gran fuente de la creciente riqueza de los materiales del exilio tiene que ver con la reedición de las revistas que fundaron ellos. Empezó hace muchos años y sigue viva hoy: dos muestras recientes que he utilizado a menudo son la edición facsimilar de Realidad. Revista de ideas, a cargo de Renacimiento y con un estudio refrescante de Luis García Montero, y el Boletín de Información de la Unión de Intelectuales Españoles, a cargo de nuevo de Manuel Aznar Soler, y editado por Renacimiento en la Biblioteca del Exilio.

ABELLÁN, José Luis, ed., Los refugiados españoles y la cultura

mexicana. Actas de las primeras jornadas celebradas en El Colegio de México en noviembre de 1994, Madrid, Residencia de Estudiantes/El Colegio de México, 1998.

—, El exilio como constante y como categoría, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

ALTED, Alicia, La voz de los vencidos, Madrid, Aguilar, 2005.

—, y Manuel AZNAR, eds., Literatura y cultura del exilio español de 1939 en Francia, Salamanca, Varona, 1998.

—, y Manuel LLUSIA, eds., La cultura del exilio republicano español de 1939, Madrid, UNED, 2003, 2 vols.

—, y Lucienne DOMERGUE, eds., El exilio republicano español en Toulouse, 1939-1999, Madrid, UNED/PUM, 2003.

AZNAR SOLER, Manuel, Los laberintos del exilio. Diecisiete estudios sobre la obra literaria de Max Aub, Sevilla, Renacimiento, 2003.

—, ed., El exilio literario español de 1939, Sant Cugat del Vallès, Gexel-Cop d'Idees, 1998.

—, Nigel DENNIS y Bernard SICOT, eds., 60 ans d'exil républicain: des écrivains espagnols entre mémoire et oubli, número monográfico de la revista Exils et Migrations Ibériques, París, Université de Paris 7-Denis Diderot/CERMI, 1999.

—, ed., Las literaturas del exilio republicano de 1939, Sant Cugat del Vallès, GEXEL, 2000, 2 vols.

—, ed., Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939, Sevilla, Renacimiento, 2006.

BALCELLS, José María, y J. A. PÉREZ BOWIE, eds., El exilio cultural de la guerra civil, Universidad de Salamanca, 2001.

BALIBREA, Mari Paz, Tiempo de exilio, Barcelona, Montesinos, 2007.

BRIHUEGA, Jaime, ed., Después de la alambrada. El arte español en

el exilio, 1939-1960, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales/Universidad de Zaragoza, 2009.

CALVO SALGADO, L. M., y otros, eds., Migración y exilio españoles en el siglo XX, Madrid, Vervuert/Iberoamericana, 2009.

CAUDET, Francisco, El exilio republicano en México: las revistas literarias (1939-1971), Madrid, Fundación Banco Exterior, 1992.

—, Hipótesis sobre el exilio republicano de 1939, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1997.

CHICA, Francisco, ed., Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las terceras jornadas celebradas en El Colegio de México en 1999, Madrid, Residencia de Estudiantes/El Colegio de México, 2002.

Cincuenta años del exilio español en la UNAM, México, UNAM, 1991.

CORDERO, Inmaculada, Los transterrados y España. Un exilio sin fin, Publicaciones de la Universidad de Huelva, 1997.

CORRAL, Rose, Arturo SOUTO ALABARCE y James VALENDER, eds., Poesía y exilio: los poetas del exilio español en México, México, El Colegio de México, 1995.

DREYFUS-ARMAND, Geneviève, El exilio de los republicanos españoles en Francia, Barcelona, Crítica, 2000.

FABER, Sebastiaan, Exile and Cultural Hegemony. Spanish Intellectuals in Mexico, 1939-1975, Nashville, Vanderbilt University Press, 2002.

FÉRRIZ ROURE, Teresa, La edición catalana en México, El Colegio de Jalisco, 1998.

—, Revistas literarias del exilio español de 1939 en México: estudio de España Peregrina (1940) y Romance (1940-1941), Universitat de Lleida, 1994, y accesible parcialmente en www.cervantesvirtual.com.

FORMENT, Albert, José Martínez: la epopeya de Ruedo ibérico,

Barcelona, Anagrama, 2000.

GONZÁLEZ DE GARAY, María Teresa, y Juan AGUILERA SASTRE, eds., Sesenta años después: El exilio literario de 1939, Logroño, Universidad de la Rioja, 2001.

GUILLAMON, Julià, Literatures de l'exili, Barcelona, CCCB/ Diputació de Barcelona, 2005.

—, El dia revolt. Literatura catalana de l'exili, Barcelona, Empúries, 2008.

GUILLÉN, Claudio, Múltiples moradas. Ensayo de literatura comparada, Barcelona, Tusquets, 1998.

GUZMÁN MONCADA, Carlos, Una geografia imaginària: Mèxic i la narrativa catalana de l'exili, València, Edicions Tres i Quatre, 2008.

IBARZ, Mercè, Mercè Rodoreda: exili i desig, Barcelona, Empúries, 2008.

LAGO CARBALLO, A., y N. GÓMEZ VILLEGAS, eds., Un viaje de ida y vuelta. La edición española e iberoamericana (1936-1975), Madrid, Siruela, 2006.

LARRAZ, Fernando, El monopolio de la palabra. El exilio intelectual en la España franquista, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009.

LIDA, C. E., México y España en el primer franquismo, 1939-1950, México, El Colegio de México, 2001.

MAGLAT, Gérard, Max Aub y Francia o la esperanza traicionada, Fundación Max Aub/Renacimiento, 2007.

MAINER, José-Carlos, Moradores de Sansueña. Lecturas cervantinas de los exiliados republicanos españoles de 1939, Valladolid, Cátedra Miguel Delibes/Universidad de Valladolid, 2006.

MANCEBO, María Fernanda, La España de los exilios, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2008.

MANENT, Albert, ed., Diccionari dels catalans d'Amèrica,

Barcelona, Comissió Amèrica i Catalunya 1992, 1994, 4 vols.

MARTÍN CASAS, Julio, y Pedro CARVAJAL URQUIJO, El exilio español (1936-1978), Barcelona, Booket (Planeta), 2006, prólogo de Alfonso Guerra.

MARTÍNEZ, Juana, ed., Exilios y residencias. Escrituras de España y América, Madrid, Vervuert/Iberoamericana, 2007.

MATEO GAMBARTE, Eduardo, Literatura de «los niños de la guerra» del exilio español en México, Lleida, Pagès Ed., 1996.

—, Diccionario del exilio español en México, Pamplona, Eunate, 1997.

MATEZANZ, José Antonio, Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española, México, El Colegio de México/UNAM, 1999, 479 pp.

MCCLENNEN, Sophia A., The Dialectics of Exile. Nation, Time, Language and Space in Hispanic Literatures, West Lafayette, Indiana, Purdue University Press, 2004.

NAHARRO-CALDERÓN, José María, coord., El exilio de las Españas de 1939 en las Américas: «¿Adónde fue la canción?», Barcelona, Anthropos, 1991.

—, Entre el exilio y el interior: el «entresiglo» y Juan Ramón Jiménez, Barcelona, Anthropos, 1994.

NOGUER FERRER, Marta, Palabras al viento. Presencia catalana en la prensa cultural mexicana, El Colegio de Jalisco/Generalitat de Catalunya, 2004.

PALENZUELA, Nilo, «El Hijo pródigo» y los exiliados españoles, Madrid, Verbum, 2001.

—, En torno al casticismo: los exiliados españoles, Universidad de La Laguna, 2003.

PIEDRAFITA SALGADO, Fernando, Bibliografía del exilio republicano español (1936-1975), Madrid, FUE, 2003.

PLA BRUGAT, Dolores, Els exiliats catalans. Un estudio de la emigración republicana española en México, México, INAH/ Orfeó Català de Mèxic/Libros del Umbral, 1999.

SÁNCHEZ-CUERVO, Antolín, ed., Las huellas del exilio. Expresiones culturales de la España peregrina, Madrid, Tébar, 2008.

SANTONJA, Gonzalo, Al otro lado del mar. Bergamín y la editorial Séneca, (México, 1939-1949), Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 1996.

—, Los signos de la noche. De la guerra al exilio, Madrid, Castalia, 2003.

SOLDEVILA DURANTE, Ignacio, El compromiso de la imaginación. Vida y obra de Max Aub, Segorbe, Fundación Max Aub, 1999.

SOLER, Valentí, Just Cabot. Vida i cartes de l'exili, 1939-1961, Barcelona, A Contra Vent Editors, 2008.

SOLER VINYES, Martí, La Casa del Éxodo. Los exiliados y su obra en La Casa de España y El Colegio de México (1938-1947), México, El Colegio de México (Testimonios, 5).

UGARTE, Michael, Literatura española en el exilio: un estudio comparativo, Madrid, Siglo XXI, 1999.

VALENDER, James, ed., Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las segundas jornadas celebradas en El Colegio de México en noviembre de 1996, Madrid, Residencia de Estudiantes/El Colegio de México, 1999.

—, y Gabriel ROJO LEYVA, eds., «Las Españas». Historia de una revista del exilio (1946-1963), México, El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 1999.

—, y Gabriel ROJO LEYVA, eds., Poetas del exilio español: una antología, México, El Colegio de México, 2006.

VIVED MAIRAL, Jesús, Ramón J. Sender. Biografía, Madrid, Páginas de Espuma, 2002.

ZULETA, Emilia de, Españoles en Argentina. El exilio literario de 1936, Buenos Aires, Atril, 1999.

Edición en formato digital: febrero de 2021

© imagen de cubierta, Félix de la Concha, VEGAP, Barcelona, 2010

© Jordi Gracia, 2010

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2010

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4230-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es

1. El grueso tomo de crónicas de guerra compilado por Laia Arañó y Francesc Vilanova, Un mundo en guerra. Crónicas españolas de la Segunda Guerra Mundial, Barcelona, Destino, 2008, no deja lugar a dudas, pese a los atisbos aliadófilos, discretos y tardíos, que algunos articulistas barceloneses pudieran mostrar en páginas de La Vanguardia o Destino; y véase Francesc Vilanova, El franquismo en guerra, Barcelona, Península, 2006.

2. Ibidem, p. 227.

3. Sigo a Geneviève Dreyfus-Armand, El exilio de los republicanos españoles en Francia, Barcelona, Crítica, 2000, p. 212.

4. Pedro Salinas, Obras completas III. Epistolario, ed. de Enric Bou y Andrés Soria Olmedo, Madrid, Cátedra, 2008, p. 809.

5. Ibidem, pp. 779-784 en cartas de 26 y 28 de septiembre de 1939.

6. Carles Fontserè, Un exiliado de tercera. En París durante la Segunda Guerra Mundial, Barcelona, Acantilado, 2004, pp. 135-136.

7. Pedro Salinas, Obras completas, op. cit., III, p. 875.

8. Ibidem, p. 821, carta de marzo de 1940.

9. Carles Fontserè, op. cit., p. 175.

10. Zenobia Camprubí, Epistolario I, ed. de Graciela Palau y Emilia Cortés, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2006, pp. 396-397, y para la cita de Las Españas, cf. Los refugiados españoles y la cultura mexicana, El Colegio de México/Residencia de Estudiantes, 1999, p. 227.

11. Véase el artículo de Víctor Díaz Arciniega incluido en Los refugiados españoles y la cultura mexicana, op. cit., p. 229.

12. Véase la carta que reproduce Barbara Bockus Aponte, Alfonso Reyes and Spain, University of Texas, 1972, p. 136.

13. Dreyfus-Armand, op. cit., p. 187.

14. Cartes de Carles Riba, II: 1939-1952, ed. de Carles-Jordi Guardiola, Barcelona, La Magrana/Institut d'Estudis Catalans, 1991, pp. 78 y 80.

15. Fontserè, op. cit., p. 171.

16. Pedro Salinas, Obras completas, op. cit., III, p. 806.

17. Es un enfoque que he desarrollado matizadamente en otros libros y, en particular, en La resistencia silenciosa, Barcelona, Anagrama, 2004.

18. Pueden verse, entre muchos otros, el Epistolario de Vicente Aleixandre a José Luis Cano (Madrid, Alianza Editorial, 1986) y la Correspondencia con la generación del 27 de Aleixandre (Madrid, Castalia, 2001).

19. Todas las citas proceden del artículo de Francisco Abad, «La historiografía del exilio» en Antolín Sánchez-Cuervo, ed., Las huellas del exilio, Madrid, Tébar, 2008, pp. 50-55, y para documentar el descabezamiento de las cátedras y los profesores, Jaume Claret Miranda, El atroz desmoche, Barcelona, Crítica, 2006, 1.ª ed., pp. 304-306.

20. El regalo de las últimas citas está en un trabajo en prensa de José-Carlos Mainer, «Un manojo de cartas: el epistolario de Rafael Lapesa a Amado Alonso», en El Centro de Estudios Históricos (1910) y sus vinculaciones aragonesas (con un homenaje a Rafael Lapesa), ed. de J.-C. Mainer, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, y en el Centro Virtual Cervantes está disponible el catálogo de la exposición El legado de Rafael Lapesa, editado por la Biblioteca Valenciana de la Generalitat, 2008.

21. Adolfo Salazar, Epistolario, 1912-1958, ed. de Consuelo Carredano, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2008, p. 342.

22. Ibidem, pp. 344 y 346.

23. Ibidem, p. 429, la carta es de 7 de agosto de 1939 a los hermanos Halffter.

24. Ibidem, p. 490, 13 de julio de 1940.

25. Ibidem, pp. 550-551, 19 de noviembre de 1940.

26. La cita de la carta de Rafael Bergamín en el excelente catálogo Arquitecturas desplazadas. Arquitecturas del exilio español, Madrid, Ministerio de la Vivienda, 2007, p. 69.

27. Adolfo Salazar, Epistolario, op. cit., pp. 588 (26 de agosto de 1943), 638-639 (3 de diciembre de 1945) y 691 (17 de noviembre de 1947).

28. Benjamín Jarnés, Epistolario, 1919-1939 y cuadernos íntimos, ed. de J. Gracia y Domingo Ródenas, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2003, pp. 219-220.

29. Cartes de Carles Riba, op. cit., pp. 103-104, 108 y 114-115.

30. Pedro Salinas, Obras completas, op. cit., p. 806.

31. Zenobia Camprubí, Epistolario I., op. cit. El dato concreto sobre Reconstrucción en página 266, pero las mil páginas siguientes deberían ser, junto a los epistolarios de muchos otros exiliados, aprietos graves contra las versiones más tercamente aislacionistas sobre el exilio.

32. Adolfo Salazar, Epistolario, op. cit., p. 450.

33. José Gaos, Epistolario y papeles privados, t. XIX de Obras completas, UNAM, 1999, p. 214.

34. Las Confesiones de un desterrado fueron a parar al tomo VIII de la Obra completa de José Gaos, México, UNAM, 1996, preparado por su discípulo Fernando Salmerón, y la cita de Confesiones profesionales procede de la edición en Gijón, Ediciones Trea, 2001, p. 34. Un enfoque semejante se encuentra en el capítulo de Antonio Monclús, incluido en la obra dirigida por José Luis Abellán, El pensamiento español y la idea de América, Barcelona, Anthropos, 1989, vol. 2, pp. 33 y ss. Por lo demás, un artículo célebre de Gaos, y aparecido ya en España, Revista de Occidente, mayo de 1966, se extendió en estas consideraciones con el título «La adaptación de un español a la sociedad hispanoamericana».

35. El artículo de Guillermo de Torre está reproducido en el libro de José Luis Abellán, Ortega y Gasset y los orígenes de la transición democrática española, Madrid, Espasa, 2000, p. 141.

36. Itinerarios filosóficos. Correspondencia José Gaos/Alfonso Reyes, ed. de Alberto Enríquez Perea, El Colegio de México, 1999, pp. 140.

37. El sentido del pudor habitual en Reyes se rompió para confesarle a Amado Alonso su perplejidad por la frialdad de Ortega incluso después de haber contado con él materialmente para su estancia en Buenos Aires; véase la carta que transcribe Barbara Bockus Aponte, Alfonso Reyes and Spain, op. cit., p. 94.

38. Itinerarios filosóficos, op. cit., pp. 143-145.

39. Epistolario inédito. Marañón, Ortega, Unamuno, ed. de Antonio López-Vega, Madrid, Espasa-Calpe, 2008, p. 193.

40. Ibidem, pp. 206 y 211.

41. Juan Ramón Jiménez, Guerra en España, ed. de Ángel Crespo, Barcelona, Seix Barral, 1985, p. 283, y la carta de Castro está citada en la biografía de Joaquín Pérez Villanueva, Ramón Menéndez Pidal, Madrid, Espasa-Calpe, 1989, p. 427.

42. «José Ortega y Gasset. Una conferencia del Dr. José Gaos», en Boletín de Información de la Unión de Intelectuales Españoles, México, 1, 15 de agosto de 1956, p. 6.

43. Pedro Salinas, Obras completas, op. cit., III, p. 911, en carta de 28 de julio de 1941.

44. Adolfo Salazar, Epistolario, op. cit., pp. 373 y 572.

45. Cartes de Carles Riba, op. cit., pp. 103-104.

46. José Rubia Barcia, Con Luis Buñuel en Hollywood y después, A Coruña, Ediciós do Castro, 1992, p. 30.

47. F. Ayala, «Testimonio de la nada», en Realidad, n.º 1, enero-febrero de 1947, pp. 130-131 (edición facsimilar de Renacimiento, 2007, prólogo de Luis García Montero).

48. Cuenta detalles y transcribe cartas la excelente monografía de Josep M. Rovira, Josep Lluís Sert, Milán, Electa, 2000. Sobre esa dialéctica de lo local y lo norteamericano, pp. 243-244, con las citas de las cartas de Sert traducidas al italiano pero sin la versión original catalana. La noción de transculturation es crucial para el libro de Sophia A. McClennen, The Dialectics of Exile. Nation, Time, Language, and Space in Hispanic Literatures, West Lafayette, Indiana, Purdue University Press, 2004.

49. Arquitecturas desplazadas. Arquitecturas del exilio español, op. cit., pp. 279-282. Mantengo la particular gramática del original catalán.

50. Arquitecturas desplazadas, op. cit., pp. 279-282.

51. Arquitecturas desplazadas, op. cit., pp. 272-274.

52. No se les ocurrió hablar de exilio interior porque la conciencia de exiliado vetaba la misma formulación de la idea, y con razón. La quiebra biográfica del exilio no es análoga a un país en quiebra, en que los vencidos soportan y sobreviven, pero no se exilian: resisten en el interior. El lector español hubo de esperar hasta 1984 para ver la primera edición de la novela de Miguel Salabert El exilio interior, de 1961, y publicada en francés, aunque el primer uso de la acuñación es de 1958, en L'Express, según cuenta el mismo Salabert en el prólogo a la edición de Barcelona, Anthropos, 1988. Allí explica el sentido de la expresión, es decir, una suerte de «autismo social» que en la práctica equivale a «formas objetivas de colaboración, por omisión e inhibición». El uso que le dio Paul Ilie a la expresión en Literatura y exilio interior, aparecido en 1980 (Madrid, Fundamentos) fue más complejo y más confuso también, y además perdía ese ingrediente de pasividad política para ganar un gran parecido con la noción misma de resistencia.

53. Arturo Ramoneda ha tenido el acierto de reeditar ese artículo en la antología de Corpus Barga Periodismo y literatura, Madrid, FSCH, Obra Fundamental, 2009, pp. 321-325.

54. La declaración de la Unión de Intelectuales Españoles es de 21 de julio de 1947 y apareció reproducida en el primer número, de 15 de agosto de 1956, del Boletín de Información de la Unión de Intelectuales Españoles; véase la edición facsímil del Boletín, con estudio de Manuel Aznar Soler, en la Biblioteca del Exilio, Sevilla, Renacimiento, 2008.

55. Tomo el texto de Francisco Caudet, El exilio republicano en México. Las revistas literarias, 1939-1971, Universidad de Alicante, 2007, p. 287.

56. Manuel Aznar Soler, «La Unión de Intelectuales Españoles en México, 1947-1956», en Boletín de Información de la Unión de Intelectuales Españoles, op. cit., p. LII.

57. Para el texto de Federico Álvarez, véase el Boletín de Información de la Unión de Intelectuales Españoles, op. cit., pp. LXXX-LXXXI.

58. En el n.º 6 del Boletín de Información de la Unión de Intelectuales Españoles, de julio de 1958, p. 21.

59. Julià Guillamon, El dia revolt. Literatura catalana de l'exili, Barcelona, Empúries, 2008, p. 210.

60. Joan Oliver/Josep Ferrater Mora, Joc de cartes, 1948-1984, ed. de Antoni Turull, Barcelona, Edicions 62, 1988, pp. 101-102, de 8 de mayo de 1955: «Tú te ibas lejos y para mucho tiempo y me dejabas como a un indefenso y en peligro y, si bien se mira, solo. Creo que querías asegurarte de que tomaría aquellas decisiones, comunicarme la lucidez con que veías mi caso. Y en esos momentos lo conseguiste.»

61. Claudio Guillén, Múltiples moradas, Barcelona, Tusquets, 1998, p. 91.

62. Una mica de tot, Palma de Mallorca, Moll, 1960, pp. 8-9: «como uno de los “casos”, ya no demasiado excepcionales en nuestra época, de autores que han pasado –que han tenido que pasar– por diversos avatares lingüísticos. Hay hoy un cierto tipo de escritores y de pensadores que pueden ser calificados de esencialmente “desterrados”; yo soy un ejemplo. He de añadir que no lo deploro. No tener ya una lengua “propia” no quiere decir necesariamente no tener ninguna lengua; puede querer decir tener varias. En un mundo cada día más universal como el nuestro no me parece que sea una mala solución».

63. Solemne investidura de doctor honoris causa al professor Josep Ferrater Mora, Universidad de Barcelona, 1988, que incluye los discursos de Jesús Mosterín y el propio Ferrater Mora, p. 31: «en ningún caso se desencadenaba el famoso “choque cultural”, antes al contrario, se producía una adaptación, o readaptación, prácticamente instantánea» y «¿Será simplemente una cuestión de talante –de un talante al que le cuesta sentirse desarraigado, al que le satisface vivir siempre cosas nuevas que, en lugar de suscitar el desasosiego o de despertar la nostalgia, desvelan la curiosidad y el afán de aprender?».

64. Claudio Guillén, Múltiples moradas, op. cit., pp. 33 y 64.

65. Solemne investidura..., op. cit., pp. 37-38.

66. Esa gente de España, México, Costa-Amic, 1965, p. 100.

67. Francisco Javier Dosil Mancilla, «Los científicos del exilio republicano español», en Las huellas del exilio, Madrid, Tébar, 2008, p. 144.

68. Adolfo Salazar, Epistolario, op. cit., p. 712 (25 de mayo de 1949).

69. Seixanta anys d'anar pel món. Converses amb Josep Badia i Moret, Barcelona, Quaderns Crema, 1991, p. 72. En el catalán de los originales de Xammar: «hi ha, però, un cert eminent filòsof clandestí català com el senyor Ferrater i Mora que, exiliat als Estats Units, escolta L'emigrant, segons confessió pròpia, com aquell qui sent ploure. Aprofito l'avinentesa per a felicitar el senyor Ferrater i Mora. Deu ésser l'únic català que fora de Catalunya no ha sentit mai, en escoltar L'emigrant, la necessitat de fregar-se els ulls.// Una proesa digna de menció, però no certament d'admiració».

70. Josep Pla, Obres completes, Barcelona, Destino, vol. 16, p. 136. El lector encontrará una perspectiva sobre el exilio muy sugerente en el Epistolario Francisco Ayala-Ferrater Mora, 1949-1984, editado por Miquel Osset, y en prensa en la Fundación Ayala.

71. La carta de Sender está reproducida en José-Carlos Mainer, La filología en el purgatorio, Barcelona, Crítica, 2003, p. 117 (29 de noviembre de 1947).

72. Joan Oliver/J. Ferrater Mora, Joc de cartes, op. cit., p. 46 (21 de febrero de 1950).

73. La carta está en el Archivo Aranguren. Instituto de Filosofía del CSIC, y fue mostrada en la exposición Aranguren. Filosofía en la vida y vida en la filosofía, en la Residencia de Estudiantes de Madrid, junio de 2009.

74. José Rubia Barcia, Con Luis Buñuel en Hollywood y después, op. cit., pp. 33-34, 46-47 y 59.

75. Ibidem, p. 59.

76. Ibidem, pp. 69 y 78.

77. El artículo «El retorno del desterrado» se publicó en Cuadernos Americanos en 1948, pero lo cito por su compilación en Estudios y ensayos sobre el exilio republicano de 1939, ed. de Manuel Aznar Soler, Sevilla, Renacimiento, Biblioteca del Exilio, 2006, p. 127.

78. Ibidem, pp. 119 y 127.

79. Drama patrio. Testimonio 1964 está incluido ahora en Juan Gil-Albert, Memorabilia, Barcelona, Tusquets, 2004, p. 204.

80. El artículo «Entre España y América» apareció en la revista que sucedió a los desacreditados Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, de París, Mundo nuevo, y ese mismo año aparecía incluido en su libro Literatura, historia, política, publicado en Madrid, Revista de Occidente, 1967. Las citas las tomo de Estudios y ensayos, op. cit., pp. 178-179.

81. En el prólogo a Moradores de Sansueña. Lecturas cervantinas de los exiliados republicanos de 1939, Valladolid, Cátedra Miguel Delibes/Universidad de Valladolid, 2006, p. 10.

82. Juan Gil-Albert, Memorabilia, op. cit., p. 205.

83. Tomás Segovia, Resistencia. Ensayos y notas, 1997-2000, México, UNAM/Ediciones Sin Nombre, 2000, pp. 141-144. Otra reflexión aguda del autor en «Escribir en otro lugar», Revista de Libros, 151-152 (julio-agosto de 2009), pp. 44-45.

84. Eugenio Luraghi/Rafael Alberti, Corrispondenza inedita, 1947-1983, Milán, Viennepierre Edizioni, 2005, pp. 116, 138, 160, 189 y 222, y Camilo José Cela, Correspondencia con el exilio, Barcelona, Destino, pp. 120 y 108.

85. Querido amigo, estimado maestro. Cartas a Guillermo DíazPlaja, ed. de J. Amat, B. Bravo y A. Díaz-Plaja, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2009, p. 150.

86. Vicente Llorens, Estudios y ensayos sobre el exilio republicano de 1939, ed. de Manuel Aznar Soler, Sevilla, Renacimiento, 2006, p. 44.

87. Vicente Aleixandre, Correspondencia a la generación del 27 (1928-1984), ed. de Irma Emiliozzi, Madrid, Castalia, 2001, p. 212, y la cita anterior en p. 211.

88. El artículo de Corpus Barga se publicó en La crónica de Lima y lo reprodujo el Boletín de Información de la Unión de Intelectuales Españoles en su n.º 3-4 de febrero-mayo de 1957.

89. Comenta y extracta ampliamente, según Max Aub, la antología de Antonio Oliver, Nueva nómina de la poesía contemporánea, que ha recibido de Madrid, aunque no he dado con ella, al menos como publicación comercial. Véase Eugenia Meyer, ed., Los tiempos mexicanos de Max Aub. Legado periodístico 1943-1972, México, FCE, 2007, pp. 384-389.

90. El artículo está en el tomo IV de la edición facsimilar de Renacimiento: Realidad, n.º 11, octubre-septiembre de 1948, pp. 1797-1801. Es pura conjetura, pero Ricardo Gullón había firmado ya otras Cartas de España, y podría ser muy bien el discreto informante, y quien reclama también de Guillermo de Torre un informe equivalente sobre las revistas publicadas «por los escritores españoles emigrados desde 1939».

91. Eugenia Meyer, ed., Los tiempos mexicanos de Max Aub, op. cit., p. 401.

92. Zenobia Camprubí, Epistolario I, op. cit., pp. 318, 320 y 329.

93. Carmen Laforet/Ramón J. Sender, Puedo contar contigo. Correspondencia, ed. de Israel Rolón, Barcelona, Destino, 2003, pp. 33-34 y ss.

94. Pedro Salinas, Obras completas, op. cit., t. III, p. 815.

95. Ibidem, p. 868.

96. Zenobia Camprubí, Epistolario I, op. cit., p. 284.

97. Max Aub y Francisco Ayala, Epistolario, 1952-1972, ed. de Ignacio Soldevila, Fundación Max Aub y Biblioteca Valenciana, 2001, p. 31 (20 de mayo de 1953).

98. El artículo «El escritor en la sociedad de masas» es de 1952 y lo incluyó Ayala en el tomo Los ensayos, Madrid, Aguilar, 1972, de donde lo cito, p. 178.

99. Max Aub/Francisco Ayala, Epistolario, op. cit., p. 33, y Diarios 1939-1972, ed. de Manuel Aznar Soler, Barcelona, Alba, 1998, p. 225.

100. Max Aub, Diarios, op. cit., p. 239, anotación de 11 de mayo de 1953.

101. Juan Ramón Jiménez, Guerra en España, 1936-1953, ed. de Ángel Crespo, Barcelona, Seix Barral, 1985, pp. 301-302. Y sobre Ínsula y la misma Clavileño trata con lucidez clásica José-Carlos Mainer en La filología en el purgatorio, op. cit. En sus memorias, uno de los acusados de ese pillaje, Carlos Sentís, lo ha vuelto a negar: en esos tiempos era secretario personal de Rafael Sánchez Mazas y periodista plenamente integrado en el sistema franquista.

102. Está la carta de Vivanco en mi edición del epistolario de Ridruejo, El valor de la disidencia, Barcelona, Planeta, 2007, carta de 30 de julio de 1962.

103. Adolfo Salazar, Epistolario, op. cit., p. 831.

104. Ibidem, pp. 773 y 763.

105. Ibidem, pp. 776 y 809.

106. Incluida en el artículo de Mainer, «Para la historia cordial del exilio», en La filología en el purgatorio, op. cit., p. 111.

107. Cartes a Carles Riba, II, 1939-1952, ed. de Carles-Jordi Guardiola, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1991, pp. 437 y 452-454. En el original: «les paraules d'en Ferrater Mora, que em transcriviu, sobre les meves elegies, m'omplen d'orgull, venint de qui vénen: són de les que paguen un esforç, de les que asseguren sobre una carrera» y «passar unes setmanes a Madrid; no crec que els contactes amb certs intel·lectuals d'allí resultin estèrils».

108. Epistolari Joan Fuster-Vicenç Riera Llorca, editado por Joan Ferrer y Joan Pujades, Barcelona, Curial, 1993, p. 239, y J. Ferrater Mora/Joan Oliver, Joc de cartes, op. cit., p. 145. En el original: «¿No li podríeu demanar res [para las revistas] a Ferrater Mora? M'agraden molt les seves coses (Entre parèntesi: ¿els articles que publicà LNR [La Nostra Revista] i Germanor els va escriure personalment en català?)»; «el trobo d'una qualitat rara, que és una manera de dir (però bastant malament) que el trobo de gran qualitat. Aquest noi no solament promet, sinó que va fent».

109. El artículo de Albert Manent está en Ínsula, n.º 104 (agosto de 1954), p. 10, y Aranguren redactó otro para el n.º 109 (enero de 1955), p. 1.

110. Epistolari de Jaume Vicens, Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, 1994, pp. 227 y 72-73, citadas por Josep M. Muñoz i Lloret, Jaume Vicens i Vives. Una biografia intel·lectual, Barcelona, Edicions 62, 1997, p. 243. En el original: «una tasca titànica (...). Jo sóc d'aquells que em vaig quedar –potser no ho hauria fet si hagués previst la duresa de la lluita– perquè creia que el país tenia remei i que era absolutamente, necessari que tots poséssim el coll a la tasca de redreçar-lo (...) De la mateixa manera que altres han salvat la continuïtat del país en les lletres i la ciència, jo he aconseguit que no s'estronqués el doll de la nostra historiografia».

111. Ibidem, p. 243. En el original: «reconvertir a la burgesia cap a les seves posicions tradicionals del segle XIX, traient-li del cap l'embalum dels mites actuals i del cor aquella por que no la deixa actuar ni viure».

112. La peripecia se debe recomponer desde varios ángulos: el epistolario de Zenobia Camprubí a Juan Guerrero Ruiz ya citado, las cartas que aporta la meticulosa documentación de Alfonso Alegre en Juan Ramón Jiménez, 1956. Crónica de un premio Nobel, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2008 (la cita, en p. 126), o los Diarios de la propia Zenobia Camprubí publicados en Alianza Editorial. Y agradezco a Andrés Trapiello que me hiciese reparar en la numerosa poesía del exilio que contiene esa Tercera Antología de 1957 en Madrid.

113. Lo cuenta el propio Soldevila en una nota del epistolario ya citado entre Max Aub y Francisco Ayala, p. 112.

114. Con más detalle me he ocupado de estas actividades en el extenso prólogo a Escrito en España, de Ridruejo, publicado en el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales de Madrid, 2008; véase también el artículo de Jordi Amat, «Europeísmo y antifranquismo», en Historia y Política, n.º 21 (enero-junio de 2009), pp. 55-72.

115. Contra lo que parece insinuar o proponer el libro un punto obcecado de Mari Paz Balibrea, Tiempo de exilio, Barcelona, Montesinos, 2007, mientras que es meticulosa la información que contiene el recentísimo libro de Fernando Larraz, fruto de una tesis doctoral dirigida por Francisco Caudet, El monopolio de la palabra. El exilio intelectual en la España franquista, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, aunque discrepa también abiertamente de los puntos de vista de este trabajo.

116. Todas las citas proceden de Rosa Chacel, Obras completas, IX, Diarios, Valladolid, Fundación Jorge Guillén, 2004.

117. Ibidem, p. 225, anotación de 19 de junio de 1961. La siguiente en p. 236, de 12 de noviembre de 1961.

118. Las citas en p. 239: 19 de junio de 1962.

119. Las cartas en el Epistolario Francisco Ayala/Ferrater Mora, ed. de Miquel Osset, Granada, Fundación Francisco Ayala, en prensa.

120. Las últimas citas en pp. 292 y 324.

121. Max Aub y Francisco Ayala, Epistolario, op. cit., p. 165 y La gallina ciega, op. cit., p. 253.

122. Max Aub, La gallina ciega, op. cit., p. 452, de 16 de octubre de 1969.

123. Ibidem, pp. 540 y 542, de 25 de octubre de 1969. La cita siguiente de Umbral la tomo del prólogo de Manuel Aznar, p. 56.

124. Tomo la cita de la reproducción del artículo en los Diarios de Max Aub, op. cit., p. 452, en anotación de 6 de mayo de 1970, seis meses posterior a la fecha de publicación: Miguel Fernández-Braso, «Las distintas actividades de los escritores que vuelven», en significativa elusión de la palabra exilio, el 13 de noviembre de 1969.

125. La primera cita procede de «La situación literaria en España» (1970), reunido en Francisco Ayala, Los ensayos, Madrid, Aguilar, 1972, p. 352, y la segunda de Confrontaciones, Barcelona, Seix Barral, 1972, pp. 74-75.

126. Recoge el dato Santos Juliá, Los socialistas en la política española, Madrid, Taurus, 1997, p. 431, n. 627, y añade que el propio González ha hablado de una «ilegalidad formal», porque el régimen sabía de sus movimientos. La valoración sobre 1974 en p. 429.

127. La cita en el prólogo de Manuel Aznar a Vicente Llorens, Estudios y ensayos, op. cit., p. 68.

128. Tomo la cita de Luis Negró Acedo, El diario «El País» y la cultura de las élites en la Transición, Madrid, FOCA, 2006, p. 88, y una minuciosa reconstrucción de esas recuperaciones, y del freno de la censura, se halla en el último capítulo de Fernando Larraz, El monopolio de la palabra, op. cit.

129. Juan García Hortelano, Crónicas correspondidas, Madrid, Alfaguara, 1997, p. 388, de un artículo de diciembre de 1991. En versión académica véase estas líneas de Sebastiaan Faber, tomadas del final de Exile and Cultural Hegemony, Nashville, Vanderbilt University Press, 2002, pp. 274-275: frente a la penetración del exilio en el México de los años cuarenta, «ironically, the balance of the exiles, cultural presence and influence in Spain itself is less evidently positive» y, por tanto, «the exiles' struggle for hegemony (...) was not very successful or that is simply not over yet», en coincidencia con Michael Ugarte en Literatura española en el exilio, Madrid, Siglo XXI, 1999.

130. En El País.com, 28 de enero de 1981.

131. Antonio Muñoz Molina, «Destierro y destiempo de Max Aub» [1996], recogido en Pura alegría, Madrid, Alfaguara, 1998, p. 117.

132. Desarrollo algunas de estas consideraciones en «Revisionism, a necessary evil», en International Journal of Iberian Studies, vol. 21, 3 (2008), pp. 247-262.

133. «Prólogo» a Julio Martín Casas y Pedro Carvajal Urquijo, El exilio español, 1936-1978, Barcelona, Booket (Planeta), 2006, p. 10.